



**III Certamen
de Narrativa Breve**

Revista digital
I.E.S. Ventura Morón
Varios autores



publictuslibros.com



III Certamen Literario de Narrativa Breve "Revista Digital I.E.S. Ventura Morón"



Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Millán de Priego, 41, P 14, 1 N

23004 Jaén-España

Tel.: +34 953 08 76 80

www.ittakus.com



ÍNDICE

Prólogo	5
Título: El suicidio	8
Autora: Teresa Núñez González.....	8
Título: El guaje.....	12
Autor: Manuel Pozo Gómez.....	12
Título: El hombre impasible.....	17
Autor: José Manuel García Benito	17
Título: Línea de meta	24
Autor: David Bueno.....	24
Título: Suite nupcial.....	29
Autor: Nacho Albert Bordallo	29
Título: Una vuelta de tuerca	33
Autor: Francisco José Gariboldi.....	33
Título: Nada por nada.....	39
Autor: Ramón Cabrera Naveiras.....	39
Título: La gacela y el león	47
Autor: Sergio Sánchez-Pando Serrano	47
Título: Mal pago.....	52
Autor: Amando Lacueva Poveda	52
Título: Un plan casi perfecto.....	58
Autor: María Adelaide Castelli	58
Título: La carta inconclusa	65
Autor: María Graciette do Carmo Mendonça.....	65
Título: Rompiendo cadenas	71
Autor: Marisa García Sanz.....	71
Título: Reminiscencias de una mañana en soledad	77
Autor: David Delgado Bueno	77
Título: El niño y yo	84
Autor: Franklin Alberto Díaz Lárez.....	84
Título: El motorista	89
Autor: Felisa Moreno Ortega.....	89
Título: Mi féretro y yo.....	94
Autor: Luciano Moreno Álvarez.....	94
Título: La entreplanta	100
Autor: Miguel Madueño Álvarez.....	100
Título: La petición	106
Autor: María Aranzazu Polo Margareto	106
Título: El mundo inanimado.....	112
Autor: Emilia Luna Martín	112
Título: La confesión	118
Autor: Galo Enrique Silva Barreno.....	118
DIARIO DE NAVARRA: 08-07-07	129
DIARIO DE NAVARRA: 09-07-07	129
Título: La crónica luminosa	130
Autor: Manuel Gil Fornell	130
Título: Pipismo.....	138
Autor: Horacio Ríos.....	138
Título: Pastelillos de aire	144
Autor: David Villar Cembellín	144
Título: La lucha.....	151
Autor: Juana Rodríguez Barba	151
Título: Otra dimensión.....	156
Autor: María Dolores Soriano Triguero.....	156

Prólogo

Bienvenidos a estas páginas que para nosotros son una fiesta. Una fiesta rodeada de diversos acontecimientos pero que tiene un fin principal: premiar la labor de una escritora, Teresa Núñez, que ha compuesto un relato corto titulado “El suicidio” y que ha resultado ganador de la III Edición del Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”.

Hoy, nos vemos en formato electrónico por tercer año consecutivo, con la seguridad de haber hecho los deberes en nuestro trabajo y con la satisfacción de haber propuesto a toda la comunidad educativa una serie de actividades extraescolares que esperamos hayan enriquecido la vida de nuestro instituto. Este año hemos enmarcado nuestro certamen literario en el Proyecto de Interculturalidad que se ha desarrollado en el Centro por razones obvias, ya que en las tres ediciones que llevamos hemos recibido relatos de todos los rincones de la geografía española y de países de culturas tan distintas como Francia, Bélgica, Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Cuba, Chile, Argentina, Perú o Ecuador. Y estamos orgullosos de ello, pues el primer año teníamos nuestras dudas sobre el poder de convocatoria que tendría un humilde instituto como el nuestro.

Bien es cierto que el Centro es conocido en Algeciras, sobretodo por tantos y tantos años de buena labor formando a alumnos de Formación Profesional y, desde hace ya tiempo, también a alumnos de E.S.O. y de Bachillerato. Pero hoy en día, el Centro es conocido en todo el mundo, gracias al poder de comunicación de Internet, porque en nuestro instituto hay cuatro locos que organizan un certamen de relatos cortos, nada menos que internacional, ¡ahí es nada! Haciendo una búsqueda en Google o en cualquier otro buscador, se puede comprobar fácilmente que hay multitud de resultados que indican claramente la aceptación de este certamen entre los medios especializados, entre los participantes y en diversos foros literarios, en los que tradicionalmente se polemiza y se discuten los resultados de los concursos literarios. Yo he podido constatar que tenemos nuestros partidarios y nuestros detractores, lo que demuestra que el nuestro, es un certamen plenamente consolidado en los círculos literarios.

Como coordinador, sólo puedo deciros que todos los que participamos de alguna manera en el evento, lo hacemos con la mayor de las ilusiones sacando tiempo de donde no lo tenemos. Y que desde que nos metimos en esta aventura nuestro objetivo principal fue la transparencia. Los relatos se reciben por correo electrónico y por correo ordinario y es uno de los pocos certámenes que publica absolutamente todos los relatos, no sólo los finalistas. Cuando se comprueba que los cuentos se ciñen a las bases, son publicados en nuestra revista digital, visible al resto del mundo a través de Internet. Con ello creemos que cumplimos varios objetivos:

- Que el autor o la autora vea su obra publicada con el convencimiento de que va a ser leída no solamente por los miembros del jurado sino por todos aquellos que accedan a la página web que alberga su relato.

- Que cada participante pueda leer los relatos que concursan junto al suyo y pueda formarse una idea de con quiénes compite.
- Que todo el mundo pueda dedicarse al placer de la lectura de forma gratuita.

Un género literario, éste, el del relato corto, muy particular. Son muchísimos los concursos que existen alrededor de este género por la brevedad del mismo, que permite una lectura rápida pero intensa. Un género por el que optan al principio la mayoría de los escritores que empiezan. La razón es obvia: es evidente que escribir un relato corto conlleva mucho menos trabajo que afrontar el grandísimo reto que supone escribir una novela. No hay un formato específico para escribir un cuento, que puede tener desde unas líneas hasta un cierto número elevado de páginas. Pero la “brevedad”, en este caso, no es sinónimo de “facilidad”, ni mucho menos. Yo escribí mis primeros relatos hace ya algún tiempo y, tras componer los primeros, empecé a enviarlos a concursos ciertamente esperanzado. Pronto me di cuenta de que ganar un certamen o, simplemente, quedar entre los finalistas, era un objetivo muy difícil. Porque, tras reflexionar sobre el género, asumí que componer un cuento breve es una labor que requiere trabajo y cierta técnica, no vale cualquier cosa. Explicaba Julio Cortázar la diferencia entre dos géneros narrativos, novela y cuento, mediante la comparación con otras dos formas artísticas como son el cine y la fotografía: la novela sería una película, que transcurre en una secuencia de fotogramas, mientras que el cuento está más limitado y sería una foto, un único fotograma. Todo cuento presenta a un personaje, una acción, una trama y un conflicto. De ahí que el escritor que sobrevuela el relato corto describa a un personaje que, normalmente, afronta uno de estos tres tipos de luchas:

- a) un combate contra un suceso incontrolable (fatalidad),
- b) contra otros personajes (antagonistas)
- c) o contra sí mismo (elige entre el deber y el deseo).

Cualquiera de estas tres luchas (internas o externas) hace preguntarse al lector cuál será la solución. De ahí que, si bien todo cuento necesita de un conflicto, éste último también requiera un desenlace.

La fórmula narrativa para que el conflicto irrumpa en nuestros vuelos literarios viene precedida de un cambio de actitud o de aptitud del protagonista. Este cambio puede producirse por desarrollo (una de las cualidades secundarias del personaje pasa a ocupar el primer plano de su comportamiento de una manera paulatina) o bien por una crisis (una situación externa o interna que modifica sus acciones).

El conflicto narrativo muestra a un protagonista que lucha contra otros personajes, contra sus propios principios o sentimientos o bien contra su destino o una fatalidad. En definitiva, el conflicto es un suceso que enfrenta al personaje principal con fuerzas antagónicas durante una trama cuya resolución tiene un desenlace trágico o cómico.

Para mí, la fuerza de “El suicidio”, nuestro relato ganador, radica ahí, en el desenlace. Un desenlace que cambia todo lo que llevas leído y que te hace tener que volver a leer el relato desde el principio, por lo menos a mí me pasó. Esa es la fuerza narradora de nuestra ganadora

III Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”

de este año, Teresa. Cuando una escritora tan laureada como ella gana un certamen literario su figura ya no se engrandece, pero sin embargo hace más grande al certamen que la premia. Para nosotros ha sido todo un honor tener la suerte de haber contado con ella en nuestra tercera edición y tener la suerte de que haya ganado el primer premio.

No quisiera terminar esta intervención sin mencionar a algunas personas en el capítulo de agradecimientos. Para ello voy a utilizar el refranero. Un refrán quizá sea la mínima expresión de un relato corto. Generalmente es una frase corta, concisa pero llena de significado y de sabiduría ancestral. Hay uno que me viene al pelo. Dice así: “es de bien nacido ser agradecido”. Por tanto, quiero dar las gracias a mucha gente y espero no dejarme a nadie en el tintero. Gracias a todos los miembros del jurado, por haber dedicado horas y horas de manera altruista a leer y a evaluar todos los relatos. Gracias a la dirección del Centro, que lleva tres años apostando por este evento a pesar de que le genera un trabajo extra digno de agradecer. Gracias a la Asociación de Madres y Padres del I.E.S. Ventura Morón, que han sabido ver que este certamen seguramente irradia a sus hijos valores que no se imparten durante el régimen ordinario de clases y que colaboran económicamente junto a la dirección del Centro para poder organizar el evento de manera digna. Gracias al Ayuntamiento de Algeciras que a través de la Fundación Municipal de Cultura está con nosotros desde el principio. Gracias a CEPESA que año tras año nos presta su ayuda económica apostando por la cultura. Gracias también este año a los miembros del Proyecto de Interculturalidad y a su coordinadora, que se han sumado a la celebración de la tercera edición del certamen. Gracias a todos los medios de comunicación que han difundido en las páginas impresas y en Internet las noticias relativas al concurso. Gracias a todos los escritores participantes, que con tanta ilusión nos han enviado sus relatos. Gracias a los que alguna vez nos han enviado sus escritos para publicar en la revista digital que da nombre al certamen.

Paco Gómez Escribano

Coordinador de Certamen y Jefe de Estudios del I.E.S. Ventura Morón de Algeciras

Título: El suicidio

Autora: Teresa Núñez González

El día anterior a mi suicidio ya tenía dispuesto para quién serían mis cosas. Casi todo lo dejé a Manu. Y eso que desde el año pasado no nos hablábamos mucho. No le sentó bien lo de la Marta. Pero es lo que yo le dije. Qué culpa tengo yo si ella viene y me enseña las bragas. Las mujeres son raras. No hay forma de saber lo que quieren. Cuando todos creíamos que la Marta era intocable, de esas que hasta son vírgenes y no dejan de serlo sino después de una boda, cuando todos pensábamos que no se la podía mirar de cómo era, y algunos idiotas la amaban de esa forma llamada en los libros de poesía platónica, a ella le da de pronto por besuquearse con todo el mundo, y todo el mundo, todos nosotros, los amigos y otros que no lo eran, la podíamos tocar y más que tocar, y nos hablábamos de su cuerpo, de lo apretadas que tenía las carnes, de cómo sabía cosas que nadie se hubiera imaginado. Así que lo de la Marta no hubiera tenido que contar para nada, y menos en esos momentos en que un hombre se está proponiendo el final de su vida, pero contó. Me hizo dudar de que Manu hubiese conservado su sentir de amistad hacia mí y no fuese mi peor enemigo.

Y es que, además, ella fue revelando cosas que no debió decir. Detalles de Manu y míos que uno jamás dice a los otros. A mí, por entonces, la Jimena no me permitía salir los sábados con los amigos y me tenía que tragar la película que a ella le daba la gana, o irme a dormir cuando a ella le parecía, o escribir una carta a sus parientes si yo decidía leer, mientras que, si quería mandar una postal, ella me escondía los sellos y los bolígrafos. Una maniática la Jimena. Se pasa el día gritando, con el gato colgado de la axila y los rulos puestos. A mí me da vergüenza verla llegar al portal para recibirme, porque no se quita las zapatillas de casa y le da lo mismo quién llegue conmigo, no respeta nada. Allí, al pie de la escalera, se pone a chillar como una loca, sacando a la luz una retahíla de asuntos que he hecho mal, o que le parece a ella que he hecho mal, pues yo los hago de la mejor manera.

- ¿Cómo te has puesto esos pantalones? ¿Pues no ibas a casa de *Los Marrones*?

Los Marrones son esos amigos suyos de los que me habla hasta en la sopa. Todo viene de que son morenos de piel, de ojos y de pelo, pero no con ese color cetrino que suele tener la gente morena, sino amarronados y brillantes. Se diría que están teñidos a fuerza de pintura.

- A casa de *Los Marrones* vas tú, que eres su amiga. A mí déjame de líos tontos. Y me pongo los pantalones que me da la gana.

Me gustan mis pantalones de pana azul oscuro. Ella dice que ya están muy gastados y no deja de acecharlos cuando se los doy a lavar. Para que no los tire, suelo recuperarlos yo mismo de la cuerda y esconderlos bajo el colchón. Si me pregunta entonces, le miento y le digo que los he tirado yo. Pero cuando vuelvo a ponérmelos se arma una gresca más que regular de la que siempre salgo mal parado. Me pega la Jimena. Para que luego digan de las mujeres maltratadas. Es ella la que me maltrata a mí. Me pega allá donde me coja, la cara, la cabeza. Y si yo me quito de en medio por no responderle a mi vez con un puñetazo, cosa que hace mucho debí intentar, me tira a la espalda el primer objeto que pille, una maceta, su propio

zapato, y lo hace con tanta saña que, de no alcanzarme, puede romper cristales y otras cosas de adorno. Está claro que a la Jimena no le gusta mi forma de ser y con unas cosas y otras me hace la vida imposible. Ni siquiera entiendo por qué vivo con ella, pero lo cierto es que no sé cómo escapar de aquí. No hay forma de hurtarse a los ojos de la Jimena. Atraviesa las paredes y sabe en cada momento lo que hago. Si me siento en el retrete y me hurgo las narices, si me da por hacerme una paja cuando más desesperado estoy, aunque me esconda al fondo del patio y rebusque las revistas de mujeres sin ropa que oculto donde puedo, ella lo sabe y me persigue, me pega y luego se pone a llorar diciendo a voces:

- Jesús, Jesús, qué hice yo, por qué me han mandado esto, por qué tengo que aguantarte.

Y yo le digo que me deje, que se vaya y no me aguante, que a mí me da lo mismo. Ya viviré solo. Por eso, desde hace tiempo andaba yo pensando algo cuando apareció la Marta. No tiene nada de extraño que me encendiera la Marta, tan dulce, tan dispuesta siempre, y tan atrevida, no se piense que le da reparos llevar la voz cantante. El primer día, y sin yo insinuarme siquiera, se me tiró encima y me metió una lengua de dos metros, que yo no sabía posible besar así, dentro dentro. Yo pensaba que la lengua era para chupar otras cosas más simples, sí, sí, claro, eso también, aunque a mí me diera un poco de asco. Y como la Jimena no me había hablado de nada, al hacerlo la Marta, y, además, poniéndome encima unos pezones duros como piedras, yo me descontrolé por completo. Y todo eso en el portal, muerto de miedo, porque en cualquier momento podía aparecer la Jimena con el gato bajo el brazo, no quería ni pensarlo, pálido y tembloroso de pánico, mirando hacia la escalera, y ya me parecía verla salir igual que una diosa vengadora, el dedo índice en dirección a mí, la voz tiránica y desagradable: *“Venga, que vas a ir por leche y estarán cerrando”* O bien: *“¿No te dije que hoy volvieras más pronto para recoger tu chaqueta del tinte? ¿O qué piensas ponerte en la boda de tu hermano?”*

Esa fue otra, la boda de mi hermano. Como si se casara toda la familia. La casa patas arriba, ella probándose vestidos uno tras otro, y a cada momento *“¿Te gusta este? ¿Va bien con los zapatos? ¡Pero di!”* como si yo entendiera o no me diese igual verla vestida de rosa o de morado. Y total, para acudir con un vestido de última hora, que más bien parecía del guardarropa de su abuela, o tal vez su abuela tuviera mejor gusto, quién sabe, y eso sí, echando de menos al gato. Hasta creo que *Luli* forma parte de su brazo y cuando lo quitan de él, la axila de la Jimena huele peor que nunca, como si una podredumbre especial se le desatara a esa altura. Por no mencionar que se pasó la boda mangoneando de un sitio a otro, y gritándome, tratándome mal delante de todos, - eso ya es viejo-, y opinando cosas desagradables sobre la novia, o sea, mi cuñada, que vaya usted a saber lo que le había hecho, pero que, de repente, era su mortal enemiga. En fin, uno de los infectos días que puedes pasarte junto a la Jimena y en los que no quiero ni pensar.

A veces siento pena. Una pena de esas que se te cuelan entre las costillas y parece como si te apretaran, como si te impidieran la respiración. Porque la Jimena, si te pones a pensarlo, no tiene a nadie más que a mí. Y se me ocurre que por eso precisamente podía

cuidarme un poco, dejarme que vaya con los muchachos, no agobiarme con sus historias de no sé cuándo y, sobre todo, estar sonriente cuando llego cansado. Así no es de extrañar que desee irme con la Marta y sólo piense en ella, mordiéndome las uñas cuando nadie me ve, y acariciándome otras partes del cuerpo que aquí no quiero decir. Me he propuesto aguantar hasta que me suicide, puesto que me da igual y siento esa pena tan difícil de entender. De vez en cuando, -anoche mismo por ejemplo-, me desahogo y le digo cosas como:

- A ver si se te ocurre otra cena, se me va a poner cara de huevo, cojones.

Sí, eso dije, como si cumpliera mi última voluntad. No le importó. Puso, igual que todas las noches, el sorteo de la ONCE, mientras yo quería mirar la película. Según ella está bien verse las cosas hasta tres o cuatro veces, pero no pasa más los fideos – eso dice – mientras el Halcón Milenario sortea meteoritos, que ojalá al Luke Skywalker se le desatornille la espada de luz de una vez y a la dama de Elche con melindres de superimportante –nunca la llama por su nombre de princesa, Leia, tan sonoro –, ojalá a ella se le caigan los rodetes algún día y salga despeinada para que sepamos que es pelo realmente lo que lleva encima de la cabeza.

La solución está en la charca. La veo mentalmente, la charca, desde el puente que alcanza la curva final, la cola del agua, cabrilleando -la charca-, igual que los espejos, hiriendo los ojos. En ese sitio se han tirado todos los suicidas del pueblo, mi tío Macario el último. En verano, cuando la Diputación se dedica a dragar los fondos, raro es que no saquen algún cadáver. Y si alguien desaparece, la Guardia Civil ya sabe dónde ir. Preguntar, siempre preguntan lo mismo. Si el desaparecido tenía problemas en casa, o debía dinero del juego, o se drogaba. Supongo que en mi caso ocurrirá igual. Interrogarán a la Jimena y ella, la muy ignorante, no podrá ni imaginarlo.

La noche de mi suicidio me fui por la puerta trasera. Lo tenía todo. La carta con mis últimas voluntades, la confesión de mi historia acerca de la Marta, cómo la había besado esa noche, y cómo me acariciaba a solas pensando en volverla a besar. También unas palabras para el Manu. Que me perdonase, le pedía, y cuidara de mis cosas como tuyas propias. Tanta perfección me asombraba, con lo distraído que yo era siempre, incapaz de recordar los detalles puntuales. Pero esa noche estuve a la altura de las circunstancias, no en balde el acto de la muerte me parecía lo más importante para un hombre. Incluso disfruté del camino, la oscuridad casi en vertical sobre las casas, la brisa levantada, de pronto, en la alameda, y aquel olor de los eucaliptos, aquella tierra crujiendo bajo mis botas. Me parecía mentira ser dueño de mí mismo, sin nada delante ni detrás, como dicen que se sienten los hombres en momentos así.

Cuando ya estaba junto al bordillo del puente, de espaldas por no ver la distancia que me separaba del agua, dispuesto al último esfuerzo, olvidé mis razones. De pronto, ni siquiera tenía ganas o necesidad de morirme. Fue una pena haber doblado las rodillas, estar cayendo, y el agua fría en mis espaldas con el impacto fortísimo. Una pena. Me quedé atontado, sin voz, sin moverme durante un rato que me pareció la eternidad. Y luego, sentado en la charca, mientras advertía todo aquel lodo subiéndome a la cintura, mientras recordaba – ahora sí – la cuestión de la sequía de ese año, lastimosa sequía según dijeron, que ni los renacuajos se habían logrado, mientras me llegaba el frío desde las corvas hasta los riñones, y quería tirar de

mi esqueleto, luchando contra una fuerza demoníaca que lo mantenía pegado al limo, sin saber si era yo o parte de mí, trozos desgajándose de mí, volumen muerto y alma inmortal que no pudieran ya juntarse, mientras me hacía preguntas, y no daba con la realidad, durante ese segundo en que comprendí que nadie se suicidaría aquel año en el desecado lugar, lo más conseguiría un baño de cieno, entonces, al mismo tiempo, oí la voz de la Jimena como una furia, una némesis que diría mi sueño, cayéndome encima, arrastrándome y sacando mi cuerpo entumecido del lodazal – ella sí pudo – y nada más ponerme yo en pie, dándome fuerte en la coronilla, y enseguida llevándome en volandas por una oreja, gritando, gritándome como de costumbre entre una colleja y otra.

- ¡Diablo de chico! ¿Se puede saber qué pretendías? ¿Tirarte tú también a la charca como el tío Macario? ¿Y por qué? ¿Por tenerte prohibido que vayas con la Marta? ¡Pensarás que no os veo en los portales, chupándoos los morros, puercos! ¡Con doce años y ya empezando, igual que todos! ¡Virgen, qué cruz, no sé para qué te he parido! ¡Anda para casa, anda, que no vas a salir en dos meses de tu cuarto, so golfo! ¡Más que golfo!

Título: El guaje

Autor: Manuel Pozo Gómez

Nació en Asturias como pudo haber nacido en cualquier otro sitio, pero le llamaban guaje y a él le gustaba. En realidad no asumió que ya no era el guaje hasta que pasaron unos días y todo el mundo empezó a llamarle por su nombre. Fue en Madrid, a donde se fue para estudiar justo cuando cumplió los 18, como si el destino le hubiese marcado una cita ineludible fuera de su tierra. Se lo dijo a su madre y se lo dijo a sí mismo cuando entró en el instituto: “Madre, me iré para ser algo, y no volveré” y él, que nunca se echaba atrás, con los 18 recién cumplidos, se llegó hasta el cementerio de Trasona y puso el último ramo de flores en la tumba de su madre, porque en el fondo de su corazón estaba convencido de que no volvería jamás a su tierra.

Abandonó su pueblo en tren. Esperó más de dos horas en el edificio de viajeros a que llegase el ferrocarril, temeroso de encontrarse con alguien, huidizo, porque consideraba que ya había hecho todas las despedidas que tenía que hacer y le disgustaba volver a dar explicaciones. La imagen de la estación de Nubledo fue la última que le quedó grabada de Asturias; esa y la del cielo gris y lluvioso a su paso por Avilés. Se subió en el tren en el que llegaba su padre cuando volvía de viaje. Le solía esperar en el mismo banco de la estación que ocupó pacientemente el día de su marcha, no fue casualidad que estuviera allí. Siempre le esperaba, ilusionado, alegre, hasta que un día el parsimonioso avance de las manecillas del reloj de la estación no le trajo más que la decepción de un tren vacío. Cuando aquella noche llegó a casa, solo, con el rostro desencajado, su madre supo que su marido ya no regresaría jamás.

Aquel día enterró su infancia. Decidió no volver al Escañorio, ni pasear por las alisedas del río porque allí su padre le había hecho feliz en un mundo de hadas y unicornios creado únicamente para él, y tomó la determinación de que no volvería a recrear sus mentiras. Fue entonces cuando deseó con todas sus fuerzas hacerse mayor y coger un tren que le llevase lejos de Nubledo.

Pero aquello fue hace mucho tiempo y ahora la vida le buscaba con una humillación. Por eso se había dado dos años de plazo, tan solo dos años, hasta el 22 de mayo. Al fin y al cabo su vida siempre había estado sujeta a plazos, a fechas límite que le habían absorbido, fechas para la producción, fechas para la inspección de lotes, fechas para la solicitud de

documentos, fechas para la hipoteca, fecha para no volver, fecha fijada para el día de su muerte.

Bien mirado dos años era un plazo muy largo para lo rápido que había sucedido todo. Una llamada se abrió paso con impertinencia desde las entrañas del bolso que había bajado su mujer a la playa. –¿Quién se traerá el móvil a la playa? –pensó durante un instante antes de advertir que la música empalagosa que avanzaba por la arena era la de su teléfono y le buscaba precisamente a él.

–¿Has comprado el periódico hoy? Mira en la página 27 del País –le dijo la voz familiar y fría de un compañero de la fábrica.

¿Para qué tendría que mirar en la página 27 del País? ¿Por qué la página 27 y no otra, la sección de deportes, por ejemplo, como siempre hacía cuando leía un periódico que no era de deportes?, mascullaba mientras se ponía la camiseta para buscar el quiosco de prensa más cercano.

Ni siquiera la inmensa quietud del mar se podía comparar con la expresión gélida de su rostro. Página 27, página 27, repetía mientras pasaba las hojas del periódico con cierto nerviosismo. La empresa Lucent Technical Communication cerrará antes de final de año, rezaba el titular. Había rumores, desde hacía tiempo se sospechaba que la fábrica iba a cerrar, pero nunca pensó que se enterarían por la prensa, eso sí que no, la empresa no haría algo así con ellos.

–No te preocupes, cariño, en seguida encontrarás otra cosa, –le dijo su mujer.

–Otra cosa, otra cosa... ¿Qué es otra cosa? –musitaba con la cabeza baja.

–No te preocupes cariño, en seguida encontrarás otra cosa, –martilleaba la voz de su mujer.

Ella si que tenía otra cosa –maldijo tiempo después– y tuvo que ir al paro y quedarse en casa durante meses para comprenderlo. ¡Qué ciego había estado! Tantas horas en la fábrica no le habían servido más que para no darse cuenta de nada, se decía con amargura una y otra vez harto de buscar un porqué.

Pero ella le sostuvo la mirada. Con el finiquito en la mano se regaló quince días para reflexionar, para plantearse en qué momento de su vida se encontraba, cuarentón, sin empleo, desconfiado, traicionado. Después se lanzó a una búsqueda desesperada de empleo. Seis

meses pateándose la calle empresa por empresa, seis meses apelando a conocidos, seis meses enviando currículos y acudiendo a entrevistas en las que muchas veces coincidía con sus antiguos compañeros. Ya no se miraban a la cara, ya no se preguntaban unos a otros cómo les iba, se alegraban cuando alguien les decía que uno de ellos había encontrado trabajo, se desilusionaban pensando que otro les había quitado un puesto de trabajo.

Y la vuelta a casa... –no te preocupes, cariño, en seguida encontrarás otra cosa...

Y no había otra cosa, ni siquiera estaba ella. Tendría que haberse dado cuenta antes, pero le había dedicado tanto tiempo a la fábrica... y una noche dudó en preguntarle abiertamente, pero ella capturó su duda con los ojos y no esquivó su mirada desafiante: –¡Lo tomas o lo dejas, es lo que hay! –sentenció su mujer con frialdad–, y supo que en aquel mismo momento empezaba a deslizarse hasta la miseria por un tobogán sin freno.

Empleó su último arranque de dignidad en marcharse de casa y ella, arrogante, le sostuvo la mirada. Pudo acudir a sus amigos, a la familia lejana que aún le quedaba en su tierra, pero decidió que nadie más le iba a dar otra bofetada en la vida y se marchó a la calle, se mezcló con la gente para ser uno más. Se sentó en un banco de un parque y se consoló pensando que por primera vez desde que salió de Asturias tenía todo el día por delante para no hacer nada. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que nunca había hecho lo que le gustaba. Decidió cambiarse el nombre, o mejor aún, decidió, ya que no tenía nada, que tampoco tendría nombre, y así nadie le mutilaría su nombre abreviándoselo ni le harían de menos con algún apodo cursilón como le gustaban a su mujer, y satisfecho, sin nombre, buscó una pensión barata donde gastó el dinero que le quedaba y tomó sus últimas cenas decentes.

Se habituó a ver desde lejos como su hijo salía del colegio hasta que un día le pareció que el niño le reconoció con su traje desgastado y su aspecto desaliñado, y sintió vergüenza. Rompió entonces el único hilo que le quedaba con su pasado, que era su hijo, coqueteó con la droga y el sexo rápido en un pasadizo de la ciudad, entre lechos de cartones y olor a orina, presencié la paliza de unos jóvenes a un mendigo y se dio cuenta de que no tenía raíces, ni patria, ni casa, ni nombre, ni siquiera tenía ya origen, y que si todavía tenía algo en común con alguien era con aquellas personas que tampoco tenían nada. Pasaba mucho tiempo sentado en un banco del vestíbulo de la estación, esperando a su padre quizás, como cuando era niño y no podía hacer otra cosa más que esperar. Ya se había acostumbrado a pedir y recibir

limosna, el vino de cartón no le parecía tan malo y le había acompañado más de una noche, a él, que incluso había llegado a entender de vinos y disfrutaba como nadie del placer de una buena botella.

–¡Guaje! –le dijo un hombre de edad incalculable, con un rostro y una mirada no muy diferente a la suya–, y le emocionó que todavía alguien le pudiese llamar así, como si fuese un chaval, y ni siquiera se planteó como aquel individuo podía haber descubierto que él era asturiano si ni siquiera le había oído hablar, y aunque lo hubiera hecho, que no lo hizo, de eso estaba completamente seguro, habría dado igual, porque su acento, que lo tenía cuando llegó, hace mucho que se quedó perdido por las calles de Madrid.

Abandonaron la ciudad siguiendo las vías del tren, un camino lleno de escombros y traviesas, cables y torres de alta tensión. Parecía que los edificios se iban apartando a su paso, como si las vías seccionasen la ciudad dejando una herida abierta para supurar sus miserias. Se instalaron en un pequeño túnel que alguna vez, en sueños, les llegó a parecer acogedor, casi un hogar, y en el calor de las conversaciones, con pocas palabras, sin hurgar en el pasado, le decía de vez en cuando en voz baja a su nuevo y único amigo: “no más de dos años”, “no más de dos años”.

Poco antes de la una de la mañana el tren expreso pasaba por encima del túnel, su hogar. Era el último tren que salía de la ciudad y a menudo se preguntaba si no le llevaría de vuelta a Asturias. Se había acostumbrado a esperar el paso del tren sentado en un mojón, junto a la vía, y allí pasaba el tiempo. Cada noche se acercaba puntual la luz poderosa de la locomotora, lenta pero machaconamente, después se dejaba oír un sonido metálico y martilleante que solo cambiaba cuando la noche era lluviosa. El rugido de la locomotora y la sacudida violenta del aire cuando el tren pasaba junto a él le traían cada noche a la vida, después, todavía deslumbrado, se dejaba resbalar por el terraplén y esperaba a que se le pasase poco a poco la excitación para acomodarse en un colchón de gomaespuma que había recogido de un contenedor de basura y dormía de un tirón hasta que por la mañana el paso del primer tren le señalaba el inicio de un nuevo día.

El 22 de mayo había llovido. La tierra mojada desprendía ese olor tan particular, tan fresco, tan lleno de vida. El guaje, como de costumbre, estaba sentado esperando la llegada del tren. Saludó con una sonrisa la aparición de la luz de la locomotora a lo lejos. Todavía

faltaban algunos minutos. Encendió un cigarrillo. Hacía mucho tiempo que no fumaba, pero aquella noche le apetecía. Dio una calada honda, profunda, llenando su pecho con el sabor del tabaco. Quedaban unos segundos para que la luz del tren iluminase las vías dibujando la luciérnaga que nunca se deja atrapar. Poco antes de que llegase la máquina el guaje apagó su pitillo cuidadosamente, se recostó en una traviesa, apoyó la nuca en un raíl, intentando tocar el raíl opuesto con los pies y giró su cabeza para no ver la llegada del tren. A media noche había expirado el plazo de dos años que se había dado tiempo atrás, siempre la marca del tiempo, siempre cumplidor.

Hasta que no llegaron las primeras luces del alba el otro mendigo no intuyó lo que había sucedido. Estaban acostumbrados a vivir al margen del calendario y fue un destello de lucidez lo que trajo a su cabeza la fecha que su amigo, el guaje, había repetido con fijeza alguna que otra vez. Se entristeció todo lo que le permitió su alma encallecida. Recogió sus cosas y las de su amigo en un hato y se alejó lentamente del túnel que había parecido un hogar, su primer hogar en muchísimos años de no tener nada. Desde lejos vio las luces destellantes de una ambulancia y de un par de coches de policía y pensó, desde luego, que en su vida el guaje había sido la única persona que se mantuvo fiel a su palabra hasta el final.

Título: El hombre impasible

Autor: José Manuel García Benito

Pensaron los habituales de la cafetería de anchos ventanales, tras conocer la sorprendente noticia de la dimisión del concejal de urbanismo, que tal hecho sí podía provocar, por vez primera, el asombro de don Adolfo. Una verdadera dimisión, (como parecía ser aquella, una vez conocidos todos los pormenores y detalles del asunto), que no tenía asomos de ser, como tantas otras veces había ocurrido con anterioridad, un cese obligado y con disfraz de renuncia voluntaria de un político, quizás sería capaz de empujar al pasmo el inalterable carácter de aquel hombre infundido de lógica y razón.

El concejal de urbanismo, descubierto en turbios manejos de tratos de favor y cobro clandestino de comisiones ilegales, había recibido al principio el apoyo del alcalde y compañeros de partido, clamando todos que, mientras no se aclarasen todos los aspectos del caso, el acusado de cohechos debía ser considerado inocente. Pero la trama destapada era, o sería al fin, demasiado evidente e irrefutable; o el edil conservaba todavía un poso de decoro y había dimitido por propia voluntad. Hecho maravilloso y extraordinario en la historia de la nación, ver un político presentando la dimisión irrevocable.

* * *

Don Adolfo Trespalomas era hombre displicente que nunca se sorprendía. Entraba todas las tardes, a eso de las seis, en la cafetería de amplios ventanales, tomaba asiento, si podía ser siempre en la misma mesa, y pedía un cortado y un café con leche con entonación solemne.

A sus cincuenta y tantos años, ¿qué podía asombrar a don Adolfo? Su experiencia en la vida y un trabajo en el negociado de licencias municipales parecían dotarle de una posición desde la que veía todos los asuntos con diáfana claridad. Cuando encargaba al camarero el cortado, (para él), y el café con leche, (para su esposa), su voz rebosaba trascendencia y gravedad, como si pedir tales bebidas en una cafetería fuese un hecho inusitado.

No importa lo excepcional que pudiese ser aquello que tuviese ante los ojos, insólito lo llegado a sus orejas, o inusual la situación donde se hallase. A todas esas circunstancias anteponía una sonrisilla de hombre de mundo, de persona que regresa de vuelta de todos los sitios y lugares, de montañero que contempla el paisaje desde una cima que ha alcanzado tras titánicos esfuerzos de escalador veterano. El camarero, persona educada y prudente que llevaba muchos años en el oficio, escuchaba el pedido de don Adolfo con respeto, muy solícito, y, en la barra, le susurraba a su compañero: “Lo de siempre para don Adolfo y señora”.

Don Adolfo gastaba bigote fino y bien marcado, mostachillo a la usanza muchos años antes y ahora anacrónico, que le robaba bastantes minutos del día cultivar. De forma

invariable, depositaba su sempiterno sombrero negro en la silla que quedaba a su derecha, en la cafetería de amplios ventanales. Su señora era una estatua silenciosa y dócil, sentada frente a él, que casi nunca hablaba, casi nunca reía, casi nunca hacía nada, salvo tomarse el café con leche, mientras escuchaba y contemplaba, algunos dirían que con arrobo y reverencia, a su esposo.

El sombrero negro, recio y de teja, siempre descansaba en la silla derecha del sitio de don Adolfo, porque la silla izquierda se reservaba para los chaquetones o abrigos del matrimonio. Todas las prendas se colocaban con esmero y orden, cada una en su lugar, plegadas o colgadas sin prisas, casi con cariño y gran parsimonia, como si hubiesen de permanecer por siglos en aquella disposición. Aunque sabía de sobra que no eran necesarios, el camarero no desistía de la rutina de servir los cafés con dos sobrecitos de azúcar, conociendo de antemano que bastaría con uno, el cual, tras rasgar el varón uno de sus picos con suma prolijidad, se vertía a partes iguales en las dos tazas, medio sobrecito primero en una y medio sobrecito para la otra, calculadas con hábil y espontánea precisión.

La pareja tenía costumbres tan previsibles como la sucesión de horas en un reloj o de día y noche, una serie de hábitos que jamás alteraba, a no ser por causas de gravedad tan extrema que hubiese implicados asuntos relacionados con hospitales o entierros. Tras volcar el azúcar en las tazas, no era cuestión de precipitarse a remover el líquido con las cucharillas, había que dejarlo reposar, descansar, cada cosa en su lugar, a su tiempo, y a su modo. Era entonces el momento en que don Adolfo paseaba la mirada por el local, estudiando a los parroquianos, (si veía alguno conocido lo saludaba con una ligera elevación de cejas y comisuras de labios), sopesando si había alguien merecedor de pegar la hebra un rato, observando con insolente descaro a los desconocidos, o localizando con gestos de hurón excitado los periódicos del día.

-“Trescientas personas quedan atrapadas, por el temporal de nieve, en la carretera nacional Seis” –leía don Adolfo, levantando bien la voz para que lo escuchasen todos-. ¡Esto, señores, consideran los periodistas que es una novedad! ¡Que merece aparecer como noticia! ¿Habrá algo más normal que las neviscas en invierno?

-Hombre –respondía algún incauto con imprudencia pues, a partir de ese mismo momento, se convertía en el blanco de las diatribas y razonamientos del señor Trespalomas–, que hoy día, con todos los adelantos que hay, cientos de personas se queden atrapadas toda una noche en la carretera, pasando hambre y medio heladas, no es muy normal, digo yo. Parece que lo único que hicieron por ellos fue lanzarles algunas mantas, pocas, desde un helicóptero...

Don Adolfo miraba al insensato que había hablado como si fuese un infeliz orate, como si fuese un ejemplo viviente de ignorancia.

-Los adelantos, ¿qué adelantos? –replicaba, alzando el tono-. Antes, cuando nevaba en invierno, cosa que ha ocurrido desde el principio de los siglos, y desde que el mundo es mundo, la gente se encerraba en casa, encendía el fuego y se dedicaba a contar historias a los niños, a comer chorizo de la despensa o a engendrar hijos, hasta que pasase la tormenta. No se iba, como ahora, a conducir coches y viajar por andurriales precisamente los días que nieva más. ¿No podía esperar el viajecito en coche hasta la terminación del temporal?

Cuando don Adolfo y señora removían el azúcar se esparcía por el aire del local un tintineo suave de ecos metálicos, donde alguien con buen oído para la música, si prestaba la debida atención, podía advertir los compases de algún pasodoble tras el ruidito de las cucharillas acariciando el interior de las tazas. Primero se escuchaba el repique enérgico y grave que interpretaba el esposo y, enseguida, como si hubiese esperado la señal de la batuta de un director de orquesta, se sumaba un contrapunto de campanillas más ahogado, inaudible a ratos, que ejecutaba la mujer seria y silenciosa. Acababan al unísono y colocaban, con mucho cuidado, las cucharillas en un lado del platito, llevando la precaución de no manchar la mesa con alguna gota de café.

-¿Sequía dice usted, buen hombre –decía don Adolfo a un señor bajito que sólo acudía de cuando en cuando a la cafetería de grandes ventanas, un señor que ceceaba e intentaba hacerse siempre el gracioso, a veces mientras se hurgaba entre los dientes con un palillo-. ¿Que tenemos sequía? ¿Y qué espera usted, amigo mío, que tengamos a finales de julio en esta parte del país? Aquí, en verano, sequía; en invierno, frío; y en otoño se caen las hojas de los árboles. ¡Eso ya me lo enseñaba mi abuelo cuando yo tenía cinco años! Y ahora la gente toma la sequedad en verano como algo del otro mundo, o como si las ranas volaran.

El matrimonio Trespalomas sorbía sus bebidas a tragos muy cortos, lentos y espaciados, no osando jamás la mujer adelantarse en coger la taza, para acercársela a los labios, antes que el esposo. Era una mujer dócil, inmóvil e inexistente; era una mujer poco agraciada, una mujer poquita cosa que a ningún sitio habría ido sin su marido. Algunos parroquianos, en silencio, la compadecían por ser tan sumisa y por estar casada con un bocazas como don Adolfo.

-Con los coches que hoy día fabrican –decía éste un día al matrimonio Narváez, una pareja de recién casados muy jóvenes que tomaban siempre chocolate mirándose muy fijamente a los ojos-, lo más natural es que la gente caiga como moscas en la carretera. Si dejamos vehículos capaces de alcanzar los doscientos kilómetros en manos de inconscientes y bobos, ¿podemos esperar otra cosa?

Para don Adolfo todo seguía un orden lógico, natural y predecible en el mundo. Al igual que a los días le seguían las noches, a la educación consentidora que doña Manuela siempre había dado al caprichoso de su hijo, desde que éste era un renacuajo que no levantaba tres palmos del suelo, le sucedía que el muchacho a los veinte años hubiese acabado introduciéndose todo tipo de drogas en el cuerpo, por boca, nariz, a fuerza de jeringuillazos o hasta por las orejas; y que fuese como de la familia en los centros de desintoxicación de donde entraba y salía como si fuese el amo, tal era la frecuencia con que los visitaba y vivía en ellos. El mundo era como un reloj que nunca adelantaba ni atrasaba. De la misma manera que, si en el cielo no hay nubes, brilla el sol, a la desidia y mala cabeza del verdulero de la esquina hacia su negocio, (cerraba siempre antes de tiempo con tal de llegar cuanto antes a la hora de abrir el bingo, totalmente atrapado en el vicio del juego), le sobrevenían las deudas, los reclamos del banco y, al fin, el más humillante de los embargos para él y su familia, (la mujer y los dos niños llorando, ante la vigilancia de todo el vecindario, mientras se llevaban los muebles). Del mismo y obligado modo que las olas del mar se juntan con la arena de la playa, si coincidían un borrachín e ignorante hombre con una mujer haragana, y más inclinada a charlar y fisgonear con las vecinas que de atender cocina y limpieza de casa, si enlazaban en matrimonio tal pareja de insensatos, ¿de qué otra manera podía acabar el asunto sino en continuas palizas, escándalos descomunales y, como colofón y traca final, con una en la tumba y el otro en chirona?

Don Adolfo y esposa permanecían, con las tazas vacías delante, un gran rato en el café; quieta y arrobada en el marido ella, mirando insolente y despectivo a todas partes él. Era especialmente irónico y sarcástico con los desconocidos que entraban por primera vez en el bar. Los miraba de reojo y para todos tenía una frase mordaz que se cuidaba mucho de no dirigirla directamente al aludido, sino como si la estuviera diciendo a cualquier otro contertulio presente. Si entraba uno con las orejas grandes, afirmaba en voz alta que los abanicos volvían a ponerse de moda; si llegaba alguien muy feo, hacía como que preguntaba si era cierta la noticia de que un mono había escapado del zoo de la ciudad. Hablaba, viniese o no a cuento, fuese o no verdad, de una plaga de piojos que pululaba por la ciudad si se trataba de un joven con pelo largo y desaliñado; o advertía, poniendo cara de buena fe y tono de sencillez, de la ola de constipados que advertían los médicos se avecinaba, en caso de entrar una joven con la falda algo corta.

Mientras algunos reían las gracias y se sometían a las aseveraciones incuestionables de don Adolfo, otros pensaban, aunque no se atrevían a decírselo a la cara, que tenía la boca demasiado grande y que era innecesariamente cruel con los débiles y desconocidos. Incluso

había quien pensaba que era un ignorante presuntuoso y, en el fondo, un cobarde bravucón, además de lucir un patético bigotillo que, ya unos lustros antes, había pasado de moda.

El matrimonio permanecía en el café hasta que don Adolfo se sentía satisfecho de sí mismo, después de pregonar sus verdades y sentencias, de referirse a unos y otros con ironía, hasta que nadie se atrevía a replicarle de ningún modo o la hora avanzada aconsejaba el retiro a casa. Llamaba entonces con suficiencia al camarero veterano y, con gran solemnidad, le abonaba las consumiciones con las monedas justas y sin dejar en ninguna ocasión propina. Jamás se le vio pagar con billetes ni recibir cambio alguno; nunca recibió el respetuoso camarero una gratificación extraordinaria de la pareja.

Cuando don Adolfo se marchaba de la cafetería de enormes ventanales, su señora lo seguía con sigilo, siempre detrás de él, como si le guardase las espaldas, y nunca se vio al esposo cederle el paso en la puerta. Al contrario, salía con indiferencia, sin cuidar de mantener la puerta con la mano mientras la esposa iba tras él, y había muchas ocasiones en que la mujer debía alargar la mano rápidamente para evitar que el cristal de la entrada le golpeará en el rostro.

El día que dimitió el concejal de urbanismo, hecho insólito del que la gente no paraba de hablar en cuanto se tuvo conocimiento de ello en la ciudad, los habituales y conocidos del café pronosticaban que, por fin, el hombre inalterable y seguro de sí mismo mostraría algún signo de admiración o incredulidad. Que exclamaría algo como: “¡No es posible!, ¿puede ser eso cierto?”, aunque también hubo quien pensó que quizás un hombre tan ducho en la vida no podía ser del todo ajeno y desconocedor de los turbios manejos que abocaban a la degradación y la vergüenza al edil, más aún si se cavilaba en el hecho de que don Adolfo trabajaba en el departamento de licencias municipales, no directamente relacionado con el de urbanismo, es verdad, pero sí con algunas conexiones periféricas en común.

No obstante, aquella tarde no acudió el matrimonio a las seis, como tenían por costumbre, ni tampoco lo hicieron durante los dos días siguientes. La ausencia de tres días sí que extrañó a los clientes y personal del café, ¿se hallaría alguno de los dos enfermo? Algunas veces había sucedido que, tras faltar un día a la cita cotidiana, aparecía don Adolfo con su señora correteando tras él como un perrillo faldero y, en medio de los acostumbrados rituales y frases contundentes, comentaba el porqué de la ausencia sin que nadie le hubiese preguntado, diciendo por ejemplo:

-Un conocido lejano con cáncer de pulmón. Ayer lo enterramos. Cosa obviamente entendible, si tenemos en cuenta que fumaba dos paquetes diarios desde hace años. La gente fuma como un carretero y luego, se mesa los cabellos y considera increíble agarrar un cáncer o un enfisema crónico.

Por eso todos imaginaron que algo fuera de lo común habría sucedido para que el habitual matrimonio no hubiese asomado por la cafetería durante tres días.

Al cuarto día, sin embargo, se sorprendieron grandemente al ver aparecer por la puerta a don Adolfo solo, sin la sempiterna compañía de su señora, con un semblante serio y un aspecto decaído. No había, esta vez, tono de importancia cuando con voz muy baja demandó al camarero solícito un cortado. Sentado en la mesa, con la cabeza mirando hacia el suelo, conservaba puesto sobre la cabeza el sombrero de teja, el abrigo sin sacárselo de encima y, cuando alguien le preguntó con tacto sobre su esposa, el hombre de bigote anticuado levantó una mano en señal de súplica, solicitando descanso, paz y silencio.

No hubo aquel día sobrecito de azúcar compartido, ni musiquilla de cucharitas contra las tazas, tampoco aseveraciones contundentes, ni retintines de segunda intención. No buscó aquella tarde don Adolfo los periódicos, ni estuvo demasiado tiempo en la cafetería de colosales ventanales. Llamó sin hablar al camarero y, por vez primera, sacó un billete de papel para pagar su cortado. Aún no había salido el veterano camarero de su asombro, mientras volvía con el cambio en un platillo, cuando vio cómo don Adolfo ya salía por la puerta sin girar la cabeza. Se encontraba así con una de las mejores propinas que jamás había recibido, en la palma de la mano y sin saber qué hacer, y con la primera del habitual cliente.

Ninguno podía imaginar lo que había sucedido. Quien conjeturó que la dimisión voluntaria e irrevocable del concejal había tambaleado la seguridad de don Adolfo Trespalomas, o incluso con malicia malpensado que, quién sabe, también podía andar, de alguna manera, implicado en el caso, (era posible, aunque improbable, esa circunstancia, dados los indirectos contactos entre la concejalía de urbanismo y el negociado de licencias municipales), se equivocaba por completo. Quien imaginó que la esposa quizás había enfermado, también erraba.

Fue mucho después cuando reuniendo informaciones y atando cabos de un lado y de otro, pues don Adolfo ya no regresó nunca con su señora al café de gigantescas ventanas, ni lo hizo con la misma asiduidad, ni jamás volvió a intercambiar palabras, los parroquianos averiguaron que la dócil y recatada esposa, la sumisa y complaciente mujer que pocos habían oído hablar, era la causante del estado casi de estupor en que desde entonces se sumió el marido, para no salir de él nunca.

Las sólidas convicciones y las firmes bases de la lógica y la razón, que siempre habían sustentado el modo de vida y el temperamento impasible de don Adolfo, se resquebrajaron como las paredes de un edificio en ruinas. Los puntales de la ironía y el sarcasmo flaquearon y, ahora, se revolvían para arder en el interior del hombre inalterable y altivo.

La misma mañana en que dimitió, hecho inolvidable para todos los ciudadanos durante años, el concejal de urbanismo, la señora de don Adolfo Trespalomas lo había abandonado, sin despedirse siquiera, para recorrer mundo amancebada con un trapealista de circo, un joven polaco veinte años más joven que ella, con el que convivió durante mucho tiempo en la más completa felicidad y armonía, pues el profundo amor que la mujer sentía hacia el acróbata del trapecio era, con la misma o mayor profundidad, correspondido por éste.

Título: Línea de meta

Autor: David Bueno

La muchedumbre se va dispersando. Las deshilachadas oleadas de peatones se pierden calle abajo, hacia las bocas de metro. Hace bastante calor para las fechas que son. Demasiado para nuestro gusto. Cuando paseamos, Papa camina siempre adelantándose un metro. Alarga la zancada y después se para. Añade gravedad al gesto y vigila a un lado y a otro. Como si estuviera dudando entre girar a la izquierda o a la derecha. O dar la media vuelta. Cabecea y me mira. Se atusa el bigote. Sus vigorosos brazos bronceados se tensan bajo la camisa. Es su forma de hacer camino, nada más. No hay mucho que pensar ni decidir. Delante van Georghe y Dumitru, sus amigos. Georghe tiene una fea cicatriz en la mejilla y Dumitru es tan gordo que parece que va a ser aplastado por su propio peso. El paseo de la Castellana ha estado hirviendo toda la mañana. Nos hemos colocado en primera fila hasta para ver el tinglado. Sin tiempo para comer nada. Un plantel con los mejores ciclistas del mundo ha desfilado frente a nosotros a velocidad endiablada. Siempre madrugamos para ver la carrera desde un lugar privilegiado. En este interminable paseo se agolpan miles de personas. Se respira pasión por el ciclismo. Se agitan las banderas. Asorda la megafonía. El robusto bucle entre la Gran Vía y la Puerta de Alcalá se vuelve más pequeño. O más grande. Hace cuatro años que presenciamos aquí el final de la Vuelta a España. Los esforzados de la ruta. Los guerreros de los pedales. A mi padre le chifla el ciclismo. Nada más llegar a España se compró una bicicleta. Antes que nada, su afición por el dichoso ciclismo. Dice que lo practicó hasta semiprofesionales durante su juventud en nuestra Rumanía natal y que eso le sirvió para afrontar con determinación la vida. Que le enseñó a valorar el esfuerzo y el sacrificio como pilares básicos sobre los que ha de vivir un hombre decente. Que cuando un ciclista se cae de su bicicleta siempre se levanta, y jamás se queja. Y que, por mucho que uno luche y pelee por sus sueños, nunca, y recalca siempre arrastrando las palabras, nunca puede cantar victoria hasta que alcanza el último metro, la línea de meta.

Este año el vencedor final ha sido un kazajo. Del Kazajistán. Yo no sé dónde está ese país. Papa dice que es un lugar muy lejano y que a muchos kazajos les gustaría venir a Madrid y ver la etapa final de la Vuelta a España.

Juan, me dice, masticando con delectación sus propias palabras, es un orgullo para nosotros que un kazajo se alce con una victoria en una gran competición, porque eso demuestra que el

camino de un hombre se lo hace él mismo, venga de donde venga. Y ahora que estamos en otro país debemos valorar lo que hemos conseguido y adaptarnos a las costumbres del lugar que nos da de comer.

Tras la entrega de trofeos, himnos y banderas, nos ha conducido a un lugar llamado el Café Gijón. Ellos han tomado unas jarras de cerveza y yo una coca cola. Papa dice que es un lugar famoso donde se congregan hombres de letras. Que tiene mucha historia. Y que debemos valorar la categoría que supone estar en esta tibia sobremesa tomando una cerveza en el famoso Café Gijón en vez de estar en otros lugares tragando mierda. Pero a mi no me impresiona. Me parece que el antro tiene poca luz y el baño está sucio. Se respira un aire rancio y triste, y los camareros con sus uniformes parecen mirarte por encima del hombro. Tampoco me gusta que me llame Juan en vez de Ioan, que es mi verdadero nombre, y que me hable en español todo el tiempo.

Tragando mierda.

Al poco de llegar a España Papa encontró empleo de peón en una obra. Cada semana traía consigo frases nuevas que repetía sin cesar. Tragar mierda. Irse a tomar por el culo. Comer de gorra. Pasar la priva. Tocar los cojones. Cago en esto. Cago en lo otro. Impuso la norma incontestable de hablar siempre en castellano. Eso nunca me ha gustado. A Mama tampoco. No entiendo por qué diantres tenemos que hablar español en nuestra propia casa.

Tampoco me gusta un pelo que mamá nunca nos acompañe en nuestros viajes a la ciudad y sí esos botarates que son Dumitru y Georghe, que no hacen sino beber su cerveza y quejarse de todo. Me repatean sus conversaciones reiterativas, cargadas de pesimismo. Mama trabaja en un locutorio de la Western Union. Pero ella nunca sale de Coslada. Jamás nos acompaña para ver al Atleti o al Rayo. O para beber cerveza en la Casa de Campo. En lugar de eso se queda en casa fregando y cosiendo. O sale a sentarse a los bancos de la plaza con la mujer de Georghe, que ha llegado hace poco a España. Supongo que con ella sí hablará nuestro idioma. Ella odia la bicicleta de Papa. Suele decir que siempre está estorbando y que no sirve para nada. Y tiene toda la razón. Porque esa bicicleta jamás ha salido de casa. Llevaba tres años apoyada en la pared del pasillo hasta anteayer, en que mi padre se puso a hacer el indio. No entiendo entonces de dónde diantres le viene esa desmedida afición por el ciclismo.

Caminamos entre los viales pisoteando papeles y guardando silencio. Allá en lo alto, las copas de los árboles se agitan capturando sombras. Papa siempre un paso por delante. Georghe y Dumitru ahora a nuestras espaldas. Una extraña manera de hacer grupo, de significarnos sin que nos demos cuenta. Cruzamos la plaza de Neptuno donde asegura Papa que un día nos bañaremos y podremos gritar y hacer lo que queramos, porque habrá tanta gente que la policía no sabrá a quien coger por el pescuezo.

Nos sentamos en un banco próximo a la Plaza de Atocha. Dumitru sale a buscar unos litros de cerveza y Papa se queda pensativo. Luego saca un cigarrillo y se lo pone en la comisura de los labios. Juan, me dice, el día que un rumano gane el Tour o la Vuelta demostrará que somos un país avanzado, una nación con orgullo. Hasta que eso no suceda no merece la pena perder el tiempo. Dice. Los Carpaci somos una familia orgullosa y trabajadora y no podemos malgastar nuestro aliento mientras nos morimos de hambre. Tragando mierda. Pásame la priva, le dice al recién llegado Dumitru. Asiento. Papa siempre a vueltas con lo del ciclismo. Beben en silencio y yo me muero de hambre. Todo el día sin un bocado, aguantando los gritos y los codazos de la gente. La muchedumbre agolpada por toda la Castellana. En un luminoso domingo de septiembre. Y luego la nada. Porque la gran arteria se ha vaciado casi de golpe, como si se abriera la compuerta de una presa o se quitara el tapón de una bañera. Nadie corresponde a la invitación de la tarde transparente. Todos han desaparecido. No se oyen ruidos. Ni rugen los coches. Las terrazas están semivacías. Hay un eco sordo que viste el sol sobre las fachadas. Como una protesta cruda e inútil, jaleada por una leve brisa intermitente. Es como si una gran explosión hubiese arrasado toda la ciudad, dejándonos solos. Empequeñecidos bajo una campana de cristal contaminada de amarillo silencio. Me gustaría decir que echo de menos a Mama. Que ella daría conversación en este túnel de calma alcohólica. Porque no entiendo por qué siempre vamos con estos dos botarates a todos los sitios y Mama nunca puede venir a la ciudad.

Papa, no entiendo, le digo.

No entiendo.

Pero él vuelve a insistir en los insobornables valores del ciclismo. En la eterna lucha contra uno mismo. El esfuerzo. La capacidad de sufrimiento. La nobleza del deporte sobre las dos

dichosas ruedas. Tú no lo sabes. Porque no lo valoras. Deberías hacerte ciclista. Puede que entonces sepas lo que es la vida. El esfuerzo. La lucha. Porque cuando un ciclista se cae no se queda en el suelo lamentando su suerte. Se levanta y pelea por llegar el primero a la línea de meta. Y sólo entonces, Juan, sólo entonces es cuando uno puede levantar los brazos y saborear la victoria. Tu madre tampoco sabe de eso. Por eso no viene. Porque no entiende de deporte. No sabe nada de ciclismo. Y tú deberías saberlo. Porque eres un Carpaci. Y los Carpaci sabemos lo que es hacer las maletas y luchar por un futuro mejor, Juan. Deberías saberlo. Dice. Y después se pasan la botella. El idiota de Dumitru y el payaso de Georghe. Tragando mierda. Y entonces pienso si en las casas de estos dos botarates se hablará español o rumano. Si alguno de ellos piensa como Papa en que el ciclismo es un deporte de grandes valores. En si llegará el día en que un rumano gane la Vuelta y reciba los honores de rey en este mismo Paseo. En si algún día volveremos a nuestro país y dejaremos de sentarnos en los bancos de la calle mientras la soledad raída de esta sobremesa de septiembre araña nuestros pechos. Pero no entiendo, le digo a Papa. No entiendo nada de nada. No entiendo, por qué Mama...

Juan, ordena marcialmente mientras se limpia el bigote con el dorso de la manga. Tenemos que irnos. Ya está bien por hoy.

Y los tres hombres se levantan emprendiendo el camino a la estación y una mujer de ajustada falda vaquera choca con Dumitru y aprieta el paso sin mirar atrás. Cruza un coche a gran velocidad. Y luego se detiene un autobús. Juan. Dice Papa. Levanta, que nos vamos. Venga. A lo lejos una pareja se besa junto a la parada de metro. Sobre los edificios, en el marco arborescente que ofrece la perspectiva dominical, el día se vuelve anaranjado y brillante. Mucho más vivo. Es un color fuerte. La ferruginosa oxidación que ofrece el tardío estío. En la quietud del Paseo del Prado. Una brisa fresca seca las gotas de sudor que ahora resbalan por detrás de mis orejas. Juan. Dice. Juan. Venga. Me estás haciendo perder la paciencia. Papa y sus dos amigos silenciosos. Beben cerveza en un banco de la Castellana. En un rincón de la ciudad. De cualquier ciudad. Juan.

No lo entiendo.

Juan. Venga. Muévete.

No lo entiendo, Papa. Sigo sin entenderlo.

No entiendo por qué anteayer te pusiste a hacer el indio en el salón de casa, sobre la bicicleta que nunca tocas. Tampoco por qué te caíste como un fardo si una vez, en tu juventud, allá en nuestro querido país, llegaste a ser semiprofesional. Tampoco, por qué, cuando Mama se carcajeó, intentaste ahogarla con la cadena de la bicicleta. Y tampoco, y si acaso más importante, por qué entonces te pusiste a blasfemar en rumano, cuando eso, sabes, hace cuatro años que está prohibido.

Título: Suite nupcial

Autor: Nacho Albert Bordallo

Amor mío, hace tanto que no frecuentas mis sueños. No sé si recuerdas la temporada que pasamos juntos. Por eso te escribo ahora, para refrescarte la memoria, por si ya te has olvidado. Yo padecía del oído y tú de la vista. Apenas te oía llegar cuando te habías dado ya de bruces contra el único cristal del inmueble que parecía oponer resistencia al paso del tiempo y la cochambre. De tantos impactos tenías la frente hundida, como una almohada vieja o un satélite tras una lluvia de meteoritos. Sin embargo, esa eventual porfía tuya no te restaba ni un ápice de belleza sino todo lo contrario. Aquella oquedad en tu cabeza desencadenaba toda suerte de mohines que solían conferirte cierta excentricidad y una personalidad arrebatadora. Yo te quería. Es extraño, pero si lo pienso fríamente no recuerdo un solo día en que aquel magnífico ventanal albergara una mota de polvo, una muesca o vaho. Permanecía límpido e incorrupto como si de la extremidad de un santo o la túnica sagrada se tratase. Y eso que nos alojábamos en un hotel abandonado cuyas habitaciones nadie había tenido a bien limpiar desde hacía más de veinte años y por consiguiente aquella lámina de vidrio habría de estar, como mínimo, mugrienta. Pero nada más lejos de la realidad. Estaba resplandeciente y dejaba pasar el espectro solar en todo su esplendor. Por el contrario, la depauperación circundante en las paredes y el techo no nos afectaba porque ambos teníamos el pleno convencimiento de que las virtudes son contagiosas y que nosotros también éramos inmunes a las bacterias, el deterioro y los agentes erosivos del océano. Hasta bromeábamos con que allí estábamos un poco más cerca de la eternidad, como aquellos individuos que se zambullían en un estanque mágico y vivían para siempre. Con los años he comprendido que aquella vitalista actitud ante los embates de la vida no era otra cosa que cosa del amor. Ignorábamos que éramos víctimas del arrobamiento.

Todas las mañanas salíamos al balcón, humillábamos la cabeza como tributo al sol y nos deleitábamos en la contemplación de una playa de arena volcánica y decenas de pesqueros anclados en la bahía. Yo describía todo aquello cuanto consideraba susceptible de complacerte y tú gratificabas mi arrullo con una leve caricia. Pero entonces comenzaba el fragor y la sensación de paz se hacía trizas contra el parqué; pequeñas astillas saltaban por los aires como fuegos artificiales. Se estremecía la habitación, el edificio, la ciudad entera. Abajo las hormigoneras y las máquinas excavadoras no cejaban en su empeño de echarnos de allí o,

por lo menos, aturdirnos. Recientemente el edificio había sido adquirido por una prestigiosa cadena hotelera y teníamos los días contados nosotros y todos nuestros amigos, éstos a primera vista una extensa nómina de seres abominables que, como laboriosas hormiguitas, corrían de un lado para otro movidos por malos augurios. Ataviados tan sólo con un raído gabán y cargando sobre su espalda con su desaliento, empujaban sus carritos rebosantes de fruslerías hasta que se detenían de pronto, alzaban sus vidriosas miradas y nos obsequiaban con una sonrisa pícaro y, si había suerte, con un mendrugo de pan. Su sempiterno itinerario contemplaba hacer una parada técnica en la nauseabunda piscina para hacer sus necesidades y otra en el aparcamiento para buscar cobijo contra su miseria e inyectarse una dosis de fantasía. Tan facinerosos como peripatéticos, todos ellos solían esgrimir un cartón de vino y exhibir su colorada nariz. Bajo un mapa de cicatrices y la roña adherida a la piel, era del todo imposible calcular la edad de aquellos hombres condenados al olvido y, en última instancia, al fallecimiento. A medida que transcurrían los meses, el infortunio se cernía con más virulencia sobre nosotros. Con la aurora nos sublevábamos y llegada la medianoche nos reconciliábamos con la humanidad y su siniestro afán por enladrillar el mundo. Nuestro comportamiento compaginaba el escarnio a mediodía con el armisticio en el crepúsculo.

En los días sucesivos todos aquellos ocupantes ocasionales fueron poco a poco rindiéndose. Más tarde o más temprano huían de nuestro lado y trasladaban su lugar de residencia a moteles desahuciados y ruinosas pensiones para empezar de nuevo. Paulatinamente nos fuimos quedando solos; se llevaron el trajín y nos dejaron el vacío. Pero en absoluto nos importaba porque nos teníamos el uno al otro y nos confortaba pensar que más audaces son los que subsisten que los que claudican. Pasaron las semanas y flaqueaban las fuerzas. Resistimos como mejor pudimos la nube de polvo, el constante repiqueteo y la contaminación acústica a sabiendas de que la vida allí se hacía cada vez más impracticable y hacer el amor entrañaba cada vez mayor dificultad por aquello de la falta de intimidad y la desconcentración. Mis ojos denotaban angustia y tú tenías el pensamiento atestado de árboles. Sentías que te faltaba oxígeno y soñabas con ficus, secuoyas y araucarias. Siempre que cerrabas los ojos, te sorprendías a ti misma encaramada a la rama más alta de un árbol milenario o nadando en su apacible sombra. Mascullabas que era menester tanto acatar los designios de Dios como hacer caso a la llamada de la madre naturaleza. Pero para arribar a las

tierras verdes había que emprender un largo viaje y ninguno de los dos teníamos ya edad ni redaños suficientes para soportarlo. No me cabe la menor duda de que habríamos perecido en el intento. No nos quedaba otra alternativa que perseverar y aguardar a que finalizaran las obras. Sustituimos el saludo al sol por rogar al cielo que en aquel hotel de próxima apertura se hospedaran gentes de bien. Confiábamos en poder compartir nuestra suite nupcial con amantes impenitentes, hombres de negocios o ancianos millonarios. La inauguración fue un rotundo éxito y tres camareras de pisos con ojos rasgados y tez bronceada tuvieron a bien remozar nuestra alcoba y colocar sobre una mesa un jarrón con flores y una bandeja de fruta, lo cual hizo las delicias de dos inopes como nosotros porque no habíamos probado bocado dulce desde hacía varios días. De pronto nos sonreía la suerte y se extendía ante nosotros un futuro esperanzador. Todo eran buenas perspectivas y con auténtica intriga vigilábamos la puerta.

A la mañana siguiente se abrió súbitamente la puerta y entraron los primeros inquilinos: una pareja de mediana edad seguida de su prole de encantadoras criaturas. Les esperábamos en la terraza con expectación y la mejor de nuestras sonrisas. Deseábamos entablar amistad con ellos cuando algo llamó nuestra atención y fruncimos el ceño. El infante que apenas levantaba un metro del suelo procedió a abrir un bolso de mano, volcarlo sobre la cama y hacer acopio de su arsenal: un tirachinas, un juego de dardos y una escopeta de perdigones. Acto seguido nos clavó sus coléricos ojos, arqueó una ceja y nos brindó la peor de sus sonrisas. De lo que sucedió a continuación no tengo un recuerdo nítido, aunque sí tengo constancia de que el endiablado niño disparó a matar. Tú y yo batimos las alas con fuerza y alzamos el vuelo en distinta dirección. Yo me golpeé en el costado con una viga de madera y tú emprendiste una descontrolada carrera en pos de la vida. Tras un instante de agonía, el estruendo se tornó confusión. Se apagó el día y se hizo el silencio. Oscilante, se aproximaba una pluma teñida de rojo, pero de repente roló el viento, pasó de largo y cayó al mar. Bajé la cabeza y cuál fue mi sorpresa cuando alcancé a ver en mortal contraste tu cenicienta figura con las alas desplegadas, derramada sobre un lecho de tinieblas, tu pico hincado en la arena volcánica y las olas rompiendo con ferocidad contra tu cadáver yerto. Comprendí que nos habían amputado la libertad y presa del dolor dirigí mi mirada hacia la ventana. Tras el cristal comprobé que el funesto impúber contaba con el beneplácito de sus progenitores que

disfrutaban sobremanera del espectáculo en tanto le animaban a tirar de nuevo. Tras un minuto de rearme, el hijo de puta se disponía otra vez a abrir fuego cuando procedió a apuntar mejor y recostó su cuerpo contra la barandilla con tan mala fortuna, o buena, que los hierros dieron de sí, saltaron de su embocadura y se precipitaron al abismo con él detrás. Días antes el personal de mantenimiento había olvidado afianzar la estructura al piso y, como era de esperar, días después el hotel cerró sus puertas definitivamente. Cerró sus puertas antes casi de abrirlas. Y mis abominables amigos retornaron al redil de la tristeza con su gabán raído, su afamada astucia y su carrito rebosante de bagatelas. Al contrario de lo que hubiese hecho cualquiera, yo no permanecí allí. Saqué fuerzas de flaqueza y volé a las tierras verdes con la inestimable ayuda de una bandada de patos salvajes emperrados en culminar su proceso migratorio, ávidos de anidar en latitudes más cálidas.

Ahora soy feliz al abrigo de la hojarasca. Suelo ayudarme con las alas para enterrarme bajo la maleza. Sobre las raíces me tiendo boca arriba y me extravió en la verde inmensidad del cielo. A veces deliro y creo distinguir tu sombra encaramada a la última rama de una araucaria de cuarenta y cinco metros de altura. Tengo la certeza de que te hallas allí y que allí te hallarás eternamente. Sin embargo, por mucho que bajaran la cabeza y aguzases la vista jamás conseguirías ver mi rostro curtido por la lágrima o por mucho que yo alzase la cabeza y aguzara el oído jamás conseguiría oír el crepitar triste de tu corazón. Por nuestras respectivas taras estamos ambos predestinados al desencuentro. Para iniciar la búsqueda del prójimo, habremos entonces de vivir otra vida y nacer de nuevo con los sentidos en perfecto estado. Mientras no ocurra tal cosa, yo seré a los ojos de mis semejantes un incomprendido. Un pobre hombre con cuerpo de ave. O un pobre ave con mentalidad humana. Tú eres y serás siempre mi ángel caído.

Título: Una vuelta de tuerca

Autor: Francisco José Gariboldi

La Vieja Yegua. La Vieja Yegua y su hermosa sobrina, su rica sobrina, su joven sobrina.

Andrés no aguantaba la presencia, la proximidad, la mención, el maldito olor de la tía, que representaba el mayor obstáculo entre Olga y él.

Unicas familiares, doña Asunción y Olga eran las propietarias del mercadito “El Meteoro”, donde él trabajaba desde hacía un par de años en la carnicería. No había resultado difícil establecer primero una amistad y luego un noviazgo con la sobrina de la Vieja Yegua, pues se habían criado en el mismo barrio, compartían los mismos gustos y pasaban juntos algunos momentos, de tarde en tarde, en el negocio.

La tía lo despreciaba con todas sus fuerzas al empleadito. No se animaba a despedirlo porque era eficiente y honrado, atributos difíciles de encontrar en una persona hoy en día.

Imponía su voluntad en la sobrina, de la que se había hecho cargo desde su orfandad, hacía un par largo de años, haciéndola estudiar, intentando lograr de ella una profesional brillante que pudiese despegarse de ese destino de bolicheros barriales.

Desde ya que en sus planes de futuro no podía de ninguna manera tener cabida un tipo como Andrés, siendo que cuando Olga lograra ingresar a la facultad de derecho con seguridad conocería a otros jóvenes de abolengo, de mayor educación, pinta, guita, chamuyo, que desplazarían al grasiento pretendiente que todo lo que tenía eran unos ojos claros y una manera de ser amable y graciosa.

Cuando la vieja arpía detectó que algo sucedía entre el dependiente y su única sobrina, luz de sus ojos, causa de todos sus desvelos, immaculado bebé que le recordaba a su desaparecida hermana, tuvo una repentina regresión a lo que fue el noviazgo trunco de su vida.

Cuando joven, también la supo pretender un jovencito empleado del entonces almacén “Don Roque”, que luego metamorfoseó en “El Meteoro”. Claro que la reacción de su padre no tuvo una connotación muy diplomática, ya que no se trataba de un hombre de diálogo fluido, sino de un inmigrante que había soportado demasiadas penurias para acumular su incipiente capital, del que se sentía tan avaramente orgulloso y al que bajo ningún concepto fuese a parar a las manos de un tipo cuyo único aporte estuviese resumido en una dentadura de conejo, una colección de chistes bobos y un jopo desteñido con agua oxigenada.

Primero le habló en forma directa y dura. Luego, más inmediatamente de lo que ella hubiese deseado, le dio una de esas palizas memorables con el cinturón ancho de cuero, tratándola cariñosamente de calentona, arrastrada y perdida.

Para insuflarle un poco de desánimo al pretendido pretendiente no tuvo mejor ocurrencia que propinarle una golpiza con un redondísimo palo de escoba al que rompió en varios pedazos sobre la humana forma del muchacho.

Previo paso por comisaría y hospital, no se volvió a mencionar jamás en la casa ni en el negocio algo relacionado a romances, amoríos o leves simpatías intersexuales.

Faltándole a ella el coraje, la fuerza, la decisión, la autoridad y también el cinto ancho y el palo de escoba, iba constantemente armando estrategias de mísero resultado para separarlos, desunirlos, apartarlos, dividirlos.

Lo único que lograba era que no lograba nada, el tiempo pasaba jugando en su contra y cada día se veía o se imaginaba que el muchacho heredaría inmerecidamente “El Meteoro”, que se había logrado constituir en lo que era merced a las penurias sufridas por toda la familia, que a la hora de privaciones el avaro don Roque bien que había sabido no privarse de privarlos de todo, siempre en pos del crecimiento del negocio, afrontando competencias, subas de precios, golpes de estado, y la huída de Edelmira, que supo reaparecer casada, con Olga en brazos y no queriendo saber ni miércoles del boliche.

Claro que estos jóvenes ignoraban todo eso y hablaban (¡en su presencia!) de irse juntos a Mar del Plata en las vacaciones.

La Vieja Yegua (ella sabía que el muy maleducado se refería así cuando hablaba de ella ante otros, ya se lo habían contado) iba a ir a averiguar ante abogados, jueces, policías, y el mismísimo gobernador si fuese necesario, sobre los derechos que sobre la crecida criatura tenía.

Pero ignoraba que no llegaría nunca a averiguar algo referido al caso. Porque mientras ella dedicaba parte de su tiempo a complotar, el simpatiquísimo Andrés, ávido consumidor de berretas películas y truculentas revistas de violencia, artes marciales, terror, horror y pavor, había ideado, copiado, imaginado, pergeñado o transcripto de las crónicas del crimen un plan de fácil realización que solucionaría para siempre la insoportable situación planteada con la tía.

Pensó que el mejor plan sería aquél que no comentase con nadie, ni aun con Olga, cuyos sentimientos hacia él podrían variar de la misma manera en que lo hacían a diario en la tele, en la ficción y en la vida real, tantas personas, que luego terminaban peleando por cuestiones mínimas.

Y si ella supiese que él había matado a la queridísima tía que como una amantísima madre la estaba amparando y educando, era probable que durante algún futuro enojo, o por cambiarlo por un candidato mejor, lo deschavase ante La Ley, por medio de un anónimo, un antónimo o un parónimo.

Lo mejor era asfixiarla. Y hacerlo mientras durmiese, para no dejar huellas ni alterar el lugar del crimen. Crimen. Hermosa palabra cuyo solo enunciado lograba moverle la imaginación en forma acelerada, presintiendo que al cometerlo ingresaría a un círculo de personas diferentes, aquellas que por un instante desafiaron a Dios el Creador, anulando en un acto una de sus divinas creaciones, sintiendo internamente una plenitud de poder que solo les está permitido percibir a quienes tienen la osadía de detener voluntariamente el calendario de otro ser humano.

Un deleite sensual recorría su piel, estremeciéndolo con una sensación fría que nacía en la zona inferior de la nuca y alcanzaba, cosquilleándole las vértebras, su cintura.

El día indicado era el sábado. Sábado en la noche. Madrugada temprana del domingo lúgubre, en que La Vieja Yegua habría dejado el mundo, descendiendo a los tumbos y vuelta carnero por los pasadizos iluminados con resplandores de azufre candente.

Olga no tenía permiso (ya se acabarían los permisos) de ir al baile, por lo que él, como todos los sábados, iría con un grupo de amigos al conocido Terremoto Tropical, esta vez con intenciones de competir en el concurso de Cumbia Arrastrada, formando pareja con la hermana menor de Peloncho. Inmediatamente de terminado el concurso, que comenzaría a las dos y terminaría una media hora después, independientemente del resultado, él se perdería de los demás por un breve instante. Nadie se daría cuenta, entre el bullicio, los apretones, las centelleantes luces multicolores, de su corta ausencia. Aun cuando lo buscasen inmediatamente, podrían pensar que hubiese ido al baño, al bar, afuera, estar en el otro extremo. Pero todos, absolutamente todos, darían fe que él pasó la noche con ellos, ya que pensaba volver inmutable, con su misma mirada serena y sin ni temblor en las manos,

haciéndose el gracioso y acompañándose a la salida unos a otros, comentando la actuación de Maxi Min y Los Gigantes, la piñada que se armó a la salida y lo zarpada que estaba la Gordita Sofía, cada vez más pirada.

Conocía muy bien por donde salir y volver a entrar sin ser visto. Caminaría dando un pequeño rodeo para evitar ser visto por algún perdido paseante o cualquier pareja que se estuviese mano- seando con intensa desesperación y vitalidad en las inmediaciones.

Treparía al muro, los perros no le ladrarían pues lo conocían, se subiría al primer piso donde dormía la vieja y entraría empujando simplemente la hoja de la ventana que, él sabía, ella nunca trababa. Una vez dentro, se dirigiría a la cama de Anunciación y la despertaría. La despertaría para poder experimentar el delicioso placer del asombro de la víctima, la certidumbre de la muerte próxima y la identidad del asesino.

Después de insultarla breve y levemente, sin darle tiempo a gritar o hacer ningún ruido, le taparía la cara con la almohada, presionando con sus fuertes manos hasta no percibir movimiento alguno. Verificaría tranquilamente que estuviese muerta, muerta, muerta. Luego acomodaría las cosas con naturalidad y desaparecería.

Ya Olga y “El Meteoro” quedarían suyos, tras enterrar a la pobre tía fallecida de un lamentable inesperado fatídico acongojante ataque.

Ese sábado todo se fue dando, desde la tarde, tal cual lo planeado. Es más; Anunciación, en el negocio le preguntó si esa noche iría otra vez al baile, a lo que él, atónito por la pregunta, respondió afirmativamente. Entonces ella, en un gesto inusual, le dijo que “un sábado de estos le voy a dar permiso a Olga para que te acompañe” que fue ruidosamente festejado por sus compañeros de trabajo, y que él aprovechó para recalcar que “de a poco la voy convenciendo a la tía ¿vieron?. Si ya se da cuenta que no hay mejor yerno que yo”.

Cualquier duda que alguien pudiese tener sobre él, se dispararía con la escena vivida, ya que todo indicaba que las relaciones iban mejorando entre ellos y cualquier escollo anterior sería olvidado.

Todo salió según lo planeado. Eufórico, fuera de sí, con un corazón de ritmo locamente acelerado, temblorosas manos y respiración jadeante, entrecortada y nerviosa, llegó hasta la cama de la anciana. Entonces la despertó, preparándose a asfixiarla. Es decir, la quiso despertar, intentó en vano interrumpir su sueño.

III Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”

La Vieja Yegua estaba muerta. Apenas tibia aun. Haría un minuto que había fallecido, que el gastado corazón dio su último bombazo. Estúpidamente, por instinto, casi comete la imprudencia de despertar a Olga, como para querer vanamente volverla a la vida, y explicarle que la naturaleza había en ella cumplido su ciclo.

Se contuvo a tiempo. Toda explicación resultaría condenatoria.

Salió, tal lo planeado, y se metió en el bullicio del baile, sabiéndose conocedor de un secreto que sería novedad luego de unas horas.

Lo despertaron cuando apenas había comenzado a dormir. Su mamá atendía a una llorosa Olga que al verlo se abalanzó a abrazarlo, contándole entre nerviosos hipos aquello que él ya sabía.

La velaron el domingo. La enterraron el lunes antes del mediodía, y él estuvo espléndido, con su lazo negro en la manga (una ocurrencia de su mamá, tan chapada a la antigua), circunspecto, serio, responsable, atendiendo a todo el mundo, brindando un genuino soporte afectivo a su novia, atendiendo los mínimos detalles, haciendo oídos sordos a los comentarios del primer premio obtenido en la noche del sábado meneándose con la hermana de Peloncho al ritmo inconfundiblemente rompe tímpanos de Maxi Min y Los Gigantes, recibiendo condolencias de vecinos, clientes y empleados del mercadito que lo ungían con el tácito reconocimiento de futuro dueño.

Si se ocupó tanto del velorio, para que nadie quedase sin atender en lo referente a provisión de café y anís. Si múltiples veces re-repitió “que barbaridad” acompañando el dicho con un encogimiento de hombros, un fuerte apretón de manos o un apoyar la diestra en el hombro del otro. Si se prendió de la primer manija libre del féretro.

Si Olga le mojó el saco con sinceras lágrimas de desamparo.

Si no la mató.

¿Porqué entonces enloqueció aquél lunes a la noche cuando despertó en su cama de soltero y la vio, viva, con su rostro repulsivo próximo al de él, que no podía moverse, mientras ella iba lentamente cubriéndolo con la almohada hasta asfixiarlo?.

¿Porqué hace ya tres años que Olga se ha casado con otro, vendieron “El Cometa” y él sigue internado, reviviendo en cada anochecer el horror de repetir un crimen que nunca cometió y lo tiene ahora como horrorizada víctima eterna, en una situación que se repite dando la sensación

III Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”

siempre que es la primera vez que sucede, la primera vez que intenta matar, la primera vez que sabe lo que es morir?.

Título: Nada por nada

Autor: Ramón Cabrera Naveiras

A los dos días de mi ingreso en el hospital, un médico bucea en mis motivos. Un interrogatorio disfrazado de ayuda psicológica que, pese a sus esfuerzos, me resulta muy poco amable. Como si le fastidiara lo que supone que hice. Tampoco puedo asegurarlo. Y es que todavía floto en una especie de nebulosa coloreada. El arco iris delante de mis ojos entre nubarrones negros como el carbón. Un suicida debe de ser, para las arcas del Estado, un individuo tan nefasto como el enfermo de cáncer de pulmón por culpa del tabaco. Un irresponsable, un chalado. Alguien que debería apañárselas solo, sin ocupar la plaza de quienes enferman para morir de forma natural. Es la conclusión a la que llego escuchando al doctor. Pero también me digo que si tarde o temprano hemos de acabar palmándola, ¿qué mas da la manera? ¿Y no es mejor así, antes de la hora, con el consiguiente ahorro de pensiones para la seguridad social? Eso es lo que pienso, aliviado por constatar que mi entendimiento funciona normalmente, superadas las consecuencias del impacto contra el suelo. Y eso es lo que me gustaría largarle al médico que anota mis respuestas. Sin embargo no están mis ánimos para perder el tiempo con él. Andaba bebido, el alcohol me nubló la cabeza, tropecé y di un mal paso. Por desgracia la ventana estaba abierta de par en par. Sí, eso fue, le digo. Más que un mal paso, una mala caída. Desde un tercer piso. Pero él meneaba la cabeza, poco convencido, y continúa arañando en mi subconsciente. ¿Que le importarán a él los motivos?

Mientras el tipo continua con lo suyo, reflexiono que no es fácil morirse. El topetazo fue de órdago, y sin embargo aquí sigo, con la misma leche agria y el mismo desencanto. Mi padre intentó suicidarse en varias ocasiones con pésimos resultados. En el primer intento se rompió las dos piernas y quedó con una cojera vitalicia; después del segundo, la acidez de estómago que le produjo el veneno le impedía dormir y se pasaba las noches de un lado a otro de la casa con los nervios a flor de piel; en el tercero y último acabó medio lelo, incapaz de un nuevo ensayo. Tuvimos que aguantarlo varios años, babeando, ensuciándose encima, blasfemando a todas horas como un condenado. Murió del corazón, que es la muerte más vulgar que existe.

-Lo hice como protesta por la globalización –confieso finalmente al médico, harto ya de sus pesquisas y poco dispuesto a desvelar mi intimidad. Y cierro los ojos. Cuando el ruido de sus pasos me confirman que, descorazonado, ya se ha ido, los abro de nuevo. El paciente de la cama contigua, con más aspecto de muerto que de vivo, me observa con atención. Una atención cabreada, muy cabreada. Hace un esfuerzo y se medio incorpora.

-Hay que joderse -me suelta con una voz cavernosa-. Yo quiero vivir, y no puedo. Estoy en lista de espera para un hígado que no llega. No me salen donantes compatibles. Y tú te quieres morir, y tampoco puedes. ¿Hay quien lo entienda? Esto no es justo.

-Expuesto así, no, no hay quien lo entienda -reconozco.

Quiere añadir algo más pero vacila. Al final lo escupe.

-A lo mejor tu hígado me va bien...

-No.

-Pretendo decirte que si todavía continúas emperrado en suicidarte, tal vez querrías escribir un carta cediéndomelo. Tú no lo vas a necesitar y podrías hacerme un gran favor.

-No.

-En serio, entiendo que quieras dejar este mundo de mierda si lo pasas tan mal. ¿Quién ha de reprochartelo? Pero puedes largarte al otro sin el hígado. Allá –y mueve la mano derecha en un gesto vago- no sirve para nada.

-Ni allá ni aquí. El mío flota en alcohol. Aunque fuera compatible te produciría vómitos, malhumor y jaquecas. Olvídalo.

Calla unos segundos, pero enseguida vuelve a la carga.

-¿Verdaderamente era ese el motivo que te llevó al suicidio?

Yo ya he olvidado todo.

-¿Qué motivo?

-El que dijiste. La globalización.

-Bien –Quiero zanjar el asunto-. Escribe la carta y te la firmo. Te cedo lo que quieras. El hígado, el corazón, los pulmones, el páncreas y lo que tengo entre las piernas. Soy tuyo. Será como no morir del todo. Tiene su gracia eso.

-¡Je, je! Si tu última donación fuera posible... Con tantos medicamentos para el hígado hace ya años que no funciona –La sonrisa se le congela de repente-. Oye, ¿no te estarás cachondeando, eh? Hablaba muy en serio. Quiero vivir. En mis circunstancias no bromeaba al pedirte el hígado, ¿vale?.

Veo en sus ojos que, en efecto, no está para chistes. Hundidos en las órbitas, son como dos charcas pútridas. El tío tiene toda la pinta del que es capaz de darte con una silla en la cabeza. Por el órgano que le falta haría cualquier cosa. Hasta dar su vida, si no la tuviese ya perdida. Valga la paradoja.

-Perdona –me excuso-. En las mías es natural el sarcasmo.

-Claro, sí. Tendrás que volver a empezar y eso jode mucho. Es evidente que no lo planeaste bien. Pienso que ese motivo tan endeble te hizo dejar cabos sueltos. ¿O querías tan solo asustar? ¡Ah, sí, es eso! En realidad nunca deseaste hacerlo.

Le noto decepcionado. Me desprecia por cobarde y mentiroso, seguro. Siento lástima de él, de su apego al mundo que le ha tocado vivir. Aunque quien sabe, a lo mejor fue feliz alguna vez y el recuerdo le basta, es el madero que de momento le impide ahogarse en el naufragio, en el que confía para llegar a alguna playa. Yo seguiré siempre a la deriva, hundido, pero con suficiente aire en los pulmones para que la agonía perdure. Jamás fui dichoso. ¿Por que iba a serlo a partir de ahora?

-Dije lo primero que se me pasó por la cabeza. Una estupidez. Mis razones no importan a nadie.

Con un suspiro apoya de nuevo la cabeza en la almohada.

-Me dejas más tranquilo.

Una luz se me enciende.

-¿Pero sabes si mi hígado va a servirte?

Yo mismo me asombro de la pregunta. ¿De que voy? ¿Qué me importa a mi eso? Su voz, respondiéndome, me llega mezclada con mis propias cavilaciones.

-Es obvio que tendrás que someterte a unos análisis antes de suicidarte de veras. Bueno, quiero decir con éxito. El papeleo legal ya sabré resolverlo. Me sobra dinero e influencias para que ese detalle sea una minucia. Lo de los análisis, creeme, va a ser pura rutina. Sé positivamente que tu hígado es el único que me conviene.

Esta misma tarde vienen tres tipos sin afeitado, con el pelo revuelto, tejanos rotos y oliendo a sudor. Quieren utilizar mi caso en defensa de la antiglobalización. A mi compañero de cama se lo han llevado de la habitación para no sé que pruebas. A lo mejor disponen de un donante para él. Ya me empezaba a incomodar su presencia.

-Nadie ha llegado tan lejos como tú. ¡Autoinmolarse, como un bonzo! Serás nuestra bandera.

No me preguntan por mi salud. Van a lo suyo. Pero yo no estoy dispuesto a permitir que me utilicen. Simulo un desmayo y se largan. Pero a la mañana siguiente regresan como buitres.

-¿Globalización? -Me entra la risa-. ¿Eso dije? Estaría pirado. A mi las hamburguesas me ponen. La verdad es que intenté suicidarme como protesta por la pena de muerte.

Escapan decepcionados. Aparecen otros. También sin afeitado, con el pelo revuelto, tejanos rotos y oliendo a sudor.

-Nadie ha llegado tan lejos como tú –afirman, repitiendo la misma cantinela-. Serás nuestra bandera contra la falsa democracia norteamericana en manos de Bushes y Schwarzenerges. ¡Abajo la silla eléctrica y la inyección letal!

Por lo que veo todos buscan lo mismo, un pardillo. Con idénticas palabras. Pero éstos me caen simpáticos y hago la broma de asegurarles que estoy a las puertas del otro mundo. Desde el punto de vista propagandístico un cadáver es siempre más rentable que un vivo. Al informarles enseguida de que no tengo nada grave, le es imposible ocultar su desencanto. Seguro que me quieren tetrapléjico, los cabrones. Los envío a la mierda.

-Lo hice por la Pantoja -les grito mientras salen. Desde la puerta se despiden de mi con un corte de mangas.

Otro psicólogo del centro no tarda en visitarme, afeitado y bien peinado. Es un individuo insignificante, calvo, viscoso y melifluido. Me coge una mano con ternura. Demasiada. Me mira, me sonríe, y me habla de algo que no entiendo en su jerga freudiana.

-El motivo real fue un amor imposible -murmuro, procurando que mi voz tiemble de emoción.

-¿Isabel Pantoja?

Las noticias vuelan en el hospital.

-No, usted -, y entorpeco los párpados. Suelta con brusquedad mi mano, y deja de mirarme y sonreír. Le amo -prosigue decidido-. Le he amado siempre.

Se levanta como movido por un resorte.

-Pero si no me conoces -protesta.

-Pues debe ser por eso.

Se va sin darme la espalda. Imagino que piensa que le estoy tomando el pelo. No sé para que coño sirven los psicólogos si no son capaces de discernir si uno es un bromista o un loco. Yo, la verdad, desde unos años para acá ando trastornado. Cualquier imbécil lo intuiría. Y es que no solamente no lo disimulo, si no que incluso lo exagero.

Al cura ya no le permito ni abrir la boca. No tolero que Dios se inmiscuya en mis pobres asuntos. En mi individualidad. Un Jefe de Estado, y Dios es el Jefe Supremo de todos los Jefes, ha de tener objetivos más amplios y generales. Propongo que se ocupe del hambre, por ejemplo. No de mi hambre, si no del hambre en mayúsculas. Salto de la cama como si hubiera visto al demonio, me visto, telefono por el móvil a Magda y salgo a la calle a toda prisa, cojeando. Sin preocuparme del alta médica. Por el

pasillo me cruzo con mi compañero, que lo devuelven en camilla a la habitación.

-¿Pero a donde vas? –me pregunta con brusquedad. Se le nota que ya me considera parte de su propiedad privada.

-No te va a servir mi hígado. Déjalo correr.

Me agarra del brazo y acerca mi cara a la suya. Me susurra al oído:

-¿Has leído a Cohelo?

Se ha vuelto majara. Esa cuestión sólo las plantean los imbéciles.

-¡Por supuesto que no!

-Pues deberías leer “Las confesiones del peregrino”

-¿Ah, sí?

-He tenido visiones recurrentes, como él. Sueños en los que un suicida disponía de un hígado que me salvaba la vida. Hay que hacer caso de las señales. ¿Me entiendes ahora? ¿Comprendes por que te insisto? No es fortuito nuestro encuentro. Está escrito que...

Me suelto antes de que me cuente el final de la historia, y a trancas y barrancas avanzo por el pasillo hacia la salida. Le oigo aullar exigiendo a los enfermeros que no me dejen escapar. Pero yo ya estoy en la calle. Me duele la cadera, de modo que no voy más allá de un parque cercano. El día es espléndido. Espero a Magda sentado en un banco. Hay niños jugando, por supuesto sudamericanas cobrizas que los vigilan, y en el centro de un estanque lleno de hojas podridas la estatua de bronce enmohecido de un general a caballo. Sujeta las bridas de la montura y mira con fijeza obsesiva un descomunal poste metálico de la luz que se alza a un palmo de sus narices. Seguramente no estaba cuando colocaron la estatua, y al general le sería dado contemplar entonces el bosquecillo de árboles frondosos oculto ahora detrás del armatoste. Pero ya se sabe que la historia es ingrata. Aquí ha convertido al héroe glorioso en aprendiz de electricista. De este militar ya no se acuerda nadie. Languidece sepultado por las deyecciones de las aves a la espera del desguace. Lástima, porque es un hermoso tipo de largos bigotes con espada al cinto. Me entretengo en observar los enormes huevos y el culo del caballo. A continuación a los palomos, posados en el quepis del general. Es primavera, y los machos zurean vanidosos, con las plumas hinchadas, alrededor de las hembras. Tres o cuatro por cada una. Hay un vencedor que satisfecho de su breve polvo se aleja moviendo la cola. El espectáculo me cansa, no hay nada más en lo que entretenerme y llamo de nuevo a Magda. Por el reloj del móvil me doy cuenta de que ya ha pasado casi una hora. Aún no ha salido de su casa.

-Ven pronto, coño -le digo-. Necesito una chica para celebrar mi resurrección –Cristo resucitó para subir al paraíso. ¿Cuantos escalones más bajaré yo?-. Tengo envidia de los palomos –termino.

Deja escapar una breve exclamación, como si entendiera. ¡Pobre Magda! Lo delicioso de Magda, y trágico a la vez, es que lo comprende todo, lo acepta todo, me lo consiente todo. Descansa en mí igual que el ciego lo hace en su perro lazarillo. Grave responsabilidad que asumo sosteniéndola en una sarta de mentiras. La principal es que realmente soy yo –farsante, embaucador, infeliz- quien se apoya en ella. Mintiéndola busco engañarme a mí mismo. Hasta que un día admites que no eres un escritor a las puertas de la gloria, si no un desgraciado que escribe historias de mala muerte que casi nadie publica.

La veo aparecer, ya casi a la una, por la entrada del parque. Sube la alameda con el bolsito al hombro, tejanos ajustados y una blusa que la brisa ciñe a sus pechos, resaltándolos. Si fuésemos dos palomos me la tiraría allí mismo. Pero somos un hombre y una mujer. Convencionalismos. En ese momento envidio de nuevo a los pájaros, y a los perros, y a dos hormigas que a mis pies llevan minutos sobándose las antenas.

-¿Qué ocurrió?

-Me fui, estoy perfectamente. No cotizo a la seguridad social. Me pareció injusto aprovecharme de mi buena suerte.

-Podías haber muerto, sí.

Podía. Pero la caída la amortiguaron un tendedero y el toldo de un bazar de chinos. Sólo moratones y un dolor de huesos generalizado. La abrazo, los siento crujir, y la cadera me da un latigazo.

-¿Te llevo a casa?

De repente experimento más hambre que deseo de su cuerpo.

-No, vamos a comer. En el hospital me han dado bazofia. Necesito un chuletón, con su hueso, para ver si por simpatía se recomponen los míos.

Almorzamos en un restaurante argentino, junto a Ópera. Pago yo con mis últimos euros. Los que recibí por una colaboración en una revista impresentable. Nada es la palabra que mejor resume mi situación actual. Antes escribía cosas que a nadie interesaban. Hoy apenas soy capaz de concluir una línea porque no vivo en el mundo. No sé que decir. Vivo en mí mismo, y en mí no hay algo aprovechable. Pero ella no lo sabe.

-¿Por que lo hiciste?

No esperaba la pregunta. Y si me pregunta es que tal vez sí que lo sepa.

-No lo hice –le miento.

-¿Por qué lo hiciste? -repite.

En sus ojos hay un brillo de disgusto.

-Fue un accidente, de verdad.

-No te creo.

-¿Por que iba a hacerlo? Iba borracho, muy borracho. No volveré a beber, por si las moscas. En serio.

Bebido, he deseado a mi propia hija. Bebido, la muerte puede ser como un canto de sirena irresistible. Sin embargo ese día me lancé al vacío completamente sereno, lo juro.

Aparta a un lado mi copa de vino, de la que acabo de beber un sorbo. Sus manos son de dedos largos. Finalizan en unas uñas perfectas de un rojo muy vivo. Me han acariciado muchas veces, me han masturbado con mórbida maestría. Una vez le comenté que eran puro instinto; que poseían una inteligencia propia, casi animal. Se las miró pensativa, perpleja.

-Me engañas –insiste, acercándome un vaso de agua.

Jamás me había dicho algo parecido, nunca dudó de mí. Su inquietud me alarma.

Niego con la cabeza. Alcanzo el vaso, lo levanto en un brindis mudo y lo apuro de un trago. No me acompaña bebiendo su vino. Le cuento un chiste idiota. Por una vez que no entiende, por una vez que no acepta, por una vez que pregunta, me escabullo. ¿O he sido siempre, tonto de mí, transparente como el vidrio? Está intentando, en la situación límite en la que me encuentro, que por fin me sincere. No lo hago. En nuestra relación soy yo el que escapa, el que cierra puertas, el que calla, el fantasma escurridizo. Magda nunca me ha dado la espalda, pero a ella sólo le permito contemplar la mía.

-Vamonos -me ruega-. Vayamos a tu casa.

Caminamos hasta mi pequeño apartamento en Malasaña. En Santo Domingo cojo su mano y la aprieto. Está fría y húmeda, y apenas responde a mi presión. Subimos al piso, en la calle Pez. Culpablemente todavía está abierta la ventana por la que caí a la calle. Recuerdo que ese día llovía a cántaros y hacía un frío inusual. El sol de la tarde, tibio, ilumina un desorden absoluto. Encima de una mesa hay dos botellas de vino barato. Las compro a pares para no excederme. Una vez acabadas ya no estoy en condiciones de bajar a comprar otras. Un modo de autoregularme el consumo de alcohol. Pero las que hay en el piso están llenas, y a Magda, conocedora de mis costumbres, no se le escapan los detalles y me mira, primero sorprendida, después decepcionada. Comprende que jamás he confiado en

ella. Turbado me escabullo a la cocina para hacer un café que tomamos desnudos, en la cama. Presiento que es ahora o nunca, pero permanezco silencioso. Los inmigrantes sudamericanos comienzan a apropiarse de la plaza cercana. Escuchamos música latina y gritos de muchachos jugando a la pelota. De repente Magda se coloca encima de mí, aprisionando mi cuerpo entre sus piernas. Un rayo de luz, a través de la persiana corrida, resbala entre sus senos y se pierde bajo la sábana. Se inclina y me besa la boca. Un largo beso en el que sus pezones rozan los míos moviéndose en círculo. Yo no entro en ella, es Magda la que me conduce. Lo hace con cuidado, para no lastimar mis huesos doloridos, moviéndose a un ritmo lento y cadencioso que agita su respiración y la vuelve ronca. El mejor polvo de mi vida. El de un resucitado. En momentos así uno es feliz de no estar muerto. Y anhela que ese corto instante dure eternamente. En el acto de hacer el amor ha buscado mi verdad. Pero no se la he dado. Cansado me duermo en sus brazos. Cuando despierto ya no está. Sé que se ha ido para siempre. A la gente le cuesta comprender que un fracasado es un ser frágil. A Magda no. La gente ni siquiera acepta la fragilidad. Magda sí, porque es valiente. Pero yo soy tan gallina que ni siquiera me atrevo a confesar que soy débil. Por eso la he perdido.

En cualquier caso no iré de nuevo en busca de la muerte. Es un negocio estúpido cambiar nada por nada.

Título: La gacela y el león

Autor: Sergio Sánchez-Pando Serrano

El rostro del joven luchador reflejaba la fiera con que había derrotado a su oponente, quien, tendido en el suelo, asistía, impotente, al despliegue de poderío físico - formidable cuerpo en tensión, músculos brillantes, macizos- que se cernía sobre él, deleitándose el vencedor en su superioridad, valiéndose de su lenguaje corporal para recordar a su contrincante vencido que, una vez aniquilada su voluntad por la fuerza, su destino yacía a su merced. La sensación de poderío insultante que emanaba de la figura del aguerrido luchador sumada a la de profunda humillación que transmitía su contrincante derrotado, le produjo una intensa excitación. La escena, tomada en un campeonato universitario de lucha libre, se reproducía una y otra vez en diversos formatos; cambiaban los rasgos de los oponentes, la disposición de sus cuerpos, el color de su ajustada indumentaria, pero su efecto era siempre el mismo: el luchador más fuerte, más poderoso, era captado en el instante en que celebraba, reafirmaba su supremacía sobre el rival cuya voluntad acababa de anular. Era imposible no sentirse inspirado por su juventud, atraído por sus cuerpos vigorosos, por el modo en que, pese a su temprana edad, se entregaban a la borrachera de poder que les producía su victoria en los combates, acentuada en contraste con la actitud de indefensión, de incapacidad, de los derrotados, a quienes cabía imaginar igualmente ufanos y arrogantes poco antes de verse reducidos a la inanidad, sometidos por la fuerza de un ser superior. Para entonces estaba muy excitado, las imágenes constituían un punto de partida indispensable pero a continuación era su imaginación la que tomaba el relevo y se encargaba de hacer el resto del trabajo. Decidió probar con otra serie de imágenes. Mientras se descargaban echó un rápido vistazo en torno a la habitación, como si de pronto temiera estar siendo vigilado; pero no, envuelto en la penumbra rasgada por el haz de luz que manaba de la pantalla del ordenador portátil, allí no había nadie más que él. Había dado también aviso para que no le pasaran ninguna llamada hasta el día siguiente, previniéndose así ante la remota posibilidad, dado lo avanzado de la hora, de que su mujer tratara de ponerse en contacto con él a fin de ponerle al día de la evolución de la fiebre de una de las niñas. El que en ocasiones como ésta le asaltara la necesidad de cerciorarse de que estaba solo, era una prueba de que no tenía la conciencia tranquila. De hecho una vez más se había conjurado para evitar dejarse llevar durante el tiempo que durase el periodo de sesiones preparatorias, pero tampoco en esta ocasión había logrado cumplir sus propósitos iniciales y

había acabado sucumbiendo. En el momento de encender el ordenador se había dicho a sí mismo, a modo de excusa –claro que sin la menor posibilidad de engañarse-, que se limitaría a repasar las portadas de los principales periódicos internacionales: Financial Times, Le Monde, New York Times, Frankfurter Allgemeine Zeitung; pero no había acabado aún de leer los titulares del diario alemán ya sentía un cosquilleo irresistible en su interior, una ansiedad alimentada por la premura del tiempo, como siempre que se embarcaba en alguno de aquellos agotadores ciclos de sesiones. Era la primera noche, después de casi dos semanas, que llegaba al hotel con tiempo para dormir siete horas, un auténtico lujo que no cabía desperdiciar. En efecto, de no ser por la tensión, por el estrés acumulado, no habría dudado en acostarse de inmediato a fin de recuperar un poco de sueño, pero sus nervios alterados le hacían sentirse alerta, demasiado vivo para contemplar siquiera la idea de meterse en la cama, si bien en el fondo sabía perfectamente cuál era la verdadera causa de su inquietud... La serie de nuevas instantáneas se fue mostrando con una cadencia morosa. Una, en blanco y negro, mostraba a un soldado de rasgos orientales que, de rodillas en el suelo, el rostro descompuesto por el miedo, suplicaba con los ojos a otro soldado, en este caso occidental, quien, sujetando un pitillo humeante en los labios, le apuntaba con su fusil a un palmo escaso de la frente, su aire despreocupado un claro indicador de que la vida del otro le era indiferente, que la posibilidad de apretar o no el gatillo en aquel instante pendía del detalle más caprichoso que cabía imaginar. En otra imagen era un soldado del ejército alemán quien, metralleta al hombro, sonreía complacido ante la cámara mientras un anciano con gesto angustiado, probablemente judío, le lustraba las botas sentado en el suelo de mala manera. Observó con detenimiento el contraste entre las expresiones del joven soldado y del viejo mientras con su mano izquierda se frotaba repetidas veces el pantalón a la altura de su pene erecto, devolviéndole éste un agradable escozor de intensidad creciente que le impulsó a apartar la vista de la imagen para evitar llegar al clímax con demasiada rapidez. Renunció a la posibilidad de visionar otras escenas tomadas en los campos de concentración con la mayoría de las cuales estaba perfectamente familiarizado, y sopesó la posibilidad de acceder al área de pago. De sobra sabía lo que le aguardaba allí aunque al no haberlo visitado desde hacía algún tiempo cabía la posibilidad de encontrarse con alguna novedad. La opción venía siempre acompañada de un agudo dilema. Por algún motivo, el detalle de introducir su número de tarjeta de crédito a fin de

permitirse visionar las imágenes más extremas le despertaba un conflicto, como si, al igual que sucede al contratar los servicios de una prostituta, el acto de pagar pusiera en evidencia la dudosa moralidad de unos actos que creía más o menos justificados siempre y cuando no hubiera una transacción económica de por medio. Pero una vez excitado, el influjo de las imágenes prohibidas brillaba en su imaginación con más fuerza. Todo dependía de cómo se encontrara en ese momento. En algunas ocasiones se tranquilizaba diciéndose a sí mismo que no pasaba nada si se permitía ciertas indulgencias a fin de aplacar algunos deseos más o menos ocultos, más o menos inconfesables, pero perfectamente reales, que tampoco era conveniente reprimir. Al fin y al cabo había tenido suerte de que sus demonios personales no le empujaran de forma inevitable hacia actos más escabrosos y punibles como la pedofilia, por no hablar del impulso que sobreviene a los psicópatas o a gentes de ese tipo. Claro que por otro lado no había duda que su intensa atracción hacia ciertos comportamientos que se desviaban de la norma de lo que se considera socialmente aceptable le perturbaba y avergonzaba. Por supuesto había contemplado y analizado el fenómeno hasta el hartazgo pero ¡qué teoría puede rivalizar con el deseo más descarnado! En su imaginación situaba el origen de su atracción inconfesable en los documentales sobre animales que, siendo niño, veía en la televisión, muy especialmente en aquellos que se centraban en la vida animal en la sabana africana. Aún recordaba la profunda excitación que experimentó la primera vez que vio a un león dar caza a una gacela, ese instante indescriptible en que su zarpa afilada en movimiento desgarraba la piel del herbívoro antes de caer abatido y quedar a merced de sus terribles fauces. Evocó también cómo en aquella ocasión su hermano, acurrucado en el sofá junto a él, había comentado la lástima que sentía por la pobre gacela, mientras él callaba, reservándose la intensa emoción, rayana en la euforia, que le había producido asistir al instante en que el poderoso león abatía a su presa, contemplar las últimas cabezadas, desesperadas, de ésta antes de yacer inerte. Lo que le aguardaba en la sección de pago no eran sino variaciones sobre ese tema: vídeos de combates de lucha sin límite, reyertas a navajazos, peleas callejeras, de perros, de gallos, fusilamientos, ahorcamientos; centrándose siempre, valiéndose de la cámara lenta, en el instante en que el vencedor o ejecutor anula la voluntad, en la mayoría de los casos hasta la muerte, de su adversario. A fin de alejar los remordimientos que le asaltaban cuando el deseo de excitarse con aquellas imágenes se le antojaba irrenunciable

–lo que llegado a este punto sucedía siempre- se consolaba pensando que numerosas películas de Hollywood no eran en realidad sino remedos basados en la misma fascinación que él sentía, con la sola diferencia de que para hacerla más digerible en tales películas se adscribían al vencedor o ejecutor valores comúnmente aceptados como positivos, reservando a su contrincante atributos estimados como negativos. En su caso prefería sentir la misma acción pero desprovista de ningún tipo de connotación moral, ya que de otro modo perdía para él toda carga de excitación. Eso era todo. Acarició el pantalón con la mano y notó que su miembro seguía erecto. Supo que le pedía –no, le exigía- más. Tecleó por fin la clave que le cedía el paso al área reservada. Una vez allí, tal y como anticipaba, se encontró con una novedad: un vídeo de lucha total grabado recientemente en algún lugar de Ucrania. Tras los típicos forcejeos, dos fornidos contendientes se embarcaban en una feroz lucha cuerpo a cuerpo hasta que uno de ellos, el más fuerte, lograba dominar a su oponente, derribarle e inmovilizarle para a continuación, aprisionados sus brazos con las rodillas, descargar una serie de violentos puñetazos con ambas manos sobre el rostro del luchador ya indefenso –secuencia ofrecida desde distintos ángulos y a cámara lenta-, quien, tendido en la lona, no ofrecía ya la menor capacidad de reacción. Impulsado sin duda por la descarga de adrenalina, por la sensación de poder que le producía haber sometido a su rival, el luchador más fuerte se recreaba aún en los golpes una vez había quedado claro que él era el vencedor incontestable del combate. Cuando cesaba por fin el castigo un mensaje advertía que el luchador derrotado había muerto poco después a raíz de la paliza recibida. Con la mano aún sobre el miembro erecto, sintió potentes descargas de placer que le llegaban en rápidas oleadas, tan intensas que le obligaron a cerrar los ojos.

Al igual que todas las mañanas, el coche oficial se detiene con puntualidad insultante frente a la entrada del hotel. Sospecha que su conductor debe aguardar con cierta antelación estacionado a un par de manzanas de distancia para reanudar la marcha tan pronto se escuchan las campanadas procedentes de una iglesia próxima. Una vez acomodado en su amplio interior presta atención al sonido del cuero negro, impoluto, que cubre el asiento, cada vez que él efectúa algún movimiento. Es una mañana fría y lluviosa, las lunas del automóvil le ofrecen una perspectiva ligeramente distorsionada, turbia, de la Ringstrasse por la que el coche

avanza a una velocidad moderada. Pese a su indiscutible belleza, no termina de sentirse a gusto en Viena y ya echa de menos la asepsia de Ginebra. Leyó en cierta ocasión que Austria era como una casa elegante y coqueta, bien iluminada, acogedora y ordenada, en la que sin embargo había una habitación permanentemente cerrada, de la que nunca se hablaba, cuya puerta bajo ningún concepto le estaba al huésped permitido franquear. Mientras deja pasar ante sus ojos -la mirada perdida- las fachadas de los palacios neoclásicos, resuenan en su mente ecos procedentes de la noche anterior, tan distantes como un vago sueño que se difumina entre la luz apagada de la mañana. Un ligero cosquilleo recorre su cuerpo que le impulsa, sin llegar a advertirlo, a frotarse de forma fugaz, instintiva, su miembro felizmente adormecido. El automóvil se detiene enseguida frente al centro de convenciones, el portero le abre la puerta con gesto mecánico invitándole a pasar al interior del edificio. Tras mostrar su acreditación en el amplio vestíbulo, saluda con formalidad a otros hombres de aspecto parecido al suyo. Tras intercambiar algunas frases, uno de ellos, asiéndole del brazo derecho, le invita a ser el primero en acceder a la sala impecable ocupada por una larga serie de mesas dispuestas en forma rectangular en torno a un exuberante conjunto floral. Camina hasta el extremo opuesto de la sala, frente a la hilera de grandes banderas que penden de brillantes mástiles de metal y que quedan a su espalda una vez se sienta en el lugar que tiene adjudicado, el cual reconoce con la ayuda de una plaquita en la que está inscrito su nombre, idéntica a otras muchas repartidas a lo largo de las mesas. A su alcance dispone de una botella de agua mineral, un vaso y un micrófono. Los supuestos colegas a quienes ha saludado en la entrada se ubican en silencio en los sitios dispuestos junto al suyo pero sin rebasar en ningún caso el mismo lado del rectángulo. Pasa todavía un rato antes de que acceda a la sala un numeroso grupo de personas de color que conforman una comitiva variopinta –uniformes militares, vistosas vestimentas tradicionales, trajes de corte occidental-. Uno de ellos, vestido con una amplia túnica colorista, se anticipa a los otros y se le acerca con paso decidido para estrecharle la mano. Es evidente que se conocen. Le arrastra literalmente hasta donde permanecen agrupados los integrantes de la comitiva y se abre camino entre ellos hasta situarse frente a uno de los miembros que visten uniforme militar.

–General -dice-, permítame presentarle al Alto Comisario Internacional de Derechos Humanos. Él será quien ejerza de mediador durante las conversaciones de paz.

Título: Mal pago

Autor: Amando Lacueva Poveda

El famélico anciano, aquejado por el parkinson, descansaba en su silla de ruedas, enfermo de hipocinesia, eso es, falta total de movimientos. Los temblores de su enfermedad sacudían todo su cuerpo, desde las manos, hasta las piernas. En ocasiones sufría verdaderos espasmos, pero ya estaba acostumbrado a controlarlos en soledad. Se encontraba frente a la televisión, pero no la miraba, tenía la mirada perdida en un punto indeterminado de la pequeña habitación.

La lúgubre estancia olía fatal. Los efluvios de los orines y de las deposiciones inundaban todos y cada uno de los rincones de la habitación. El hombre tenía incontinencia y ya no controlaba nada sus funciones más elementales, dependía de todo de su hijo, su querido hijo.

Luis, que así se llamaba su hijo trabajaba, como es normal. Salía muy temprano, antes de que saliera el sol y volvía muy tarde, infinitamente tarde. «Pobre Luis, que bueno es y cuanto trabaja», pensaba el anciano, mojado por los orines y empapado de sus propios excrementos hasta las orejas. Llagado hasta lo impensable por la falta de movimiento, cualquier pequeño roce, era un suplicio insoportable, y debido a sus temblores y espasmos, los roces de su carne llagada con la rugosa y apelmazada ropa que llevaba, eras constantes. «Paciencia, ya llegará, y cuando regrese, me limpiará, me dará de comer y me acostará», pensaba el anciano sin poder contener sus espasmos.

El reloj de la pared de enfrente, situado encima de la televisión, marcaba la una de la madrugada, pero su hijo no volvía. El anciano empezaba a impacientarse y ponerse nervioso por la tardanza de su renuevo. Pese a su lamentable situación, siempre se preocupaba por él. Se preocupaba en demasía por que no tuviera un accidente de tráfico o cualquiera otra cosa «Siempre sufriendo por los hijos, es ley de vida» se decía con un amago de sonrisa en sus labios.

Recordaba como cuando su hijo era joven, le llamaba de madrugada, después de una eterna noche de juerga para que le fuera a buscar, y él, somnoliento y cansado de una larga jornada de trabajo en la cantera, se levantaba raudo, se vestía con enorme velocidad y se apresuraba a buscar a su hijo, su querido y único hijo. «Qué orgulloso estoy de ti, hijo»

Antonio, que así se llamaba el anciano, se había quedado viudo, hacia ya..., mucho tiempo. Él se había ocupado de su pequeño desde los cinco años, edad en la que quedó huérfano de madre. Tuvo que inventarse las mil y una para compaginar su duro trabajo en la cantera y poder atender a su hijo. Le bañaba, le vestía, le daba de comer, y sobre todo, le regalaba con todos los caprichos que el pequeño le exigía.

Antonio se volcó en su hijo, no tenía tiempo para él, nunca tuvo tiempo para él después de la muerte de su mujer, ni siquiera para conocer a otras mujeres, alguien con quien haber podido compartir nuevamente su vida, alguien que llegado el momento, le cuidara, pero Luis había reclamado toda su atención y ahora..., ahora se encontraba solo con su hijo, pero Antonio no se lamentaba por ello, estaba feliz con su primogénito.

Ya cuando Luis fue mayor, le había comprado el coche y pagado la universidad, Luis no se había casado, pero Antonio, que deseaba dejar las cosas claras, había testado a favor de su único heredero, aunque eso ya no tenía valor alguno. Su hijo había conseguido vender todo el patrimonio del padre y con el dinero se había comprado un lujoso coche y un chalet, con piscina y cancha de tenis, en ese chalet, en la última planta, se hallaba una pequeña habitación, la habitación de apenas quince metros cuadrados era donde vivía Antonio, en soledad.

La habitación tenía una cama, una mesita y un televisor en blanco y negro, única propiedad de Antonio. El televisor siempre estaba encendido, por eso Luis, se quejaba a su padre de que pagaba una fortuna en electricidad, pero Antonio, no podía apagarla. Era su única distracción, sin ella se sentía desamparado, porque la pequeña ventana, por donde entraba todas las mañanas un enorme reguero de luz, estaba alta, demasiado alta para que Antonio pudiera contemplar la calle. La pobre pensión que cobraba, decía su hijo, no alcanzaba para la comida y la energía que malgastaba, por eso su hijo, pagaba la diferencia, así era su hijo con Antonio, desprendido y magnánimo.

Con enorme esfuerzo, alzó su temblorosa mano y se la llevó a la frente, no había espejos, pero al tacto de las yemas de sus dedos, Antonio esgrimió una mueca de dolor. Tenía abierta una enorme brecha, y le dolía, le dolía mucho. Le había pedido a su hijo un calmante, para aliviar el dolor, pero Luis, que era médico, le había dicho que eso eran tonterías, que el cuerpo debía reaccionar positivamente ante ese pequeño contratiempo,

coagulando la sangre con las plaquetas, y produciendo hormonas de forma natural para mitigar el dolor. «¿Veis como lo único que quiere mi hijo, es mi bien? El me aconseja siempre lo mejor»

Cerró los ojos para recordar. Luis había venido cansado y nervioso por su trabajo en el consultorio, y resulta que Antonio había tirado la comida al suelo, debido a su enfermedad, aquél día se quedó sin comer, pero como dice Luis: —un día de ayuno sienta bien al cuerpo—.

—¡Claro! —Hablaba Antonio en voz alta, simplemente por escuchar su propia voz y no volverse loco—. Luis con tanto nerviosismo y tanto cansancio, y al ver que yo no había probado bocado en todo el día, se puso como un loco, preocupado por mí —sonrió—, con tan mala fortuna que al recoger el plato del suelo, me propinó un fuerte golpe en la frente, sin querer, naturalmente. Así se me produjo esta herida, un triste accidente que mi hijo lamentó enormemente.

»Luis cogió con una escoba la comida, porque Luis es muy limpio y le gusta que mi habitación esté siempre bien ordenada, y la puso nuevamente en el plato manchado de sangre. ¡Pobre hijo!, estaba tan exaltado que no se dio cuenta de ese pequeño detalle. Como estaba tan nervioso por haberme provocado la herida, pobre hijo mío. Lo dejó nuevamente en su sitio y me dijo que me lo acabara, que era un guisado muy bueno y no podía tirarlo a la basura porque costaba mucho dinero. Él siempre tan ahorrador. El problema es que dejó el plato muy lejos de mí, de eso tampoco se dio cuenta..., el pobre tiene tantas preocupaciones en la cabeza que hay pequeños detalles en los que no se fija.

El hombre, ladeó con dificultad la cabeza y trató de alargar la mano en dirección al plato, pero era imposible no llegar, y resulta que Luis había echado el freno a la silla de ruedas, así que estaba completamente inmovilizado.

—Eso es para que yo no pudiera salir de la habitación y caerme por las empinadas escaleras. Ese es mi hijo, siempre preocupado por mí —proseguía con su monólogo.

El estómago de Antonio emitía un continuo ronroneo, fruto del hambre.

—Pensándolo bien, creo que han pasado ya dos días sin que haya probado bocado. Es normal que mis tripas se inquieten —sonreía—. Bueno, si no es un día, dos días de ayuno me vendrán mejor. Lo cierto es que Luis tiene toda la razón del mundo, como estoy aquí, encadenado a esta silla sin hacer nada de deporte, estoy engordando..., el ayuno no me vendrá mal —se auto convencía.

Echó la cabeza para atrás, se sentía cansado, muy cansado. La televisión estaba bastante alta pero eso no le molestaba para dormir. Antonio estaba acostumbrado a dormirse con el volumen elevado encima de su silla de ruedas, lo cierto era que no recordaba cuantos días llevaba encima de la silla y lo curioso era que no escuchaba la televisión, ya no.

No pasaron más de diez minutos, cuando el ruido de un potente motor le llegó a los oídos, sin embargo Antonio continuó en la misma postura, sin inmutarse, con la cabeza colgando hacia atrás y la mirada fija en el techo de la habitación, sonrió «ya ha llegado Luis, conozco el ruido del motor de su coche. Ahora subirá con un vaso de leche caliente, y por fin me bañará, cambiará de ropa, y me acostará sobre mi cama».

Los minutos pasaban, y aunque lo intentó para volver a ver la hora, le resultó imposible, los músculos del cuello no respondían a las instrucciones de su cerebro, estaba paralizado, completamente inmóvil. Ya no podía ni siquiera mover un dedo de su mano, probó abrir la boca y gritar, pero el grito se ahogó en su garganta antes de salir al exterior. «Qué raro, he perdido hasta el habla. Supongo que cuando me vea mi hijo así, me llevará al hospital, esto no es normal»

Antonio aguardaba en esa incómoda postura a que su hijo subiera, pero algo debió entretenerle porque Luis no aparecía por la puerta. Lo extraño es que alguien había encendido una luz, una luz, primero mortecina y luego intensa. Cuando hubo averiguado qué era, Antonio se puso nervioso, no era ninguna luz artificial, se trataba de la luz natural del día. Un nuevo día amanecía y le saludaba por la pequeña ventana. «No es normal que mi Luis tarde tanto en subir para ver cómo me encuentro. Ha tenido que pasarle algo en la cocina, seguro» se decía, mientras la luz seguía cobrando vida e inundando la pequeña estancia.

La tarde llegó con demasiada rapidez, y Luis continuaba sin subir a la habitación «se habrá quedado dormido, el pobre».

Cuando la luz desapareció y llegó la noche Antonio estaba más que desesperado por su hijo. De pronto escuchó voces, una de ellas la distinguía perfectamente, era de Luis, la otra de una mujer, reía a mandíbula batiente y las carcajadas de Luis la acompañaban. Un ruido de pasos, estaban subiendo las escaleras «menos mal» Reconoció el sonido de la puerta al abrirse y luego escuchó la exclamación de la mujer que acompañaba a su hijo.

—¡Dios santo! Pero que peste hace aquí dentro —dijo la mujer, pinzándose la nariz con sus dedos pulgar e índice de su mano izquierda— Esto es una pocilga.

—Ahora vendrán a por él —escuchó a Luis.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —se interesó la mujer, señalando con el mentón a Antonio, que permanecía sentado en su silla con la cabeza hacia atrás.

—Lo ignoro, esta semana estuve en Madrid, en un simposio médico, y ayer cuando llegué por la noche me lo encontré así, tal como ésta, con la cabeza echada para atrás —se cogió la barbilla con su mano derecha, pensativo y frío—. Calculo que tuvo que suceder el miércoles, hace dos días —dijo finalmente.

—No entiendo cómo ha podido vivir este hombre en estas condiciones —escuchó exclamarse a la mujer.

—Tú solo has tu trabajo —interrumpía su hijo con displicencia—. Cuando se lo lleven, quiero esto limpio y ordenado, necesito la habitación para poner mi estudio. Ya he encargado los muebles y los traen pasado mañana así que apresúrate —apremiaba a la mujer—. Todos los trastos los quiero en la basura... El pintor me ha prometido que vendrá mañana a las ocho.

—Hasta que no se lo lleven, yo no hago nada —se negaba la mujer acompañándose con movimientos de su cabeza.

—Como quieras, pero recuerda, mañana por la mañana debe estar impecable para que el pintor le dé a esto una mano de pintura y lo adecente —Luis iba a abandonar la habitación, pero se volvió hacia la mujer para darle nuevas instrucciones— Y no ahorres con la lejía —añadió—. Mi viejo era un guarro. Mira como está todo —señalaba

los montones de basura acumulados—. ¿Y sus ropas? —Exclamó indignado— Se caga y se mea como un crío. Era un inútil, un verdadero inútil, incapaz de valerse por sí mismo. Lo he tenido que aguantar durante un año en esas condiciones —se giró hacia la mujer—. ¿Puedes imaginártelo? —la mujer no respondió, poco a poco se estaba haciendo una idea de todo.

El timbre de la puerta les sorprendió a todos.

—Deben ser ellos —dijo Luis mirando su reloj de pulsera—. Menos mal, ahora podrás hacer tu trabajo —dijo abandonando la habitación para abrir la puerta de la entrada de su chalet.

La mujer le siguió los pasos, y Antonio se volvió a quedar solo.

—¿Qué extraño? —se dijo a sí mismo—. No he entendido nada de lo que ha dicho mi hijo. ¿Quién ha de venir a buscarme? Ya está, ya caigo, seguro que me lleva a una residencia de ancianos. Claro, pobre hijo, el no puede con todo, con su trabajo su casa y encima yo. Espero que tenga una gran ventana y pueda contemplar la calle, eso sí que lo echo de menos.

Tres hombres vestidos de negro entraron en la estancia, el gesto de los hombres fue de repugnancia. Entre dos de ellos los tomaron en volandas y lo colocaron en un confortable lugar que Antonio no pudo adivinar. Sin embargo la luz desapareció de improviso.

—No se está mal aquí dentro. Todo está muy acolchado y huele a limpio, pero entre tanto alboroto mi hijo se ha vuelto a olvidar de lavarme y cambiarme de ropa. Lo cierto es que ya no tengo nada de hambre —se sorprendió.

Antonio notaba como lo transportaban, bajaban las escaleras y los introducían en el interior de un coche entre movimientos algo bruscos. Escuchó los portazos del vehículo al cerrar las puertas y el ruido del motor. El lugar era bastante estrecho, pero estaba limpio, eso era lo importante.

—Lo que no me gusta, es que no me hayan dejado nada de Luz —se quejó en la oscuridad—. Ni siquiera he tenido ocasión de dar un beso a mi hijo y despedirme de él. Bueno, seguro que adonde me lleven estaré..., bien.

Título: Un plan casi perfecto

Autor: María Adelaide Castelli

Baja. Culigorda. Analfabeta. Hasta bizca, por momentos. Insignificante. Rencorosa. Presumida.

Y alguien decidió depositarla en mi vida.

Pensaba tenerlo apalabrado con Dios, el tema de los karmas, pensaba que se me concediera un camino más fácil, y resulta que no, no hay límite a la dureza de las pruebas: hay gente que tiene cáncer en escandalosas edades, que sufre accidentes horribles, que lucha con hijos imposibles, y luego hay cruces así, lastres que parten los riñones dejando la mente en blanco, esfuerzos inútiles, gratuitos, sin meta al horizonte, sin ni siquiera el valor de una desgracia real.

Yo no la podía ver. Y ella a mí tampoco. El odio entre mujeres es un sentimiento bien definido, firme, que a menudo no ve otra salida que la eliminación recíproca. Y como es muy difícil que nos matemos a hostias, buscamos vías más sutiles, que a veces requieren espera, estrategias, y algún esfuerzo mental.

Mi compañero notaba desde hacía cierto tiempo que la expresión del rostro se me cambiaba de golpe, virando como la de un Jano bifronte de la sonrisa a esa mueca que delata el paso de lentas, funestas, ominosas nubes por las antecámaras del cerebro: yo la veía morir en maravillosos choques frontales por las autopistas del estado los fines de semana, imaginaba con gozo atropellarla de noche delante de su casa sin que nadie se asomara a la ventana; pasaba con diligente saña una y otra vez encima de su cadáver, mientras todas y cada una de mis moléculas disfrutaban de la vista de las paralelas rayas de sangre que los neumáticos marcaban yendo p'alante y p'atrás. La visualizaba caer en un avión veraniego, rumbo a un destino barato en compañía de unos entusiasmados horteras; o aún mejor a la vuelta, entre sombreros de paja, maracas y collaritos de semillas amazónicas. Repasaba detenida y mentalmente la visión de su vehículo sin frenos bajar a toda pastilla la cuesta del pueblo hacia el fatal primer cruce en el cual inevitablemente se estrellaría contra algún obstáculo de una solidez sin réplicas. Veía el horrorizado estupor dibujarse en su cara, sentía el tendón de su tobillo derecho darle con insensato ahínco al pedal aflojado. Y luego me imaginaba compuesta, compungida y elegante en su entierro mediocre, mientras se le construía a medida un castillo de estrafalarios elogios estándar, de cuyo repertorio, estoy segura, se guardan las chuletas junto con los billetes cobrados para la grotesca función, y ese ejercicio me llenaba por breves instantes de paz, de plenitud existencial, como un beneficioso aceite deslizándose

lentamente por el esófago hacia un sistema digestivo alterado que hay que devolver a su equilibrio.

Ella seguramente debía de tener fantasías parecidas hacia mí; pero hay cerebros y cerebros, y el mío es un peso pesado. No había día ni noche libre de pensamientos nefastos; iba añadiendo detalles, perfeccionaba escenas. Y el desenlace final siempre era el mismo: su muerte, que había de ser repentina, sin agonías empalagosas que conmovieran al público. No le quería dar el tiempo de recoger apenamientos y consuelos de familiares y amigos reunidos a su rededor; sola, tenía que palmarla, sin cariño, entre chapas. ¿Tenía el don natural de una salud envidiable? Pues bien, acabaría pronto igual, no le serviría de nada.

Mientras yo iba afinándome en esa clase de elucubraciones, Antonio, mi pareja, parecía no enterarse de nada. Se sentía muy a gusto en nuestro nuevo hogar y mantenía relaciones distendidas con el ambiente exterior. Le había conocido, como se da de estos tiempos, en una Chat de Internet, después de una malograda infeliz tira de citas a ciegas. Él fue el número veinte, más o menos, y por esas fechas me acuerdo que ya yo iba cansada, cargada de cierta soledad repetitiva y solterónica, quemada por un par de embarazosos contactos físicos surgidos a lo largo del proceso de reinserción sentimental, y harta, en definitiva, de una búsqueda con el listón por encima de mis reales posibilidades del momento. Bajé el listón y me quedé con el Antonio de turno, que era un cincuentón en la norma, una persona educada, un respetable currante y un amante decoroso.

Desde nuestros primeros encuentros Antonio me reveló su situación de aspirante separado, describiéndome a su esposa como frígida, dictatorial y malhumorada; lo típico del hombre casado que quiere acostarse con otra. Caí en la trampa, no obstante: necesitaba alicientes, misiones, motivaciones, excusas. Salvar a un ser humano de un cónyuge indiferente es una buena acción y casi un deber cristiano. Así que de ahí a un tiempo él solucionó su problema y yo dejé de buscar, ya que había encontrado. Hubo una razonable temporada de arranques de pasión y patosos repasos de enamoramiento juvenil, y luego la convivencia.

El piso no estaba mal. Tenía vista al mar. Lo único, lo que yo ignoraba, era la ubicación: tres calles más arriba, en un siniestro rincón de un pretencioso barrio, vivía ella, la ex, aún más malhumorada, y de repente ascendida a estatus de santidad. Ella, la dolida, la abandonada, la muy virtuosa, cuyas palabras dictaban ley en nuestras existencias. De sus defectos ahora no

se hacía más mención; sólo había pasado de amargar la vida de uno a amargársela a dos, ampliando así sus poderes de histórica hinchapelotas. Intenté rebelarme, barajé echarme atrás, pero no hubo nada que hacer: la mudanza estaba acabada, la hipoteca en marcha, mi ropa en el armario y el mar delante. Un azul tan profundo. Un privilegio tan grande.

La Abandonada llamaba a todas horas, con pretextos o sin. Estaba en su derecho y lo ejercía con vehemencia. No había fin de semana que pasara sin que desde los barrios altos no hubiese convocación, bajo amenaza o entre llantos, del cónyuge escabullido a unos quehaceres irrevocables. No había vacaciones sin suspense de renuncia o aún mejor de súbita media vuelta. No había comida sin interrupción por chantajes o broncas. Antonio me había engañado: nunca se desharía de ella, sólo quería compartirla, repartir tanto peso entre dos lomos distintos.

Empecé a enfermar, como era previsible. En la imposibilidad de poner en práctica mis proyectos homicidas, no pude evitar que los actos, al no salir de mi cuerpo, se fueran enquistando en su interior pudriéndose y provocando cada clase de virus, de infecciones, de desequilibrios dañinos. Y ella seguía con salud, mientras tanto, por lo que se deducía de la serena fuerza y constancia con las cuales manifestaba su ser.

No es fácil matar sin castigo, sin que nadie se entere y te lo haga pagar. Las calles nunca me habían parecido tan llenas de gente atenta y sin problemas de vista, potenciales testigos de mis actuaciones violentas; la policía, de repente, me aparecía eficaz y lista, patrulladora, informatizada, hasta voluntariosa y sagaz. Mis conexiones en el mundillo del hampa eran inexistentes y así iban a quedar, visto que ni tenía pasta para contratar a un matón ni me fiaba de la discreción de esa gentuza mercenaria.

Le daba vueltas y más vueltas al asunto delante del tan cotizado mar, desde la terraza del piso, sin encontrar soluciones. Antonio se había transformado en el enemigo número dos, ya que la número uno le salpicaba por osmosis de las sobras de negatividad que rezumaban de ella. Mi odio se expandía, mi malestar aumentaba, y de mis días felices, ni rastro ni recuerdo. Fui ingresada dos veces, mientras ella prosperaba, pletórica, desde su pedestal de plomiza ofendida. Eso tenía que acabar. El dolor se reparte. Se devuelve. Se dirige. No puede ser tan ciego, se necesitan visos de equidad en la tierra. Si no tenía apoyos en casa, los buscaría fuera: el mundo no se acaba entre cuatro paredes.

Surgió un posible aliado. Era un colega mío, un tal Roberto Martínez, hombre de poca monta, perennemente infeliz, del cual recordaba las quejas delante de la invariable cerveza que compartía a las diez con sus compañeros de curro. Eran de esas lamentaciones ordinarias, corrientes, las típicas, diría, del macho español: según sus tristes relatos tenía una mujer vejadora que le negaba lo bueno y le asfixiaba metódica. Almuerzo tras almuerzo Roberto se repetía monocorde, y, cerveza acabada, se resignaba a la vuelta al trabajo y al hogar sin más actuaciones al propósito. Condenado a rumiar y gruñir infructuosamente consumiendo latas de olivas y bolsas de patatas fritas por la breve y eterna duración de su vida, quizás podría tener un momento de revancha inesperado gracias a mi interesada intervención. Decidí que Roberto Martínez era la presa ideal para la inconsolable ex consorte, que en mi opinión estaba más que dispuesta a renovar autoestima y lencería íntima. Mi plan era de lo más sencillo: haría que esos dos se conocieran, juntaran frustraciones y finalmente ligaran, y cuando ya la cosa fuese consolidándose y su clandestinidad conociera cierta confiada rutina, informaría a la legítima mujer de Roberto, carnicera en el mercado central, muy hábil manejando cuchillos de importantes tamaños. Resultado buscado: muerte indigna e indefendible de la ex mujer de Antonio, total exculpación de mi persona, liberación exhaustiva de esa degradante presencia de mi vida una vez por todas, alivio temporal de Roberto que descansaría de su esposa al menos por un buen rato, seguramente no demasiado afectado por la pérdida de una nueva amante tan paliza. Sólo tendría que aguantar las lágrimas de Antonio, el cual, vistas las circunstancias, tendría que rebajar el tono de sus elogios fúnebres.

Fingiéndome un/a admirador/a envié las cartas necesarias para llegar a una cita entre las dos almas en pena. La virtuosísima ex picó a la primera, demostrando que yo tenía razón sobre ella. Quedaron, a través de mis artimañas, en un recoleto bar periférico; los pude ver desde la acera de enfrente, por donde pasé disimulando, con ojos de mosca y corazón lleno de regocijo. Ella llevaba su traje pantalón más llamativo, exhibiendo su sonrisita insufrible y su seductora mirada. Sus ojos, cuando no estaba furiosa, miraban paralelos. Me hizo una gracia tremenda: el plan se ponía en marcha bajo los mejores auspicios.

Dejé que se vieran a menudo. No sabía exactamente dónde, ya que a partir de ahí se citaron por su cuenta, pero según mis colegas, Roberto veía a “alguien”. Les dejé un tiempo razonable para que fueran al grano, aunque seguía convencida de que la Virtuosa ardía por devolverle al

ex marido unos polvos extraconyugales atrasados. Tampoco les iba a dejar que lo pasaran bien al infinito. Lo justo para desencadenar la puntiaguda venganza de la carnicera cornuda.

Al cabo de unos meses la situación estaba madura para la fase final, el feliz desenlace. Me informé en el mercado del nombre de la mujer de Roberto: Encarna Romero Morillo estaba lista para recibir la noticia que cambiaría su vida, la mía y la del adúltero. Y con un poco de suerte acabaría con la vida de una pretendida Virtuosa que estaba portándose mal. Ninguna piedad, en definitiva, por unos adultos que saben muy bien lo que hacen y encima lo hacen adrede.

Antonio, ignaro, pasaba sus ratos libres pescando y/o mirando el fútbol, quizás secretamente sorprendido de la menor pesadez de su ex, que, eso sí, seguía dando la lata los fines de semana, durante los cuales el querido Roberto estaba ocupado en su legítimo hogar. Es más, se ponía histérica, sacaba pegadas absurdas, pero a esas alturas yo sólo podía reírme por dentro gozando de lo mal que lo estaría pasando siendo ella la “otra”. A ella también le contarían de lo frígida dictatorial y malhumorada que es una mujer oficial al cabo de unos cuantos años de matrimonio.

Cuando vino el momento, tras un conato de escrúpulo y un breve amago de duda, me dispuse a sellar el círculo de los eventos. La carnicera Encarna, nombre de lo más coherente, fue avisada por carta y luego por teléfono. Me sentí entre mezquina y ridícula con el pañuelo en la boca mientras de una cabina le informaba implacable de la situación. Quedó completamente callada, y yo la imaginé entonces afilar en la mente sus mejores cuchillos y elegir experta las partes en donde mejor se clavarían. Si Antonio también tenía que morir en esa fase final, lo cual no era del todo improbable, tampoco sería tan grave: un pesado de menos en la faz de la tierra. La compasión, históricamente, no lleva a ningún lado, y la desaparición de la culigorda Virtuosa me compensaría de cualquier eventual estancia en el purgatorio, breve o larga que fuera. Confié todas mis esperanzas en la carnicera engañada, y empecé a dormir con desconocida tranquilidad.

Mayo es un mes maravilloso y prometedor, dedicado a María y a su florido culto; a mí me parecía escuchar el despertar de la vida en todas sus expresiones, en los más recónditos rincones del universo. Iba a ser libre, por fin, sin cargo ninguno ni rastro de remordimientos patéticos. La noticia estaba en el aire, igual que el polen de la flor más linda; su perfume me podía llegar a través de las rejas. De vez en cuando repasaba el elenco de mi ropa negra

notando que esa actividad me refrescaba por dentro mejor que una menta o una horchata. Me sentía ligera, esbelta, ágil, y hasta limpia, a medida de que la inatacable Enana se alejaba potencialmente del mundo. Mayo fue realmente feliz, igual que un deseado primer embarazo, cuando aún desconoces las delicias del parto. Fuimos a hacer excursiones como dos despreocupados novietes, agarrados de la mano sin temor a ser cursi. Antonio pensó que por fin llegaría un equilibrio entre la asistencia a la Virtuosa y la vida en común conmigo, que la otra se iba calmando y yo por lo visto también, y entre una y otra cabría hasta un espacio para dedicarse a sus hobbies, tan boicoteados por la absorbente presencia femenina hasta entonces.

Yo paseaba con aire trasnochado por paisajes recién descubiertos, cambiando y alternando versiones del inminente asesinato, y hasta me lanzaba a hacer declaraciones de amor, drogada por la adrenalina y las hormonas que aún se me alteran por esas épocas del año. La naturaleza estaba como lavada, los ríos renovados sonaban caudalosos en sus cauces y las pocas nubes al horizonte eran tan dulces como algodón de azúcar. Era sólo cuestión de días. Encarna no tardaría en actuar, la había observado en el puesto que ocupaba en el mercado central: su cara era de pocos amigos y despedazaba animales con una precisión profesional y dolida, eligiendo el punto de entrada y luego calando con la lama perentoria hasta acabar su trabajo. Era mi ángel vengador, el brazo armado de mi núcleo terrorista, la justificada justiciera que aparece en la prensa. Su pelo negro y rizado le envolvía la cabeza en un aura oscura de crimen potencial.

Ensayando caras compungidas y altivas para la función tan esperada, yo ponía a punto detalles como por ejemplo si aún se podrían llevar medias sobre esas fechas del año, o si la pabela sería quizás demasiado subida de tono para los cuatro cazurros que asistirían a la misa. Y luego, pasó lo que pasó.

La noticia me golpeó como una piedra, pillándome sumida en esos estimulantes ejercicios mentales. Me enteré por el periódico, un sábado por la mañana: Encarna Romero Morillo se había quitado la vida colgándose de un gancho en la trastienda de su carnicería del mercado central. Su cuerpo digno e inerme fue hallado entre reses desangradas y cajas de huevos payeses a última hora de un viernes que debía de cerrar una inaguantable semana. Escándalo, sorpresa y revuelo armados en el mundillo de la alimentación, y profundo

desconsuelo en mi propio hogar. Había fracasado; mi plan se había revelado una simplista chapuza. Las carniceras también pueden ser demasiado tiernas. Sacrificar animales no significa quizás perder la capacidad de sentir penas mayores. Sensiblera, debilucha, teatral, la insulté a pesar de todo dentro de mí; mi vengadora ideal me había traicionado, al final, revelándose autodestructiva e ineficaz. Y sobre todo exagerada: ¿cómo puede una matar para Roberto? Eliminar a una rival por cuestiones de orgullo es una reacción admisible, pero el suicidio es otra cosa: implica sufrimiento extremo y amor auténtico. Encarna me sorprendió aun fallándome.

Así que cerré el periódico, página de la crónica local, me cogí la cabeza entre las manos sucias en cierto sentido de sangre equivocada, eché una vez más todo remordimiento de mi caja craneal y me puse a pensar con cierta intensidad.

Antonio había salido a primera hora de la mañana para acompañar a la Virtuosa al hospital. Según me contaba postrado con tono de la máxima compunción, la pobre había sufrido un terrible percance: unas rumanas feroces la habían atracado bajo casa, en barrios supuestamente seguros. – No se puede vivir, hoy en día. Es una vergüenza.- había concluido indignado. Encarna por lo menos se había desahogado un poquito, antes de desviar toda su rabia hacia su misma persona.

Seria y realmente contrariada, aunque por bien opuestas razones, le contesté por teléfono a mi Antonio que sí, era verdad: no se puede vivir hoy en día. Especialmente sin tener un plan ‘B’ entre manos.

Título: La carta inconclusa

Autor: *María Graciete do Carmo Mendonça*

De pie frente a la ventana enrejada, miro llover. Me cuesta reconocer la cara que se refleja en el vidrio: círculos oscuros entornan mis ojos. El reloj de pared marca las siete de la mañana, y desde la una estoy alojada en este cuarto, acusada de asesinato. Trato de poner un poco de orden en mi caos mental. Recuerdo como algo lejano –en realidad han transcurrido menos de veinticuatro horas– haber llamado a mi madre, para avisarle que la iría a buscar un rato antes, para almorzar en casa de Patricia.

–¿Sabés como salió Andrés de la operación de apendicitis?

–Creo que muy bien, mamá. Justamente por eso tenemos que llegar más temprano. Patricia va a ir a la clínica por la tarde y el horario de visitas termina a las cinco.

–¿Te parece que pasemos por la rotisería y compremos algo, para que tu hermana no tenga que cocinar? Cada día está más delgada y es evidente que se esfuerza por parecer contenta. Creo que las cosas entre ella y Andrés no andan del todo bien.

–Sí, yo también lo noté. Esta mañana cuando nos cruzamos en el gimnasio, le sugerí que parara un poco con los aparatos porque se le estaban transparentando los huesos, pero me contestó que el ejercicio le servía para bajar tensiones y no me dejó seguir hablando.

Patricia había perdido a César hacía tres años en un accidente de auto, y aunque de escaso atractivo físico, su marido había sido un compañero tierno y comprensivo, y un excelente padre. Después del sepelio, ella cerró las puertas a la vida y se refugió en su dolor y en el cariño de Marisol, su hija de cuatro años. A partir de entonces, Andrés –el hermano de César–, alto, mundano y sin escrúpulos a la hora de conseguir sus propósitos, empezó a visitar la casa con asiduidad. Cuando la empresa en la que él trabajaba quebró, César no dudó en ofrecerle un puesto importante en la fábrica de componentes electrónicos de la que era propietario.

Dos años después del accidente, Patricia me comentó que habían decidido casarse. En ese momento creí mi deber hablarle francamente.

–Me consta que Cesar dejó en tu vida un recuerdo entrañable y también un gran vacío, pero no me parece que Andrés sea el hombre que te conviene. Es vanidoso, egoísta y nada confiable. No olvides que fui su novia, antes de que se hubiera convertido en tu cuñado. Andrés no es lo que aparenta y no quisiera que te hiciera sufrir como a mí.

–Te agradezco tus buenas intenciones, pero no me parece que tu opinión en este caso sea

imparcial. Según creo fue él quien rompió la relación y es lógico que estés resentida.

Me dolieron como cachetadas las palabras de mi hermana y nunca volvimos a tocar el tema.

El casamiento se produjo dos meses después, en la más absoluta intimidad.

Desde entonces mi madre y yo nos reunimos todos los miércoles en casa de ella para almorzar.

Cuando llegamos, Marisol y el boxer salieron a recibirnos. Con total falta de consideración, como era habitual, el perro se nos tiró encima y comenzó a lamernos, sin hacer el menor caso a nuestras protestas.

Patricia estaba terminando de poner la mesa.

–¿Qué estás cocinando que huele tan bien? –preguntó mamá.

–Unos pastelitos de ricota para llevarle a Andrés. Le encantan.

–¿Y estás segura de que se los dejarán comer?

–Esta mañana hablamos y me dijo que lo matan de hambre. El me los pidió, y aseguró que los comerá con o sin permiso.

Durante el almuerzo la conversación se centró en Marisol, la siguiente semana cumpliría ocho años y lo iba a festejar con sus compañeritos en una confitería cercana al colegio, para que les viniera bien a todos.

–¿Qué hacés ahora que no vas al cole? –pregunté.

–Si mami no está cansada vamos al club. Allí ando en bici, nado, patino. Los otros días practico en la compu, leo o les escribo a mis amigas.

–¡Con razón no me llegan más tus cartitas! –dije con falso tono de reproche– ¿tus amigas tienen preferencia?

–¡Pero tía, si este mes te mandé dos correos electrónicos!

–No es lo mismo, extraño las escritas con tu letra.

–Bueno, te prometo que mañana te voy a escribir.

Después del café, Marisol demostró sus progresos con la guitarra. Hubo aplausos, felicitaciones y besos para la virtuosa.

Cerca de las cuatro, mamá dijo que tenía hora en la peluquería.

–Me gustaría que antes de irse probaran el té negro que conseguí a través de un comerciante que lo importa directamente de Ceilán. Es una exquisitez. Preparo una tetera por

la mañana y la pongo en la heladera. A Marisol y a mí nos encanta tomarlo frío.

–Te agradezco hija, pero se me está haciendo tarde. El próximo miércoles lo voy a probar.

–Cristina, me harías un favor? –preguntó Patricia.

–Por supuesto, ¿qué necesitás?

–De paso que dejás a mamá ¿podés pasar por la clínica y llevarle los pasteles y estas dos revistas a Andrés? Esta mañana estuve haciendo step y tengo un tirón en la pantorrilla izquierda que me está matando.

Durante el corto trayecto compartimos nuestra preocupación por la salud de Patricia.

–No sé si tendrá algo que ver, pero me llegaron versiones de que Andrés perdió mucho dinero en inversiones riesgosas y que la fábrica está prácticamente en bancarota.

–¡Pobre Pat! A mí Andrés nunca me gustó. ¿ella estará enterada?

–No lo sé, ya viste como es de hermética con sus cosas.

Dejé a mi madre y cumplí con el encargo de mi hermana. Andrés ya podía levantarse y caminar despacio. Suponía que al día siguiente le darían el alta. Fue al salir de la clínica cuando decidí volver a casa de Patricia.

La entrada del inspector Quiroga interrumpe mis pensamientos. Debajo del brazo trae una carpeta que apoya sobre el escritorio.

–Buenos días, di orden de que le traigan el desayuno. Entretanto volveremos a repasar los hechos, siéntese por favor.

De la carpeta extrae unos papeles y comienza a leer:

–Usted declaró que la última vez que vio con vida a su hermana y su sobrina fue ayer, alrededor de las cuatro de la tarde, cuando se marchó de la casa en compañía de su madre, y que al regresar, cerca de las siete, las encontró sin vida en el suelo de la cocina ¿es así?

–Sí inspector, es la tercera vez que me lo pregunta.

–¿Por qué motivo regresó a esa casa?

–Ya se lo dije, volví para pedirle que me dejara llevarme a Marisol por esa noche. Durante la comida noté que la nena estaba muy alterada y apenas había probado lo que tenía en el plato. Aunque usted no me crea, yo adoro a esa criatura.

–Siga por favor ¿qué razones tenía para ingresar a la vivienda utilizando el duplicado de la llave?

–Le repito una vez más que cuando toqué el timbre, el perro comenzó a ladrar y arañar la puerta de forma inusual. Entré para ver que le pasaba. Fue el animal quien me llevó hasta la cocina donde... ¡por favor, no puedo seguir!

El inspector hizo que me alcanzaran un vaso con agua y continuó con su trabajo.

Una hora más tarde golpearon a la puerta y una mujer policía entró con un jarro de mate cocido y un platito con pan.

–La dejo para que coma tranquila, volveré en veinte minutos.

Al quedar a solas, las escenas vividas vuelven a atormentarme. La tarde anterior, luego del espantoso hallazgo, mientras la policía inspeccionaba el lugar, sonó el teléfono. Atendió el inspector Quiroga y después de una breve conferencia, se dirigió a mí haciéndome saber que quedaba detenida. Andrés resultó intoxicado con los pasteles que yo le había llevado hacía unas horas. Luego de un lavado de estómago, lo pasaron a terapia intensiva, con pronóstico reservado. En un celular me trasladaron a esta comisaría y desde entonces el asedio parece no tener fin.

–Espero que reflexione y no siga negándose a cooperar –dijo el policía retomando el interrogatorio donde lo había interrumpido–. El laboratorio policial nos informó que tanto el té como los pasteles contienen un potente compuesto tóxico, potenciado con una dosis letal de sedantes. Si confiesa es posible que el juez sea indulgente con usted, a la hora de dictar sentencia. ¿Cómo y dónde consiguió el veneno?

–¡El único veneno que compré en mi vida fue para matar cucarachas!

–Le advierto que su situación está más que comprometida. Encontramos en un cajón de su escritorio, una carta de Andrés Viñas dirigida a usted.

–Ya le dije que Andrés y yo fuimos novios hace cerca de diez años. Creí haber destruido todas sus cartas pero por lo visto no fue así.

–Esta fue fechada hace menos de un mes. Es muy breve, se la voy a leer para refrescarle la memoria. “Querida Cristina, es imprescindible que dejemos de vernos. Patricia sospecha lo nuestro y se niega a darme el divorcio. Como comprenderás, mi posición no me permite arriesgarme a un escándalo. Quiero que sepas que esta separación me cuesta tanto como a vos. Siempre te querré. Andrés”.

–¡Es una infamia, jamás recibí esa carta! No tenía con él otro trato que no fuera a través de

las reuniones familiares, no más de tres o cuatro veces al año.

–Un perito calígrafo dictaminó que la letra es auténtica y fue escrita en la fecha que figura en la parte superior de la hoja. Por otra parte ¿cómo explica que haya aparecido en su casa, si usted dice no haberla recibido?

–¡No lo sé, no lo sé, cuando rompimos me devolvió la llave pero pudo haberse quedado con una copia!

–¿Una copia que tardó diez años en utilizar? –pregunta socarrón. Afortunadamente el parte médico que nos llegó hace unos minutos, dice que Viñas está evolucionando favorablemente y que tal vez mañana podamos hablar con él.

–¡Los hechos que me imputan son gravísimos y usted no me cree una palabra! Estoy segura de que esta trama siniestra fue urdida por Andrés, la carta encontrada en mi casa lo confirma. Entró en algún momento, posiblemente mientras estaba en el gimnasio y la dejó para incriminarme.

–¿Cree usted realmente, que si él hubiese ideado esto, comería la cantidad de pasteles que lo llevó al borde de la muerte? ¿y cómo hizo para envenenarlos estando internado?

Eran preguntas lógicas para las cuales no tenía respuestas. Apelando al resto de energía que me queda pido hablar con mi abogado.

–Mañana, cuando le sea levantada la incomunicación podrá recibir la visita de su letrado. Ahora son las dos, haremos un paréntesis para que le traigan el almuerzo –me dice al salir.

No puedo probar la comida. Pido un mate cocido y unas aspirinas.

El interrogatorio recomienza a las cinco de la tarde. Estoy exhausta, y precisamente con eso cuenta Quiroga para hacerme confesar. Creo que no tiene dudas sobre mi culpabilidad, por lo tanto, debe pensar que cuanto antes consiga una confesión escrita, mejor para todos...

Despierto a las nueve de la mañana sin saber donde me encuentro. La mujer policía que me vigila, me informa que la tarde anterior, durante el interrogatorio me descompose y el médico me había inyectado un tranquilizante. De a poco voy recobrándome. El sol que entra por la ventana y el descanso, me dan nuevas energías. Espero que por la tarde me levanten la incomunicación y pueda ver a mi abogado. Cada vez que escucho pasos acercándose a la puerta, imagino que son los de ese hombre que vuelve para seguir presionándome. Pero

Quiroga no se hace presente hasta las tres. Entra con un libro en la mano. Su mirada y el gesto duro de su boca parecen haberse humanizado.

–Tengo una noticia para darle: esta mañana, dentro del libro de lectura de su sobrina, uno de mis ayudantes, por casualidad, encontró esta carta que la niña estaba escribiendo el día del desdichado suceso. Me parece que corresponde que usted la lea –dice acercándome una hoja de cuaderno, doblada al medio.

La congoja me cierra la garganta al reconocer la letra menuda y aún desapareja de Marisol.

“Querida Natalia, recibí el mail que me mandaste ayer desde el locutorio. Me gustaría que hubieras podido venir para mi cumpleaños, pero igual me alegro de que la estés pasando re bien en la playa. Yo estoy un poco triste, extraño a mi papá. Mamá muy pocas veces juega conmigo, porque siempre le duele la cabeza o está cansada. Al tío Andrés, que ahora es mi segundo papá, casi no lo veo, por eso me pareció raro cuando hace un ratito me llamó por teléfono. Necesita mi ayuda porque mamá no quiere tomar un remedio que le recetó el médico y que ella dice que la hace engordar. Por eso entre los dos vamos a hacer que se lo tome sin que se dé cuenta. El tío dijo que es para que vuelva a estar alegre y cariñosa como antes. Será nuestro secreto. Las instrucciones que me dio eran muy fáciles: sacar el té de la heladera, mezclarlo con una cucharadita del polvo que hay en un frasquito que mami tiene en un cajoncito de la alacena, y revolverlo bien antes de guardarlo. Hice todo “al pie de la letra” como dice la maestra, pero por mi cuenta le eché un poco al relleno de ricota que estaba preparado para hacer los pastelitos que a él tanto le gustan, así el tío también va a estar alegre y cariñoso como antes. Me parece que entra mi mamá, te sigo escribiendo después de que se vayan mi abuela y mi tía que hoy vienen a almorzar.”

Aquí se interrumpe la carta que tengo en las manos, la misma que el inspector dice haber descubierto por casualidad.

Pero Marisol y yo sabemos que no siempre las casualidades son lo que parecen.

Título: Rompiendo cadenas

Autor: Marisa García Sanz

Querido Manuel:

Hace tiempo que venía pensando escribirte estas líneas. Son muchos los años que llevamos así y esta mañana al levantarme he pensado: *“Hoy va a ser un gran día. Hoy será el día”*.

Recuerdo como si fuera hoy el día que nos conocimos. Eran las fiestas de mi pueblo, en honor a la Virgen del Camino, y esperábamos todos los jóvenes ansiosos la noche con sus bailes al son de los dulzaineros. Era un diecisiete de Agosto de hace más de veinte años.

Yo bailaba con mis amigas ajena al resto del mundo; *¡qué bien lo pasaba!, ¡cómo iba a sospechar entonces que serían mis últimos bailes!*

En un momento dado vuestra cuadrilla se nos acercó como palomo que arrullando corteja a su paloma. Te acercaste a mí y susurrándome al oído dijiste, *¡Nunca antes mis ojos habían visto muchacha más salerosa y guapa bailando!*; y yo, a la que nunca varón se le había insinuado respondí, involuntariamente y con todo mi cuerpo, al piropo; mi corazón tomó vida propia, el estómago se puso boca abajo y misteriosamente se trasmuto en mis oídos la música de las dulzainas por el eco de tu bella voz...

Ya no pude separar mi alma de la tuya.

¡Ah!, mi querido Manuel. Si yo hubiera sabido entonces lo que sé ahora...

Al verano siguiente nos casamos. Por mi parte muy enamorada de ti, bueno, de aquél que creía que eras: tan hermoso, galante, educado y adulador; vamos, el tipo perfecto capaz de engatusar a una incauta como yo.

Cuando fuimos a Albacete de viaje de novios- *¿Te acuerdas?- vimos volar un pájaro y te dije contenta ¡Mira, un gavián!; No, que es un cuervo- dijiste tú. No Manuel, que yo iba con mi padre mucho al campo de pequeña y los distingo bien....Entraste en cólera por no darte la razón, te llenaste de ira en apenas un segundo y me diste la primera bofetada...*

Me quedé tan inmóvil y fría como una estatua de hielo. No supe reaccionar. Ni siquiera lloré.

¡Perdona!, ¡perdona! -ha sido sin querer. Yo no quería, princesa mía; pero si eres la mujer más dulce y bella que hay sobre la Tierra. Te juro que nunca más volverá a pasar. Nos fundimos en un profundo abrazo y entonces, como la niña que era, rompí a llorar.

Todavía recordándolo se me pone la piel de gallina pero hoy de distinta forma. Hoy estoy contenta. Hoy tengo la certeza de que nunca más volverás a hacerlo.

Nos mudamos a la capital porque el pueblo no era lo suficientemente grande para ti; lo dejé todo: trabajo, familia, amigos...y te seguí. Tenías un poder de convicción tan grande, bueno, y sigues poseyéndolo para quien no te conoce como te conozco yo, que te hubiera seguido al fin del mundo si me lo hubieras pedido.

Pronto encontré trabajo y cuando contenta te preparé una comida especial para decírtelo de una forma romántica, te enfadaste tanto, me dijiste tantas cosas injustas: *que si sólo quiero exhibirme ante los demás, que si no es suficiente el trabajo que tu haces para llevar la casa, que como mujer que era sólo valía para la casa y la cama....*

Tantas cosas y tan duras que se quedaron grabadas en mi piel como graban las agujas de un tatuador que, aunque deje de doler, el tatuaje dura eternamente.

Tiraste el plato de pasta contra la pared y allí se quedó el tomate chorreando en las baldosas como chorreaban mis lágrimas por la cara...

La señora Irene, la del cuarto, *¿Te acuerdas de ella?*, al día siguiente me preguntó que si me encontraba bien. Me sentí tan avergonzada de saber que nos había escuchado que aun te defendí. Con la cabeza gacha y los ojos evitando su mirada le dije: *No, si ha sido una tontería, si mi Manuel es muy bueno; es el marido que cualquier mujer querría tener, una pequeña riña de enamorados. Gracias señora Irene. Buenos días.*

A partir de entonces cuando la veía de lejos entrar al portal, daba tiempo para que cogiera ella el ascensor y así no tener que hablarle.

En ese estado en el que me hallaba por tu culpa, porque ahora sé que fue por tu culpa y no por la mala mujer que siempre me recordabas que era, cada vez mi mundo se iba reduciendo más. Sola, en casa todo el día. Bajaba exclusivamente a comprar y sólo el tiempo justo para hacerlo. Nunca me sacabas a un cine, un teatro, una cena...y si algún domingo salíamos a pasear juntos, ibas con tu mano izquierda asiendo la radio y escuchando el carrusel deportivo en vez de hablar conmigo...

Por lo menos mientras tú no estabas en casa estaba tranquila. Cuando se iba aproximando el momento de tu llegada del trabajo ya me empezaba a poner nerviosa, intranquila como un perro, esperando a conocer la cara que traías. Si habías tenido un buen día, hasta algún día me rozaste la mejilla con un beso pero si no, si tu día había sido duro o te habías molestado con algún cliente o con tus jefes, entonces llegabas arrollando, gritando, insultando y yo me echaba a temblar. *Y no es que sintiera miedo, Manuel. No. Era pánico lo que te tenía.*

Cualquier otro día al recordar todos estos episodios se me hubiera puesto la piel de gallina pero hoy no; porque hoy me he levantado con la fuerza que llevaba buscando tantos años y nunca hallaba. Hoy sé que nunca más volverás a hacerme daño y no porque me lo digas tú, como me repetías incansablemente después de cada paliza hasta que te perdonaba. No. No

volverás a pegarme porque no te dejaré que lo hagas. Porque hoy por fin, después de más de veinte años, decidiré yo lo que voy a hacer con mi vida.

Pasaron los años y los hijos no venían. A veces pensaba que, a lo mejor, un hijo te cambiaría y arreglaría nuestra situación. Otras veces rogaba a Dios que los hijos no vinieran para que no fueran testigos mudos de aquella humillación, sufrimiento y dolor constante. Con cada nueva menstruación los mismos insultos: *Putá, que no vales ni para eso, eres estéril y no sirves para nada*, acompañado de sus buenas y secas patadas sobre mi cuerpo y, aunque te imploraba que no lo hicieras, no parabas hasta que no te cansabas...

Con el paso de los años, las ganas de los hijos desaparecieron en ti y te olvidaste del asunto.

¿Sabes, Manuel? Una tarde fui a ver al ginecólogo, por supuesto sin que te enteraras, y éste tras examinarme dijo que yo estaba perfectamente, que mis ovarios, óvulos y útero eran aptos para poder concebir.

Volví a casa feliz, con la moral elevada y el ego subido. No quise decirte nada por no enojarte pero ahora que me voy quiero que lo sepas: *eras tú el estéril, hombretón*.

Sé que te estará en estos momentos, conforme estás leyendo esto, subiendo la adrenalina por las venas pero, *¿A quién vas a pegar ahora?, ¿Contra quién vas a descargar tu furia?...*Tendrás que disimularlo, como haces siempre, porque seguro que hoy hay mucha gente en casa acompañándote en este trance.

Qué feliz estoy. Me encuentro hoy tan pletórica como cuando los dulzaineros tocaban en mis últimos bailes; si me concentro todavía puedo oír las notas de sus dulzainas en mi cabeza...

Con cada enfado tuyo se repetía el mismo teatro. Un buen ramo de flores, unos bombones, un perdóname que no sé lo que me ha pasado, un te juro que no volverá a pasar y un nuevo perdón que te concedía con la esperanza de que esa vez lo estuvieras diciendo de verdad. Parecías tan arrepentido y convincente...

Hoy tengo la certeza de que nunca cambiarás; por eso la que voy a cambiar soy yo.

Aquel otoño del noventa y dos, cuando con la excusa de la enfermedad de mi madre marché yo sola al pueblo, me fui con la convicción de no volver nunca. Le conté a mis padres el calvario en el que me hallaba y *¡qué sorpresa la mía!* cuando en vez de ayudarme en mi desesperada llamada de socorro escuché de sus labios un: *hija, en todos los matrimonios hay que aguantar mucho. Mira, te casaste para lo bueno y lo malo; ¿qué dirían los vecinos?; debes de respetar a tu marido y ya está.* Creo que me dolió más que cualquiera de tus palizas porque de ellos no me lo esperaba y así regresé a Madrid, humillada y con las orejas gachas, sabiéndome sola en este mundo.

Nunca más con ellos tuve ninguna conversación al respecto.

¡Ay, Manuel! Cuántos sinsabores, cuantos palos, patadas, palizas e insultos me llevo conmigo....Cuánto dolor. Cuánto miedo. Cuanto odio acumulado...

Todavía hoy, si lo racionalizo, no logro comprender la dualidad que vive dentro de ti. Cómo alguien que dice quererte es capaz de hacerte tanto daño...

Me voy despidiendo Manuel. Dentro de un rato llegarás y quiero que todo esté listo para entonces.

Esta noche si quieres cenar tendrás que prepararte tu mismo la cena; y si quieres que te traiga las zapatillas y una cervecita fresca serás tú el que te levantes a por ellas.

III Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”

Adiós. Me voy ya. Los hipnóticos están empezando a hacer su efecto y tengo mucho, mucho sueño...

Fuiste el dueño de mi vida pero yo tomo las riendas de mi muerte.

No te deseo nada malo. El dolor que me has ido causando es tan fuerte que ni siquiera siento rencor.

Que seas feliz como yo voy a serlo ahora.

Me despediría con un te quiero pero estaría mintiendo y no lo he hecho nunca.

Me voy, lo noto. La cabeza me da vueltas y a mis dedos les cuesta ya coger el bolígrafo.

Adiós Manuel. Hasta nunca. Hoy voy a volver a ser libre y no vas a poder impedirlo. Estoy muy feliz, como hace más de veinte años, como cuando bailaba con mis amigas al son de las dulzainas...

Sofía.

Título: Reminiscencias de una mañana en soledad

Autor: David Delgado Bueno

Ahora que el tiempo parece haberse detenido y que el discurrir normal de las cosas ha dado paso a esta especie de existencia congelada, tengo la impresión de que todo cuanto me rodea me invita a observarlo con detenimiento, sin prisas, y así, con el pausado esmero de quien nada espera, voy posando la mirada en cada uno de los detalles de esta habitación. No puedo decir que no los conozca (una vida es mucho tiempo), pero en ellos encuentro ahora significados nuevos, antes inadvertidos, que por vez primera se muestran ante mis ojos. El viejo teléfono con su ruleta agujereada, que durante tanto tiempo intenté cambiar frente a la oposición de Julián, y del que después, cuando él ya no estuvo, no fui capaz de deshacerme. La ancha cama con sus sábanas, tan blancas, tan luminosas en las tardes de siesta. El gran espejo ovalado, de marco dorado y superficie quizá un tanto irregular. La cómoda de oscura madera, antes siempre tan llena y ahora tan vacía. Y las dos mesillas de noche, que tan gentilmente sostenían nuestros libros, sin pedir nada a cambio, cuando por la noche el sueño se posaba en nuestros párpados. Todas estas cosas y muchas otras, inasibles para los sentidos, pueblan esta estancia cuyo techo dio cobijo a la mayor parte de mi vida. Claro que no todas las épocas fueron felices. Sin embargo, como supongo que ocurre en la mayoría de los casos, los primeros años estuvieron colmados de buenos momentos. Julián trabajaba duro en la escuela, tratando de inculcar parte de sus conocimientos y algunos valores a los chicos, y yo encontré un trabajo de dependienta en una tienda de cosméticos. Y aunque, como puede deducirse, no nos sobraba el tiempo, ni mucho menos el dinero, para nosotros la vida era, por así decirlo, como una cosa nueva, a estrenar, y la posibilidad de hacerlo juntos compensaba con creces sus pequeños sinsabores y estrecheces. Teníamos nuestros sueños, y con eso nos bastaba. Los veranos los pasábamos en la ciudad, mientras otros se iban a la playa, pero eran veranos hermosos, de tardes largas y noches apacibles. A veces disfrutábamos de unos días en el pueblo de mis padres o en el de los suyos, y allí, en el campo, el horizonte parecía ancho, inmenso. El resto del año había que trabajar, a veces mucho para obtener no tanto, pero ninguna queja brotó de mis labios, ni mis oídos escucharon alguna de los suyos. Fue un tiempo de esperanza en el futuro, pero también feliz. Poco a poco salimos adelante, y año tras año se fue asentando en nosotros la creencia, al principio débil y después más fuerte, de que seríamos capaces de pagar este modesto piso. Llegó un momento en que ambos lo vimos

claro, y fue entonces cuando decidimos plantearnos otros proyectos, que hasta entonces sólo habían vivido latentes en nuestra imaginación. Y, de todos ellos, el más importante se llamó Arancha.

Lo cierto es que a Julián le hubiera gustado que se llamara de otra forma, pues él siempre quiso tener un niño: deseaba enseñarle a jugar al fútbol, a caminar por la montaña y un sinfín de cosas más que bajo su punto de vista atraerían más a un varón. Sin embargo, cuando llegó Arancha, su padre le tomó tanto cariño que me cuesta creer que hubiese querido más un chico. Como suele decirse, se le caía la baba con su nena. Y, claro está, no renunciábamos a tener un chico en el futuro. “Otra vez será, pastelito de fresa, otra vez será”, solía decirme utilizando esos apelativos deliberadamente cursis con los que lograba hacerme reír a carcajadas. Por desgracia el destino, el azar, o quizá simplemente la vida, nos reservaban algo muy distinto. Criar y educar a un ser humano resultó bastante más difícil de lo que nosotros, inocentemente, habíamos supuesto. Para empezar, se convirtió en algo muy absorbente. Muchas noches nos acostábamos sin haber dispuesto, durante toda la jornada, de un solo instante para nosotros mismos, y con el convencimiento de que al día siguiente nos ocurriría igual. Estábamos rendidos, una semana sí y otra también, y aquella situación no tenía visos de terminar. Tampoco nos marchaban bien las cosas económicamente. El gasto extra que suponía la niña resultó mayor de lo previsto, y volvimos otra vez a experimentar esa desagradable sensación de vivir con el agua al cuello, con la diferencia de que ahora dependía totalmente de nosotros una tercera persona, indefensa ante el mundo. Contábamos con la ayuda de nuestros padres, por supuesto, pero ellos no podían ofrecernos mucho, así que la mayor parte de la carga y de la responsabilidad estaban sobre nosotros. Julián tuvo repetidos problemas laborales en la escuela, que le mantuvieron preocupado durante largos periodos, y yo me vi obligada a pasar por varios trabajos, ninguno de ellos bueno. A menudo se quejaba de todas las cosas que queríamos haber hecho y no pudimos: los viajes, las vacaciones, el mar... y de cómo se estaban consumiendo nuestros mejores años. En ocasiones su actitud, su frustración y su desesperanza me enervaban y enfurecían. A veces discutíamos. Nuestra existencia se volvió gris, como esos días en los que un cielo bajo y plomizo vela el horizonte. Pero todo aquello, como siempre acaba ocurriendo, terminó por pasar.

Poco a poco, la niña fue creciendo y ganando en autonomía, y yo tuve la suerte de encontrar, por fin, un buen trabajo en la pequeña empresa de una conocida. Julián superó sus problemas en la escuela, y parece que también su pesimismo. Aún así ahora le preocupaban, en mi opinión en demasía, las compañías que frecuentaba Arancha. “Son cosas de la edad”, solía decirle para calmarlo, “yo también pasé por lo mismo, por esa época”. Y realmente llevaba razón, pues las amistades de entonces de Arancha no sólo resultaron quizá las mejores que nunca tuvo, sino que también nos proporcionaron un beneficio a sus padres. Los lazos entre las chiquillas se estrecharon, y comenzaron a pasar, de vez en cuando, pequeñas temporadas las unas en casa de las otras. Nosotros veíamos su creciente amistad con buenos ojos, y cuando nos era posible las invitábamos a cenar a nuestra casa. Aquellos periodos que Arancha pasaba con sus amigas (vacaciones, campamentos, o simplemente invitaciones de fin de semana) nos permitieron disfrutar de más tiempo libre, y por fin tuvimos la oportunidad de dedicarnos un poco a nosotros mismos. Y es de aquella corta época de la que guardo algunos de mis recuerdos más preciados. Ese lejano verano en Asturias, paseando por su costa verde, desierta, primitiva, mientras el sol se hundía en el mar esmaltado y el viento acercaba el olor de los eucaliptos. Aquella mañana de Abril de luz cegadora, atravesando el Ponte Vecchio en la ciudad de las azucenas, con las palabras de Stendhal y Proust resonando en mi cabeza. Una playa griega en un rincón perdido del Egeo, donde quizá también llegó Ulises en su errar incesante. Y dos días después el Partenón, sólido como un buque sobre la colina de la Acrópolis. París bajo la lluvia. Todo aquello queda tan lejos que a veces me cuesta creer en ello. A menudo Julián solía reírse comparando la hipotética llegada de Odiseo a nuestra playa, a bordo de su cóncava nave, acompañado por sus esforzados compañeros, con la nuestra, bastante menos heroica, en la destartalada moto que alquilamos por cuatro duros en un pueblo cercano. Le gustaban esos extraños juegos de la imaginación. Y hoy daría tanto, no ya por volver a aquel tiempo ahora inalcanzable, sino tan sólo por volver a recordarlo junto a él... Tomar su mano arrugada y evocar sus abrazos, entonces vigorosos, rodar por la arena, el agua cálida y sus labios, más cálidos aún y más húmedos. Pero ni eso es ya posible, todo se perdió. Ni siquiera podría hablar de ello con Arancha, y eso es una de las cosas que más lamento. Quizá debimos haber contado más con ella en nuestros planes, y quizá esa falta

nuestra haya pesado en su distanciamiento posterior. Y aunque ella se hallaba en esa época en que los adolescentes, para autoafirmarse, suelen rechazar cualquier iniciativa que implique pasar demasiado tiempo con la familia, y prefieren estar más con sus amistades, tal vez debimos haber insistido en que nos acompañase. Quién sabe, quizá en el fondo, aunque no quisiera reconocerlo, estaba esperando que insistiéramos. Pero entonces vivíamos en un tiempo en el que, como por ensalmo, el optimismo había vuelto a nuestras vidas, y al valorar nuestras acciones solíamos considerar más probables aquellas consecuencias cuyos rasgos nos resultaban más amables.

Fue en esos años cuando me quedé embarazada por segunda vez. La noticia, como es lógico, la recibimos con alegría. Nos sentíamos capaces de afrontar aquello con garantías, gracias a la experiencia adquirida y a la mejor situación en la que, en general, nos encontrábamos. Por fin podríamos ofrecer a Arancha un hermanito y, quien sabe, tal vez también el chiquillo a quien Julián deseaba enseñar tantas cosas. Todos estábamos entusiasmados con su llegada a nuestras vidas, incluso Arancha, otras veces tan distante de los asuntos familiares. Por eso el aborto fue un mazazo. Sinceramente, apenas hoy tengo fuerzas para recordar las circunstancias que lo rodearon, y la tristeza que lo sucedió. Me pasaba los días bañada en lágrimas, errando sin rumbo por la casa, y sintiéndome culpable. Algo en mí había fallado y eso le había costado la vida a mi pequeño. Y aunque hoy sé que mi autoinculpación era fundamentalmente injusta, eso no mitiga la amargura que me posee al evocar el pasado. Todavía puedo notar cómo se enrosca en mi garganta y oprime mi corazón. Aquel dolor de ayer es mi dolor de hoy: ha traspasado incólume las barreras del tiempo. Porque no fue sólo un niño lo que perdí entonces, sino todos los niños del futuro, que ahora ya es mi pasado, un pasado yermo que sólo me ha dejado un presente vacío. La esterilidad provocada por las complicaciones del aborto me ha acompañado desde entonces, y en lugar de crecer niños y niñas a mi alrededor lo que ha crecido ha sido la soledad. Recia y triunfante. Claro que no siempre fue así, sobre todo al principio. Porque, al principio de esa nueva vida, asumido el golpe, aún las cosas no se habían transformado en lo que son ahora. Poco a poco nos habíamos hecho a la idea de no tener más hijos, y nuestros días habían vuelto a una normalidad en la que pudimos recobrar cierto bienestar. Aún teníamos a Arancha, por

supuesto, y aunque nuestras relaciones con ella siempre pasaban por cumbres y valles, altibajos más o menos prolongados, todo eso no impedía que la quisiéramos con un calor sincero, sin dobleces. Julián y yo volvimos a encontrar cierta placidez, cierta tranquilidad quizá algo rutinaria, y disfrutamos de nuevo de antiguas aficiones. El cine, los paseos... Algún que otro viaje, tal vez menos apasionado que antes. La lectura en las tardes de verano. Aún teníamos algunas amistades de los buenos tiempos, y más de una medianoche nos sorprendió en el bar hablando sobre lo que hicimos y lo que aún podíamos hacer, aunque ahora solía ser más de lo primero. Arancha, por su parte, comenzó a tener algunos novios, supongo que más de los que nosotros supimos, y terminó por estabilizarse con uno que, por desgracia, nunca llegó a sentir afecto por nosotros. Desde un principio no nos gustó: bebía demasiado y llevaba una vida desordenada. Además era orgulloso y distante, y en cierta forma (sutil, lo admito) engreído y egoísta. Tal vez alguna de estas facetas, vistas bajo cierto prisma, pudo ejercer atracción sobre Arancha (el ser humano es un misterio, sobre todo cuando de relaciones de pareja se trata), pero desafortunadamente ninguna de ellas lo acercó a nosotros. Y aunque hicimos algún esfuerzo por mejorar el entendimiento entre ambas partes, pronto fue evidente su falta de interés. Sencillamente, no nos necesitaba. Un día tormentoso (lo recuerdo perfectamente), ella entró por la puerta de la cocina y, sin mediar saludo alguno, me dijo que se iba a vivir con él.

Los meses siguientes resultaron extraños. Por un lado me culpaba por no haber sabido aconsejarla mejor, por no haberla retenido, porque creía firmemente que no sería feliz así. Por otro me sentía aliviada de la tensión de una situación cuyo desenlace se veía venir, aunque no por ello resultase más fácil de asumir. La relación con nuestra hija se hizo menos directa, más esporádica, obstaculizada en ocasiones por la presencia de su compañero. Luego se hizo también lejana, cuando él encontró un trabajo de su agrado en otra ciudad, y ella le siguió. El teléfono fue entonces el instrumento por el que observamos sus pasos, cuando dejaba que lo hiciéramos, y mantuvimos un contacto intermitente, aunque esas conversaciones a distancia solían ser más cordiales que algunos de nuestros encuentros anteriores. También por teléfono recibí la noticia de la muerte de mi padre, que no por esperada (dada su avanzada edad) resultó menos amarga. La tristeza se cobró sus diezmos, por no hacer mudanza en su

costumbre. Él al menos murió de viejo y habiendo tenido una vida feliz, a su manera. Mi madre se quedó sola en el pueblo, y al cabo de unos meses Julián y yo decidimos traerla con nosotros, pues cada vez le resultaba más difícil valerse por sí misma. No fue fácil. Con el paso del tiempo su invalidez fue en aumento, y eran más las cosas que debíamos hacer por ella que las que ella podía llevar a cabo. Fue una tarea ingrata, sacrificada, pero yo prefería aquello a cualquier otra opción, y Julián pareció entenderlo. Dos años más tarde murió, una soleada mañana de primavera. No pude hacer más por ella, salvo llorarla.

Las noticias tristes se intercalaron con otras alegres, como el nacimiento de los sucesivos hijos de Arancha, nuestros nietos. Por desgracia la distancia (quizá en más de una de sus acepciones) fue una barrera demasiado grande, y no pudimos verlos tanto como hubiéramos deseado. Así, los vimos crecer como se ven esos álbumes antiguos con pocas fotos, en los que entre una y la siguiente se aprecian con claridad los cambios que el tiempo opera en las personas. Y mientras los chicos crecían, Julián y yo nos fuimos arrugando, nuestro pelo clareó y nuestro horizonte se fue cerrando. Y un día él murió. No tengo fuerzas para recordarlo, o tal vez no quiera hacerlo... Me quedé sola en casa, como una vez se quedó mi madre, y también mis fuerzas fueron menguando y mi autonomía reduciéndose. Arancha, durante una de sus visitas, debió compadecerse y decidió internarme en una residencia de ancianos. Desafortunadamente, no debía disponer de mucho dinero, pues ingresé en una de las peores, según contaban los compañeros. Y razón no les faltaba: aquello no era vida, ni siquiera para las pobres expectativas de una anciana solitaria, y día tras día sentía mi dignidad herida. Protestaba mucho, y siempre que Arancha me visitaba le pedía que me sacara de allí. Al final logré volver a casa. Por lo menos aquí puedo convivir con mis recuerdos. Y con esas revistas de salud a las que me he aficionado, en un intento (patético supongo) de auto-convencerme de que puedo cuidar de mí misma. Las pocas vecinas con las que tenía relación han ido muriendo, y no he logrado trabar amistad con las jóvenes. Hoy en día nadie tiene tiempo, y menos para una vieja. Tal vez la gente es más rica, pero no les ha salido gratis. Y yo, por mi parte, aquí sigo, acompañada por mis fantasmas, por las presencias que pueblan esta casa. Esta mañana, al levantarme, he notado algo extraño y el tiempo parece haberse congelado. Desde mi lecho, observo cuanto me rodea: el espejo ovalado y la cómoda oscura, y esas cortinas generosas,

III Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”

tan hermosas antes y ahora algo desvaídas por la luz que han recibido. Si mi diagnóstico de aficionada a las revistas es acertado, si no me equivoco, he sufrido un ataque de hemiplejía. Si es así y nadie acude, dentro de unas horas, no sé cuántas, perderé la conciencia. Nadie va a venir. En mi parálisis, intento alcanzar el viejo teléfono de ruleta de Julián, pero mi cuerpo no responde. Mi mente, en cambio, con su mera visión se puebla de infinitos recuerdos, de añoranzas, de colores vívidos y de afectos a personas que ya no están. Y la distancia que me separa de todos ellos me parece tan insalvable como el espacio que media, invencible, entre mí y el viejo teléfono.

Título: El niño y yo

Autor: Franklin Alberto Díaz Lárez

Aquel día llegué a mi Apartamento con la certeza que al abrir la puerta iba a encontrar a mis amigos y familiares esperándome con una gran fiesta sorpresa. Ese día era mi cumpleaños, y no podía creer que a aquella hora nadie me hubiera llamado aun para felicitar me, que nadie en el trabajo me hubiera dicho nada, que no hubieran colgado la tarjeta de felicitación firmada por todos en la cartelera como siempre hacían cada vez que alguien celebraba su cumple. Yo era el primero que estaba pendiente siempre de las fechas de cumpleaños, santos, onomásticos y demás subespecies semejantes de todo el mundo para celebrarlos, o, al menos, para darles una llamadita, o dejarles un detalle sorpresa sobre el escritorio, o darles un fuerte abrazo, o una palmadita en el hombro, o ¡qué se yo...!, hay tantas pequeñas cosas con que se puede hacer sentir bien a alguien, que la lista es interminable. Pero yo estaba completamente convencido que si a aquella hora nadie me había llamado, ni dejado ninguna manifestación de felicitación era porque algo se venían tramando entre todos.

Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta muy despacito. Aun y cuando el corazón me palpitaba aceleradamente, traté de actuar con naturalidad para que los que me estarían esperando no se dieran cuenta de que ya me sospechaba la sorpresa. Supuse que en primera fila estaría mi Madre con mis dos hermanos, seguramente también estarían dos o tres de mis tías y algunos cuantos de mis primos. Pensé que tampoco faltarían los compañeros de mi infancia que aun vivían cerca de nosotros, ni mucho menos algunos de mis compañeros de trabajo. Por supuesto que mi Abuela también estaría en primera fila. Aun y cuando estaba un poco viejita y enferma, no se pelaba una celebración ni, por supuesto, jamás había dejado de llamarme u obsequiarme algún detalle en mis días de cumple. Pensé también que, a lo mejor, en lugar de colocar treinta y cinco velitas en la tarta, pondrían solo dos, de esas que ya traen la forma de los números tres y cinco. Mientras abría la puerta lentamente, pensé también que ese día era Martes, y, en consecuencia, mañana Miércoles, día de trabajo, por lo que tendría que despachar a toda esa gente temprano ya que no podíamos darnos el lujo de madrugar de farra teniendo que trabajar al día siguiente. Cuando por fin abrí la puerta del todo y encendí la luz del recibo, era otra la sorpresa que me esperaba...

¡Que duro golpe recibí! ¡No había nadie en el Apartamento! Aun con la ilusión de que pudiesen estar escondidos en algún sitio, revisé todo en detalle. Miré debajo de las camas, de

las mesas, hasta abrí los armarios repentinamente, esperando ver salir algún payaso seguido de una banda cantándome el bendito “cumpleaños feliz”, pero... ¡nada! ¡Que barbaridad!, ¡nadie se había acordado aquel día de mi cumpleaños!

Con aquella espinita incrustada en el pecho, llamé a mi Madre por teléfono para darle las buenas noches y me contestó sin percatarse siquiera del pequeño detalle que pasaba por alto. Asimismo hice con mi Abuela, mis hermanos, tíos, algún que otro amigo y nadie, absolutamente nadie, se acordó de que aquel día, hacían ya treinta y cinco años que yo veía la luz por vez primera. Parecía como si una amnesia colectiva se hubiese apoderado de todos mis allegados.

Aun sin cambiarme, tomé mi abrigo, mi chubasquero y mi inseparable boina y salí a la calle. Me iría a celebrar mi cumple yo solo. ¿Cómo?, ¡pues no lo se! De momento iría a caminar por allí, a ver tiendas, quizás después ya se me ocurriría algo. Hacía poco rato que el sol se había ocultado, hoy ayudado por un temporal de agua que puso el cielo negro en un abrir y cerrar de ojos. Llovía copiosamente. La gente, presurosa, mas que caminar, casi corría por las aceras congestionadas de aquella gran ciudad. Muchos salían a esas horas de sus trabajos, otros iban a clases en sus casas de estudios, algunos andaban de tiendas y otros simplemente “pasaban por allí”. Llovía tanto que ya bajaba el agua por las calles y aceras, bastante sucia, claro, después de un día de tanto movimiento en aquel pulular humano era normal. Mas tarde tocaría el turno de los servicios de limpieza que, durante las noches trabajaban como hormigas cuando ya la mayoría se había retirado.

Mientras caminaba, con la fuerte brisa y algunas gotas de lluvia salpicándome el rostro iba pensando que quizás sería una buena idea entrar a una cafetería a tomar alguna bebida caliente, pero todas en las que asomaba mis narices se veían abarrotadas de personas, humo de tabaco y sobretodo, el bullicio de la gente intentando hacerse escuchar en sus conversaciones. No era precisamente ese tipo de ambientes de mi mayor agrado, antes bien, prefería sentarme en un sitio tranquilo donde leer un poco la prensa del día y sin el molesto olor del tabaco recordándome mis años de fumador. Por eso, opté por continuar caminando en medio de aquella lluviosa noche sin rumbo fijo. Un detalle que había pasado por alto era que, cuando salí por la tarde del trabajo olvidé mi paraguas en el paragüero de la oficina y la lluvia me agarró por sorpresa. La verdad es que no me preocupaba mucho por eso tampoco.

Llevaba un buen chubasquero sobre un abrigo gordo que me hacía permanecer bien abrigado y calentito. Además, guantes de cuero y mi inseparable boina que, a la vez de protegerme del frío y la lluvia hacía el trabajo de disimular la extraña forma que iba tomando mi cuero cabelludo a medida que una indeseable calva iba ganando terreno sobre él.

Repentinamente volteé la vista hacia la acera del otro lado de la avenida pues me pareció ver un niño allí parado a medio vestir. Me detuve momentáneamente y, extrayendo mi pañuelo limpié mis gafas de algunas gotas de lluvia que no me permitían distinguir con claridad. Una vez colocadas nuevamente en su lugar pude notar que efectivamente se trataba de un pequeño niño solo. Estaba parado en la acera de enfrente semidesnudo, apenas con un pantaloncillo corto, descalzo y empapado por la lluvia con aquel frío tan terrible que a esas horas ya estaba pegando. Mantenía sus bracitos en alto y abiertos en medio de aquella andanada multitudinaria que, por momentos, casi parecía atropellarle. De manera insólita, nadie hacía un espacio en su tiempo para dedicarle cuando menos una mirada, y no solo no reparaban en él, sino que algunos, viéndolo, lo esquivaban a propósito para evitar tropezarse.

¡Dios mío!, pensé por un momento, pero ¿pero será real esto que están viendo mis ojos?, ¿cómo es que nadie se detiene ante aquella criatura que con tanto afán demanda atención?. Aquel pequeño no parecía tener miedo de nadie, sus gestos sólo se limitaban a extender sus bracitos a todo el que pasaba cerca de él para que lo miraran, que lo tomaran en cuenta, que le cargaran, o, por lo menos, que repararan en él, pero nada... ¡todos sus esfuerzos resultaban inútiles!. Aquella escena, que muchos encontrarían normal, a mí, particularmente me resultaba insólita. Por mas que trataba, no me era posible desviar la mirada hacia otro lado. El niño giraba de un lado hacia el otro cada vez que alguien se le acercaba y, una y otra vez, les extendía los brazos en señal de demanda de atención.

Aquella criatura no tendría mas de cinco años. El lenguaje con que hablaban sus gestos expresaba claramente una inmensa necesidad de afecto, unas ansias terribles de ser tomado en cuenta por cualquier persona de aquellas que a esa hora transitaban por aquella gran avenida. Pero nada, una y otra vez sus intentos por llamar la atención obtenían la misma recompensa: ¡la indiferencia mas absoluta!.

Pensé por un momento: pero ¿qué tipo de animales somos?, ¿en que clase de bestias nos hemos convertido los individuos de la especie humana?, ¿dónde dejamos la piedad, la

compasión, el amor al prójimo, etc.?. Y yo, como un estúpido quejándome porque nadie me había felicitado en mi cumpleaños mientras que en el mundo, las cosas que realmente importan, como la atención que necesitaba aquella criatura, pasaban desapercibidas tan olímpicamente..

Durante algunos momentos, casi sin respirar, estuve contemplando estupefacto aquel triste espectáculo hasta que me decidí, por fin, a cruzar la calle para encontrarme con él.

Una vez allí, noté que se hallaba extremadamente cansado, extenuado, ya casi sin fuerzas para seguir levantando los bracitos. Con su cabecita inclinada hacia el piso, lo hallé ya casi resignado a quedarse solo una vez mas. Al notar mi presencia, de reojo me miró con sus ojitos tristes. Puedo asegurar que fue uno de los momentos mas emotivos de cuantos me ha tocado vivir. Aquellos dulces y tiernos ojos eran capaces de transmitir toda la ternura del mundo en una sola mirada. Sin ningún temor a equivocarme afirmo que aquel niño era la criatura mas hermosa, mas tierna y mas dulce que hubiera tenido la posibilidad de contemplar jamás. Yo no podía permitir que aquella escena se prolongara por un segundo mas...

Le extendí mis brazos y él me correspondió inmediatamente. Levantándolo del suelo lo traje a mi regazo cobijándolo entre mi pecho. Depositó su cabecita empapada por la lluvia sobre mi hombro mientras yo lo apretaba fuertemente contra mí, con unas ansias desesperadas de transmitirle todo el calor que tenía dentro. Me quité el abrigo, el chubasquero y hasta la boina de mi semi-calva cubriendo con ellos todo su cuerpecito, al tiempo que minaba su carita con muchísimos besos de ternura y afecto. ¡Vací en él aquella inmensa necesidad de dar amor que desde siempre me acompaña!. Le prometí, con un sentimiento que me salió de lo mas profundo del alma, que nunca mas en su vida volvería a estar solo. Que, en lo adelante, a costa de lo que fuera, personalmente me encargaría de cubrir todas sus carencias, sus apetencias, sus ansias de calor, su necesidad de compañía, y, sobretodo, su necesidad de sentirse querido, estimado, en fin, de ser amado.

Entrelazados y confundidos en un inmenso abrazo aquel niño y yo, las horas del amanecer me tomaron por sorpresa retornándome al mundo de los despiertos; ¡todo aquello había sido solo un sueño!

El reloj despertador estaba chillando como loco. De un manotazo lo apagué tratando de retomar aquel sueño tan bonito, pero no pudo ser, me desperté y ya no pude volver a dormirme

mas. Miré el calendario en la pared de mi habitación y ¡sorpresa!, hoy era 27 de Febrero y ayer 26 había sido mi cumpleaños. Ni yo mismo me había dado cuenta. La verdad es que ya poco me importaba porque, sin duda alguna, aquella noche había recibido en sueños el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho jamás y que, desde entonces, siempre y en cada momento de mi existencia me acompaña; el afecto de aquella encantadora criatura.

Hace ya varios años de eso, y aun hoy en día sigo cumpliendo cada día y cada instante con todas y cada una de las promesas que hice esa noche a aquel niño mientras me encontraba delirando en los brazos de Morfeo. Y esto es así simple y llanamente porque aquel niño tan encantador de mis sueños finalmente resulto que **¡ERA YO!**

Título: El motorista

Autor: Felisa Moreno Ortega

Jaime corre por las calles mojadas, llega hasta la puerta del local y toca con fuerza en el cierre de aluminio que la protege. Nadie responde a sus golpes, sólo el silencio. Nota la lluvia que le moja, que resbala por la chupa de cuero, que le pega el pelo a la frente hasta meterlo en sus ojos. Cansado de llamar recuerda que dejó la moto mal aparcada, avanza entre los charcos esquivando a la gente, cuando llega al sitio no hay nada, ni rastro de ella. *Poco tiempo para que haya sido cosa de la grúa, me la han robado*, pensó. Siente una rabia descafeinada, como si ya todo le diera igual. No puede entender porqué no le han esperado un poco más, ese ensayo era importante, el último antes de la gran prueba. Recordó el día que lo llamaron por teléfono de aquel programa de televisión para decirle que estaban pre-seleccionados, que les había gustado la maqueta, pero querían verlos actuar en directo. En Sevilla, el sábado próximo, es decir, mañana. Se trataba del último ensayo, el definitivo y no se dignaron en esperarle, *¡que cabrones!*

Buscó el móvil para telefonar a Ana y decirle que se retrasaría, no le apetecía llamarlos a ellos, en este momento sólo deseaba insultarlos, para sus amigos el sueño no era tal, todos tan acomodados a sus trabajos burgueses, maestros, banqueros, funcionarios... consideraban la música como un hobby más. Sin embargo, él estaba harto de repartir pizzas, servir copas o reponer artículos en un supermercado. A sus treinta años aún no tenía un trabajo estable, aún vivía para su sueño: ser un cantante de éxito. Creía y confiaba en su talento.

Ana lo apoyaba, aunque eso supusiera retrasar la deseada boda y los futuros hijos. Ana era así, tan moderna para unas cosas y tan clásica para otras. Comentaba con frecuencia que quería celebrar la ceremonia por su tía Marta, la monja, pero más de una vez Jaime la sorprendió ojeando catálogos de vestidos de novia, siempre a escondidas. Ella se ganaba bien la vida como fotógrafa, sus colaboraciones con un estudio profesional le garantizaba un mínimo mensual. No la daban de alta en la seguridad social, a cambio, disponía de mucho tiempo para dedicarlo a la fotografía artística, Ana también tenía un sueño.

¡Mierda! pensó, no encontraba el móvil, y cualquiera se ponía a buscar una cabina ahora. Había dejado de llover, decidió regresar paseando. No sentía frío, a pesar de la lluvia, el traje de motorista le mantenía seco casi todo el cuerpo.

Subió por la amplia avenida, la gente aún llevaba los paraguas abiertos, protegiéndose de los goterones que impregnaban las hojas de los árboles para dejarse caer sobre los incautos viandantes en el momento menos oportuno. Mientras caminaba, una sensación de vacío se iba apropiando de su ser, deseaba llegar junto a Ana y la vez retrasaba su regreso, andaba despacio, deteniéndose ante cualquier escaparate. Vio el parque a su izquierda, las baldosas mojadas reflejaban la luz de las farolas creando un mar brillante, caleidoscópico. Atraído por el juego de colores, paseó hasta la fuente, entre el silencio de la ausencia, nadie caminaba por allí en una noche como aquella. Por eso le llamó la atención aquella chica, sentada en un banco, bajo una farola; indiferente a la humedad y al frío escribía algo en una pequeña libreta. El pelo rubio, rizado, caía sobre sus hombros y casi le ocultaba la cara. Algo en su aspecto no encajaba, como un cuadro inacabado, Jaime se acercó a ella buscando descubrir lo que había llamado su atención, ella levantó la cabeza y le sonrió. Jaime se olvidó de lo demás, solo veía esa sonrisa, se acercó y la saludó.

- Hola, me llamo Jaime, ¿Qué escribes?
- Son apuntes para una novela.
- No es buena hora para estar sola en el parque, ¿acaso buscas inspiración?
- Sí, algo así. Aquí suelen venir todos los nuevos. Me gusta captar sus primeras impresiones.- dijo ella en tono intrigante.
- ¿Los nuevos?
- Sí, como tú.
- No entiendo nada, eres muy rara.

La chica se rió, echando la cabeza hacia atrás y mostrando unos dientes perfectos, Jaime deseó besar su cuello, le pareció cálido y acogedor.

- Perdona, no recordaba que aún no eres de los nuestros, al menos no del todo.
- Cada vez entiendo menos lo que me dices.

- No me hagas caso, tienes razón, soy un poco rara. ¿Sabes?, antes del accidente me publicaron un cuento, ¿imaginas lo que es ver algo tuyo impreso en un libro?- a la chica le brillaban los ojos.
- No, pero supongo que será como que suene una canción tuya por la radio.
- Así que eres músico, ¿no?
- Algo así, al menos lo intento. Por cierto, ¿de que accidente hablas?
- Aquella noche lo celebré con mi amiga Sara, ella también escribe, sabía lo que significaba para mí, bebimos mucho, y yo me empeñé en llevar el coche. No vi aquel camión que iba tan despacio, me empotré contra él y entre otras cosas perdí esta pierna- la chica se levantó la falda y le mostró un muñón a la altura de la rodilla.

Jaime comprendió que era precisamente eso lo que llamó su atención al verla, la extraña caída de la falda sobre sus piernas.

- ¿Y tu amiga Sara?
- No he vuelto a verla- dijo la chica con una sonrisa triste.
- Entiendo, no tienes que darme más explicaciones.
- Y tú, ¿qué haces por aquí?
- Vuelvo a casa, pero la luz del parque me atrajo, ahora tengo que irme o mi chica se preocupará.
- No te apetece ¿verdad?- dijo ella con su sonrisa triste.
- No, no mucho, deseo ver a Ana, pero tengo la impresión de que ella no me quiere ver a mí, como si tuviera algo que reprocharme. Por cierto, ¿puedes decirme la hora?, mi reloj está roto, se ha parado a las siete y media y tiene el cristal fragmentado, lo más extraño es que no recuerdo haberme dado ningún golpe.
- Son casi las diez, debes volver a casa, allí entenderás muchas cosas. Yo seguiré por aquí, por si me necesitas.
- Gracias- dijo Jaime.

Se alejó envuelto en sus dudas, espesas como la niebla que empezaba a tomar las calles, envolviéndolas en un sueño prematuro. Llegó al portal de su casa, inútilmente buscó las llaves

en sus bolsillos, iba a llamar al timbre cuando vio la esquila. Jaime Sánchez Gordillo y Ana Rodríguez Martín, la releyó varias veces, hasta comprender que esos eran sus nombres, que eran ellos los que estaban muertos. Entonces pudo recordarlo todo, la lluvia en la carretera, los gritos de Ana pidiéndole que no corriera, cómo trató de adelantar al camión, cómo le embistió aquel todoterreno por detrás, y luego la sangre, las llaves, el móvil, todo desperdigado por la carretera. También recordó lo último que le dijo Ana, cuando ya salía despedida de la moto: *¡estoy embarazada!*

Un pitito intenso amenazaba con romperle los tímpanos, se cubrió la cabeza con la almohada y a tientas golpeó el despertador. Con la boca reseca por el miedo y la angustia descubrió que todo había sido un sueño, qué seguía vivo, a su lado vio el hueco que el cuerpo de Ana había dibujado en la cama y el olor a café se mezclaba con el aire fresco que entraba por la ventana del salón. A Ana le gustaba ventilar la casa nada más levantarse. Con el corazón aún encogido por aquella horrible pesadilla, se incorporó, fue hasta la cocina y la abrazó por detrás, mordisqueando su oreja. Ana se resistió un poco, pero al final se dejó llevar hasta la cama donde Jaime le hizo el amor con una intensidad inusual, como si le fuera la vida en ello. Exhaustos descansaron un rato, luego el silencio se instaló entre ellos. Mudos y pensativos se vistieron y salieron como cada mañana.

- Hoy me iré contigo en la moto Jaime, tengo un trabajo por tu zona, luego podemos comer juntos.
- No, mejor vete en el autobús, parece que va a llover.
- Quiero ir contigo, por favor, por favor....
- He dicho que no- Jaime se estremeció al recordar el sueño.

Ana se puso a llorar, se cubrió la cara con las manos y huyó de su lado, entonces Jaime se dio cuenta de lo irracional de su actitud y corrió tras ella. Cuando la alcanzó, le contó su sueño con todos los detalles. Ana observaba asombrada como iba cambiando de color conforme avanzaba en la historia, pudo ver el miedo reflejado en sus ojos, pero cuando le dijo la últimas palabras que había oído fue su cara la que mudó de color hasta tornarse blanquecina. Se

mareó, Jaime la agarró al vuelo evitando que cayera y se golpeará contra la acera. Al rato, cuando pudo recuperarse, Ana dijo con voz entrecortada.

- Si quería ir hoy en la moto, si quería comer contigo, era para decirte que estoy embarazada, nadie lo sabe aún, sólo yo y ahora tú.

Los dos se abrazaron asustados, Jaime regresó a la cochera y dejó el casco, subieron al autobús, fuertemente asidos por las manos, con la sensación de haber vuelto a nacer. Al poco les adelantó un coche rojo, a Jaime le pareció ver la cabellera dorada de la chica del parque que se agitaba fuera de la ventanilla, en el lado del acompañante. Sí, era ella y le decía adiós con una sonrisa triste. Conducía un chico joven con el pelo revuelto, la música muy alta, la velocidad excesiva. A los pocos minutos vieron el automóvil estrellado contra la mediana, Jaime miraba asombrado como la joven rubia abandonaba la escena cojeando, cuando se lo dijo a Ana, identificándola como la chica del sueño, su novia lo miró preocupada, allí no había ninguna mujer, al menos ella no podía verla.

Título: Mi féretro y yo

Autor: Luciano Moreno Álvarez

Anochece sobre los últimos días de noviembre.

Paseo por una calle apretada entre edificios altos y estrechos como estacas, con ventanas alargadas y algunos balcones delgados con barandillas de forja.

La lluvia de la tarde ha lamido los adoquines grises, y al resplandor que cae de las farolas se levantan de las aceras relámpagos brillantes, como alondras sorprendidas.

Camino distraído. Las manos en los bolsillos del tres cuartos negro. La derecha entretenida volteando con dos dedos la cabeza ovalada de un llavero metálico, del que pende una llave solitaria que gira según se retuerce la cadenita a la que está enganchada.

Una bufanda con rayas color ceniza me protege la garganta de las brisas heladas que me asaltan como bandidos invisibles al cruzar las callejuelas que voy dejando atrás. Son ráfagas débiles, como alientos, que esparcen el olor a humedad y traen una promesa de lluvia inminente.

Ahora que lo pienso, no he visto a nadie. Resulta extraño, porque esta zona es bastante transitada. Los negocios ya están cerrados, pero no es tan tarde. Y, tal vez, hay también demasiado silencio junto. Sólo se oye la respiración intermitente de las callejas, como un siseo a ras de suelo. Ni siquiera suenan mis pasos, amortiguados por la goma de los zapatos de invierno.

¡Ah!, allí se ve algo de claridad. Vaya, es el local de la funeraria. Hasta la luz es más pálida de lo normal. Debe de haber alguien trabajando todavía.

Empieza a lloviznar. Espero que no arrecie, porque no he cogido paraguas. Lo cierto es que hace una noche estupenda. Me gusta pasear en noches así.

¿Dónde estará la gente?

Llegaré al final de la calle, hasta donde acaban las casas y empiezan los cipreses, y volveré por la paralela. Me gusta esa avenida, salpicada de imprentas y librerías antiguas.

Las viviendas terminan a la misma altura en ambas aceras. Y el empedrado de adoquines. La luz de las farolas también se agota en el mismo punto, como si a partir de esa línea imaginaria empezara otro universo, de tierra y oscuridad.

A la derecha, después de la última casa, arranca un callejón estrecho y corto que comunica con la calle de las librerías de viejo y las imprentas. Y al otro lado del callejón se

levanta, como una chimenea, el primero de los cipreses de una larga hilera que termina a las puertas mismas del cementerio, unos doscientos metros más allá.

Al recorrer el pasaje oscuro, y apretado por la presión plomiza del cielo, un escalofrío me recorre la espalda. Supongo que la cercanía del camposanto me hace ver el callejón con las dimensiones de una sepultura.

La calle de los librereros también está desierta. Las ventanas de los pisos superiores son como puertas cerradas a los sueños. Los semáforos parecen encenderse y apagarse sólo para ellos. Por algunas rendijas se cuelan, aquí y allá, cuchillas de luz. Y las líneas paralelas de las fachadas recuerdan los lampadarios que flanquean la nave central de una catedral solitaria.

En el interior comido de penumbra de los escaparates de las librerías, gruesos tomos reposan adormilados a la espera de que alguien los desgrane. Algunos parecen, a la luz indirecta de una farola cercana, pájaros disecados en pleno vuelo y engarzados en robustos atriles de madera sabia.

Mi casa está allí, al final de esta calle, en el tercer piso de un edificio con diseño en cuña que parte la calzada en dos mitades. Es una casona antigua, en la que vivimos pocos vecinos, todos mayores y hogareños. Algunos llevan tanto tiempo allí que parecen ornamentos propios del edificio.

Lo que más molesta del bloque es el ruido que hacen las cañerías. Los inquilinos sospechamos que todas las conducciones mueren en algún pozo subterráneo, porque algunas noches, sobre todo después de llover, se oyen como lamentos correteando por el interior de las paredes. Y de los sifones, de vez en cuando, sale una vaharada caliente que huele a viejo y a cieno. Con los años me he acostumbrado a los ruidos, y ya casi nunca los oigo. Pero confieso que al principio, cuando cambié de casa para escapar de la presencia de mi esposa muerta, algunas veces se me erizaba el vello.

A medida que me acerco al edificio con forma de alma de hacha, que raja en dos la calle de las imprentas con la precisión de un escalpelo, recreo en la mente las onomatopeyas del agua en las tuberías, gimiendo a borbotones por las venas de plomo, y la respiración lúgubre de los desagües.

La noche y el paseo solitario van reuniendo en mi cabeza los ingredientes necesarios. En cuanto llegue me sentaré con unos folios en blanco. Tal vez consiga el borrador de un relato medio pasable.

Ya deja. Apenas cuatro gotas sueltas, finas como puntas de alfileres.

Pero, ¿qué barullo es ese? Parece que ha pasado algo cerca de mi casa. No; cerca no. Creo que es en el mismo edificio. Ahora me explico por qué no he visto a nadie por las calles: toda la ciudad está aquí.

¿Qué habrá ocurrido? ¿A quién? Debe ser importante. Ha venido la prensa. Quizá el asma ha terminado de asfixiar al anciano banquero Muriel.

De los dos ramales en que se divide la calle, uno es más ancho que el otro, y le arrebatada al estrecho casi todo el flujo de la avenida de las librerías de viejo, como si fuera una arteria que amenaza con secar a una vena afluyente. En el más estrecho está la entrada del edificio. La puerta es delgada y alta, rematada por un arco de cristal ciego de suciedad, como casi todas las del barrio.

Antes de llegar, como si la imaginación se me adelantara al cuerpo, veo la escalera angosta y empinada que arranca detrás de la puerta. Los escalones forrados de madera color de niebla sucia suspenden cuatro veces una ascensión vertiginosa. Son cuatro rellanos pequeños como mesas de rinconera. A cada uno de ellos se abren dos puertas: una se enfrenta a la cascada de peldaños; la otra al hueco, casi siempre en tinieblas. Están tan juntas que cuando los dos inquilinos coinciden en el descansillo, uno tiene que esperar por el otro. Además, siempre hemos tenido problemas a la hora de meter o sacar muebles.

¡Qué expectación! Ni que el Rey en persona estuviera dentro del edificio. Me informaré de lo que pasa antes de subir.

A partir de aquí, las imágenes se cuelan unas entre otras como las endiabladas notas de una sinfonía enloquecida. La personalidad del narrador protagonista se desdobra, por lo que continuaré el relato de los hechos por el orden en que acontecieron, con la esperanza de que así resulte menos confuso para el lector.

«¿Dónde estoy?», me pregunto, agobiado por la estrechez que me aprieta alrededor.

—Oiga: ¿puede decirme qué ha pasado? —le pregunto a un hombre nervioso, desmembrado del grupo compacto que taponaba la calle.

–¿No se ha enterado? –me mira como si acabara de llegar de otro planeta–. Ha muerto Ricardo Amarilla, el escritor.

–¿Pero qué dice usted? –exclamo. Sin embargo, ya no me oye. El grupo se ha agitado como la parte hundida de una ola, y mi interlocutor se sumerge a empujones en el torbellino. Lo zarandean. Le cierran el paso. Se le cae de las manos una libreta. Se agacha con dificultad y la recoge. Están a punto de derribarlo, de pisotearlo. Desaparece unos instantes tragado por la marea hambrienta, que se cierra sobre su cabeza como las mandíbulas de un monstruo. Emerge casi sin respiración y, maldiciendo, se pierde entre el gentío.

«¿Pero dónde estoy? ¿Qué apreturas son estas?»

Desde el borde exterior, como un cachorro expulsado por la camada, una mujer joven también intenta atravesar la masa de gente, que se mueve con la compacta sincronía de un banco de peces. Lleva un bolso blanco, que le resbala hasta el antebrazo con cada empujón que recibe. A pesar de que grita como reclamando un derecho, no consigue abrir hueco. La masa impenetrable la repele una y otra vez.

«¿Por qué estoy tumbado? ¿Adónde me llevan? ¡Y por qué! Casi no puedo respirar aquí dentro...»

La joven chilla más alto, con ansia de sonar convincente, mientras pelea con el bolso y con una maraña de brazos: ¡“Periodista. Periodista!”. Insiste en infiltrarse. Algunas cabezas se vuelven y la insultan.

En ese momento, desde la entrada del edificio se levanta un grito por encima de la algarabía pedregosa de la calle: “¡Ya lo bajan! ¡Ya lo bajan!”. El clamor desordenado se extingue como un eco circular.

Como si el aviso hubiera sido una alarma, el grupo se apelmaza, se vuelve macizo. La chica de la prensa se resigna. Retrocede unos pasos, se empina sobre las punteras y agudiza la atención para captar lo que pueda desde donde está. Debe de ser novata, porque parece a punto de rendirse.

–¡Ya lo sacan! ¡Ya lo sacan! –insiste la voz de antes, con más entusiasmo. El murmullo se esconde definitivamente bajo una losa de silencio respetuoso.

Pero enseguida, un rumor en sordina se propaga como espuma negra sobre la ola de cabezas: “No cabe por la escalera. No cabe”. La noticia se desperdiga como el agua de un

cubo volcado. Llega al extremo del corro, rebota y vuelve más encendida: “Dicen que la caja no pasa por la escalera. Que a lo mejor tienen que sacarlo”.

«¿Y ahora por qué me levantáis así? ¡Cuidado! ¡Que no puedo sujetarme! Me tirarán... No puedo moverme. Que alguien me quite esto de la cara. No me deja respirar...»

A la periodista, una farola próxima le parte la sombra por la cintura. Las piernas quedan alargadas contra la acera. El torso reptaba hasta la altura del zócalo de la pared que tiene a su espalda. Creo que es demasiado tímida para estas cosas. Pobre. Le daré la exclusiva.

Qué raro. La gente lleva ropa de abrigo. Pero yo no noto nada de frío. Además, vuelve a caer esta lluvia, tan fina como una rociada de cristales astillados. Sin embargo, tampoco me mojo. Qué sensación tan extraña.

Parece que ya salen. Pobre hombre, quien quiera que sea. Van a abrir la caja. Claro, tendrán que colocarlo un poco después del trájín de la escalera. Pero se va a empapar. Eso es, cubridlo con los paraguas.

Me acercaré a la chica. Espero que no se asuste cuando me vea.

Pero... Esto es todavía más extraño: ¿cómo es que puedo verlo todo desde aquí atrás? ¡Dios! No puede ser. No es Muriel. Ese hombre es... ¡es idéntico a mí! ¿Cómo es posible que no lo haya visto nunca en la escalera?

«¡Ricardo! ¡Ricardo! (¡Qué coño hago llamándome a mí mismo!) ¿Y qué hago al otro lado de la calle? ¿Y qué hago acostado aquí, en esta...? ¡Jesús! ¡Pero si es...! ¡Ricardo!».

Al llegar junto a la periodista novata, una ráfaga helada me llama por la espalda, como hace un rato en el callejón del cementerio. Es una voz áspera que parece venir desde debajo de varias capas de musgo. La chica no me reconoce. Normal. De cerca es todavía más joven.

Todo esto es rarísimo. Como un sueño. Estoy allí, más pálido que un cristal, tumbado dentro de esa caja abierta sobre la mesa que han colocado en la acera. Y también aquí, junto a esta muchacha que no me conoce. Y tan tranquilo, como si todo esto no tuviera nada que ver conmigo. Y, además, parece que soy el único que sabe lo que está pasando.

Estúpidos mirones. No se apartan ni para que puedan cerrar el ataúd.

«¡Ricardo!».

Otra vez esa voz.

«Ya sé: estoy soñando. Eso es. Y ahora me despertaré».

–Mire, señorita: no sé qué está pasando, pero le aseguro que Ricardo Amarilla no ha fallecido todavía. Lo tiene usted delante ahora mismo–.

¿No me oye? ¿O no le interesa lo que le estoy diciendo? Es usted más inexperta de lo que pensaba. ¡Ah!, que están cerrando el féretro y no quiere perderselo. Pero desde aquí no podrá ver nada...

Sí. Ya lo tapan.

Pero... ¡Eh! ¡Ehhh...!

Título: La entreplanta

Autor: Miguel Madueño Álvarez

Como cada día, Pablo volvía del trabajo cansado, aburrido de una monotonía que pesaba desde que se levantaba y que le acompañaba hasta el anochecer. Venía cansado de aguantar a su jefe, de ver la cara de sus compañeros y de comer en el mismo restaurante de siempre.

Estaba cansado, tanto que andaba cabizbajo, llevado por la misma corriente que le movía cada día, hastiado de un mundo donde todo era trabajar, comer y dormir, y donde no quedaban demasiados momentos de los que poder disfrutar.

Los fines de semana, cuando podía descansar de su vida, siempre tenía la obligación de hacer lo que debía y no lo que quería.

Visitar a no sé quien, ir a no sé donde, siempre era la misma historia, siempre las mismas obligaciones y el domingo, cuando se acostaba para afrontar una nueva semana, se daba cuenta de que todo aquello que el viernes había pensado hacer había vuelto a aplazarse hasta el siguiente fin de semana, y al llegar el siguiente y volver a la cama el domingo, volvía a sentir lo mismo.

Su vida no era única, así era la vida de millones de personas que viajaban en metro cada mañana, amparadas en la masa pero demostrando en sus miradas cansadas y pérdidas que añoraban algo más que la rutina, aburrida e incluso cruel.

Pablo vivía solo, había tenido una novia pero murió en un accidente de moto. Su madre era viuda y se sentía en la obligación de acompañarla cada día libre que tuviera, sacrificando aquello que deseaba hacer para que ella no se sintiera mal. Era demasiado joven para haber visitado tantas veces el cementerio y estaba inmunizado contra el dolor.

De nuevo, subió los tres escalones y abrió la puerta de su vecindario. Después entró en aquel decadente ascensor, donde la luz era amarillenta y el espejo necesitaba una limpieza. Se miró un instante mientras subía, en silencio, y se dio cuenta de lo que había envejecido. En ese momento tuvo aquella extraña sensación, aquel pensamiento tímido que le invitó a reflexionar sobre el tiempo. Había envejecido demasiado deprisa y aún le faltaban muchas cosas por hacer, ¿Qué había sido del chico joven y emprendedor? ¿Qué había sido de aquella sonrisa que antes le acompañaba? Un estremecimiento y una fuerte sensación de nostalgia le

invadieron haciéndole incluso empequeñecer y su imagen en el espejo se volvió amarga y grisácea.

El ascensor se detuvo bruscamente y se abrió la puerta. Salió como siempre y alargó la mano hacia el interruptor de la luz pero no estaba allí. Dio un paso más y buscó el mecanismo de la luz pero palpó el aire, sólo el vacío oscuro y en silencio.

De pronto se percató de que no estaba en el descansillo de su piso, sino en otro lugar, y con la puerta del ascensor aún abierta y la amarillenta luz derramándose sobre el mármol viejo y sucio, descubrió que no había salido por la puerta de siempre, sino por una abierta en el otro lado del habitáculo.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Dónde estaba? Mientras todas las preguntas se agolpaban en su mente pidiendo una explicación, buscaba el móvil con manos temblorosas, con la inseguridad de no saber donde estaba.

Al fin, cuando lo encontró, lo abrió y vio como la luz azulada de la pantalla iluminaba aquella planta que nunca antes había visto. Además del ascensor, al lado derecho se extendía un pasillo largo y oscuro. Miró con cierto temor aquella escena y sintió una desconfianza desoladora en su interior, pero al mismo tiempo, su monótona vida ganó un atisbo de ilusión, de curiosidad por saber a dónde llegaba ese pasillo. Se aflojó el nudo de la corbata y cogió el maletín con fuerza, notó el cuero resbalando por sus manos sudadas, síntoma inequívoco de su nerviosismo. Caminó por el corredor, con el móvil como una improvisada linterna, deseoso de saber que había al final del pasillo hasta que distinguió una luz, de un brillo fuerte pero atenuado e intermitente.

En un principio se asustó, dudó sobre volver al ascensor y olvidarse de aquello pero la luz era más poderosa que su miedo y no podía dejar de mirarla. Siguió caminando y se detuvo al verla con más nitidez. La luz oscilaba, se hacía pequeña y después grande mientras emitía un zumbido y volvía a su tamaño original, y así lo repetía una y otra vez.

-¿Qué?

Pablo dio dos pasos hacia atrás y se topó con la pared. Alumbró con su móvil hacia uno y otro lado mientras su corazón a punto estuvo de salirse del pecho.

-¿Quién anda ahí? –preguntó confuso.

-¿No me ves, si soy yo? Aunque claro, vas siempre tan ocupado con tu trabajo que no te fijas. Nos conocemos desde hace años.

Pablo no entendía lo que estaba sucediendo hasta que cayó en la cuenta.

-Ahora entiendo, esto es un sueño y no eres real- dijo sonriendo socarrón.

La luz fluctuó emitiendo ese cautivador zumbido, como si estuviera enfadada.

-Ni mucho menos, soy tan real como tú.

Pablo seguía sin comprender que aquello que veía y oía con tanta claridad era tan real como que estaba allí. Dio dos pasos más hacia atrás temeroso de aquella misteriosa luz.

-¡No eres real!- dijo señalando la luz.

-Tan real como la vida misma- la luz se detuvo un instante y continuó-, por cierto, siento lo de tu novia...

-¡Cállate!- gritó mientras corría de nuevo hacia el pasillo. Entró en el ascensor y subió a su casa. Aquella noche ni siquiera cenó y se acostó pronto. De madrugada, la luz aún seguía en su mente, interrogándole con ese extraño fluctuar.

Al día siguiente volvió a su rutina, pero no anduvo por la calle, ni miró a la gente del metro, ni aguantó a su jefe ni a sus compañeros, estuvo ocupado, casi cegado por la luz. No podía dejar de pensar en aquello, en su significado, en su interés, en su causa. Entró en Internet y buscó cosas parecidas pero todas las páginas le condujeron a leyendas y fenómenos paranormales. Lo que vio en aquel pasillo era tan real como su vida y aquella luz le había hablado, había reaccionado e incluso le había mencionado la muerte de su novia. Aquella luz era algo de otro mundo, algo del más allá y tenía un poder impresionante de persuasión.

Pablo volvió pronto a casa y entró en el ascensor. Marcó su piso y esperó, mirando la puerta en la que nunca se había fijado y que posiblemente llevaba allí desde que construyeron el edificio. Impaciente, añoró que volviera a ocurrir pero las puertas se abrieron en el descansillo de su casa. Se maldijo a sí mismo y volvió a marcar el botón para bajar. Lo hizo más de diez veces, de arriba abajo, esperando que volviera a repetirse lo de la noche anterior hasta que un vecino quiso entrar en el ascensor.

-Oiga, ¿ha visto usted al portero?

-No, hace días que no le veo, estará abajo, regando los jardines.

Pablo fue al jardín, necesitaba ver al portero, que le mostrara la forma de salir del ascensor por la puerta trasera, que le diera una explicación, pero no lo encontró. Desesperado, buscó por todo el edificio hasta que al anochecer, cansado y decepcionado, se subió en el ascensor y marcó su número.

La puerta que esperaba se abrió. Había intentado toda la tarde llegar hasta allí y no había conseguido sino decepcionarse pero por fin, cuando no lo esperaba, el ascensor se detuvo en aquella extraña dimensión, en aquel pasadizo que sólo se abría ante él y donde habitaba la luz que hablaba.

Se dirigió por el pasillo hasta que distinguió la luz, fluctuante y tintineante, tan poderosa que era incapaz de mirarla fijamente.

-¿Otra vez tú?- dijo la luz.

-Sí, y ya sé lo que no eres.

-¿Lo que no soy?

-Sé que no eres humana, sé que eres de otro mundo o del más allá, algo así como un genio.

La luz emitió una carcajada, tan humana que despertó en Pablo un sentimiento cercano.

-¿Quieres que te conceda tres deseos?

Pablo había dado en el clavo y se felicitó a sí mismo en silencio por haber descubierto su significado. Era difícil de creer pero era así, la luz no era más que un genio, un ser fantástico que se había mostrado ante él por razones que aún no atinaba a comprender.

-No suelo creer en estas cosas- dijo-, pero sólo puedo rendirme ante la evidencia.

La luz no dijo nada, fluctuó al tiempo que el zumbido inundaba la habitación.

-Quiero pedir en primer lugar...- dudó un instante-, dinero, mucho dinero, tanto que no tenga que trabajar nunca más.

-Tu deseo será concedido- dijo la luz en un tono divertido.

Pablo sintió un gran alivio.

-Quiero que vuelva, ya sabes, mi novia- dijo con cierto temblor en la voz-, y quiero, ser famoso, que me recuerden durante infinitas generaciones.

-¿Y por que no pides ser inmortal?- preguntó la luz sorprendida.

-¿Se puede pedir eso?

La luz volvió a reír.

-Te permito cambiar uno de tus deseos por la inmortalidad.

-Cambié el último, si voy a ser inmortal, ¿para que me vale que me recuerden?

La luz tintineó de nuevo.

-Tus deseos serán concedidos, el tiempo los traerá uno a uno.

Aquella noche no pudo dormir y al día siguiente se fue a la oficina antes de que amaneciera. Cogió un taxi y lo primero que hizo fue presentar su carta de renuncia. Ya no necesitaría trabajar en su vida y su vida sería inmortal. Compró un décimo de lotería, si iba a ser rico, necesitaría una excusa para ganar el dinero y el juego era, a su juicio, lo más lógico. Volvió a casa, tenía que vender una casa tan pequeña, con tanto dinero y siendo inmortal no podría vivir en un sitio tan común y pensando en todo, su madre se merecía una mansión. También estuvo mirando coches, necesitaría uno acorde con su nuevo poder adquisitivo, en fin, en menos de una semana, vendió su casa, la de su madre, compro un coche carísimo y se despidió de su trabajo.

Sin embargo, el dinero y su novia seguían sin aparecer. Al cabo de una semana, impaciente, volvió al ascensor y subió y bajó unas cuantas veces.

-Tenía que haber pedido que el ascensor me lleve cuando yo quisiera en presencia de la luz- se dijo a sí mismo después de diez intentos.

Abatido, salió del edificio y pasó al lado del portero y de un vecino.

-¡Pablo!- dijo el portero alzando una mano saludando.-¡Fue divertido!

Al principio no le hizo caso pero al no entender a que se refería, una fuerte curiosidad le invadió.

-¿Cómo? ¿A que te refieres?

El portero sonrió.

-A lo de la entreplanta.

Pablo se dio la vuelta, ¿Qué podía saber un miserable portero sobre lo de la entreplanta? Se marchó, no necesitaba escuchar las necias palabras de un pobre mortal, eran tan insignificantes que no valía la pena oírlas.

El vecino, intrigado, le preguntó:

-¿Qué es eso de la entreplanta?

-Nada, que el ascensor falla y a veces baja a la entreplanta. El otro día estaba arreglando una tubería y me tomó por un genio o algo así, el desgraciado está fatal desde lo de su novia. Vio la luz y se creyó lo que no era, le concedí tres deseos.

-Lo que a ese chico le hace falta es ser feliz.

El portero sonrió.

-Ese deseo, creo que si se lo he concedido.

Título: La petición

Autor: *María Aranzazu Polo Margareto*

Durante meses he rogado que me fuera concedida mi petición. Pero se han negado ha escucharme. Sus oídos se han vuelto sordos y mi esperanza se ha ido desvaneciendo como las nubes que abandonan el firmamento al llegar la noche. Las veo partir, por el minúsculo hueco que hace las veces de ventanuco y al que me es, prácticamente, imposible asomarme.

Aunque he intentado escalar hasta los barrotes del pequeño agujero que ventila mi apestada celda, nunca consigo mi propósito. Mis pies se niegan a trepar más. Está demasiado alto. Tengo las uñas rotas y los dedos ensangrentados de arañar las paredes. ¡Necesito ver la vida que sigue transcurriendo, con total normalidad, al otro lado de estos muros¡.

No soporto tanta soledad. Llevo demasiado tiempo en el más profundo aislamiento. Si no fuera porque recibo dos comidas al día, pensaría que se han olvidado de mi existencia. Cada vez que se abre la cancela y deslizan la oxidada bandeja con una jarra de agua y un platillo donde depositan esa masa informe que consideran mi alimento, suplico que atiendan mi ruego. Tengo que ver a alguien, hablar con alguien. No puedo continuar viva, sabiendo que estoy muerta para el resto del mundo. Imploro, incluso a los carceleros, que sean ellos los que mantengan una conversación conmigo. Pero se niegan. Nadie responde, al otro lado. Se cierra la verja y los pasos se pierden por el pasillo.

De nuevo, el silencio. Horas y horas, en las que solo me acompaña el goteo del agua que agujerea el techo y forma un charco en el suelo. En épocas de lluvias, corren pequeños riachuelos y las ratas chillan al ser arrastradas por el fango. Envuelta en los harapos que me han dejado para cubrirme durante la fría noche, me encierro en un abrazo hasta que pasa la tormenta. Sobre el camastro que ha comenzado a cojear, pues la madera está infectada de carcoma, escucho a los que sufren la misma suerte que yo, pedir ayuda a los carceleros pues sus celdas han comenzado a inundarse. Sus gritos lastimeros me atormenta imaginando sufrimientos inhumanos. Pasan horas antes de que alguien venga en su auxilio.

Y, la mayoría de las veces, no sirve de nada.

Escucho el retumbar de las pisadas de los guardianes sobre los adoquines desgastados por el tiempo. Maldicen el mal olor, de los cuerpos tumefactos. Apartan a patadas la suciedad que se acumula en los rincones y en la que yacen los roedores que no han conseguido sobrevivir. Los que tienen menos escrúpulos bromean mientras limpian las celdas anegadas por el agua. Hieren con sus palabras a los supervivientes que tiemblan de frío y se burlan de sus cuerpos encallecidos. Después amontonan los cadáveres en una carretilla que se tambalea por el peso de los cuerpos sin vida. Al terminar la limpieza, hacen un recuento mirando a través de la reja. Cierran los cerrojos y, luego, otra vez el silencio.

Junto antes de enloquecer, ha cambiado mi solicitud. Segura de que no accederían a una entrevista, desde hace días, me he atrevido a demandar algo diferente. Supongo, que la esperanza es lo último que se pierde y la razón inventa otras necesidades para intentar sobrevivir. Y hoy, al final, han accedido a mi petición.

A primera hora de la mañana, cuando el alba acababa de desplegar sus alas sobre el mundo, el ruido de la llave al girar en su cerradura me ha despertado. Haciendo acopio de sus fuerzas, el carcelero ha conseguido desplazar la pesada puerta de hierro.

Una ráfaga de viento le ha atravesado, con su figura invisible, y ha recorrido la celda hasta acomodarme sobre mi nuca. Convertida en escalofrío ha penetrado en mi cuerpo y se ha instalado en mi corazón.

Al volver el rostro, hacía la entrada, he visto llamear una antorcha. Iluminaba unas caras nuevas para mí. Varios hombres han entrado en mi diminuto aposento. El carcelero mantenía la tea en su mano izquierda mientras contemplaba, con impaciencia, los movimientos de sus compañeros. Un hombre con la mejilla atravesada por el recuerdo de una reyerta acunaba una mesita en sus brazos. Al depositarla a mi lado, ha dibujado sobre su pecho la señal de la cruz y sin levantar la vista del suelo ha salido dando grandes zancadas.

Solo en el umbral de la puerta, ha dudado un instante, y ha vuelto la vista atrás. En sus ojos se divisaba el miedo. Tras él, un anciano con el pelo revuelto y la vejez instalada en su cara ha tosido, varias veces, como si estuviera impaciente por terminar su cometido.

Como alma que lleva el diablo, ha atravesado la estancia. Con mano temblorosa ha sacado de su zurrón, un diminuto recipiente de cristal que apenas contiene unas gotas de tinta y una pluma.

Rebuscando en su interior, ha encontrado unos arrugados pliegos de papel que ha soltado sobre la mesa. Me miraba despectivamente. Y con odio. Yo he desviado la mirada. Ha vuelto a toser. Sus pulmones están totalmente destrozados, le queda muy poca vida dentro.

De reojo, le he observado como escupía sangre en el suelo. Al limpiarse la boca con la manga ha lanzado una exclamación. Ha pronunciado unas palabras que no he llegado a comprender pero que iban dirigidas a mí. Sin atreverme a mirarle he escuchado como arrastraba su pierna quebrada hasta la puerta donde, los otros, le exigían que se diera más prisa. Han intercambiado un par de frases y cuando me he girado hacia ellos, han cerrado precipitadamente la puerta. El sonido de la llave girando en su cerradura y luego, de nuevo, el silencio.

Tengo una rara sensación. Debería haberme invadido la alegría al ver atendida mi solicitud, sin embargo, sólo siento una profunda tristeza. Las ganas de llorar crecen en mi interior. Las lágrimas afloran en mis ojos. Estoy asustada y mi cuerpo tiritita. Si han traído hasta mi celda este presente es porque ya no hay ninguna esperanza. Nadie vendrá a liberarme.

Acceden a mi petición porque no pueden negar al reo su último deseo. Finalmente, la mano que sesgará mi vida, ha decido firmar la sentencia de muerte.

Con el transcurso de los años, cansada de contar días que no vivía perdí la noción de las estaciones y no podría asegurar, con total certeza, la fecha en que me hallo. Tampoco sé si las guerras han terminado ni quien ostenta el poder.

Algo que dejó de preocuparme, ahora me asfixia. El no poder ni siquiera alcanzar a predecir el tiempo que me queda en este mundo, porque he olvidado cuanto tarda en pasar una semana, hace crecer dentro de mí el desasosiego.

La incertidumbre es peor carcelera que la soledad.

Ahora que el ruego ha sido atendido no alcanzo a comprender cual ha de ser su destino. Ante mí están las hojas en blanco con las que podré dialogar con el mundo. Pero dudo antes de lanzarme a escribir en ellas. No creo que los que se han compadecido de mí y me han brindado la ocasión de hacer realidad tan esperado regalo, vuelvan a mostrarse generosos y me entreguen más papel.

Por ello, debo reflexionar antes de comenzar.

Tal vez debería invertir lo que me resta de vida en escribir mi testamento. Sin embargo, no cuento con el ánimo suficiente para cargar la vergüenza de haberme conocido sobre aquellos que alguna vez se consideraron mis amigos.

Además, sería cruel por mi parte, condenarles a una vida de inquietud. Sobre ellos pesaría la sombra de la sospecha. Incluso algunos podrían ser sometidos a torturas o se verían obligados a vivir escondidos a los ojos de sus vecinos. Si salieran a la luz sus nombres, se dibujaría sobre sus cabezas la silueta de una soga que en cualquier momento podría ser anudada alrededor de su cuello.

No tengo ningún derecho a condenar, de por vida, a los que me brindaron su amistad. No deben ser nombrados los que me abrieron sus puertas cuando buscaba consuelo.

Por otra parte, después de todo este tiempo de cautiverio, lo más probable es que las pocas pertenencias que poseo ya hayan sido robadas. Tengo la certeza de que no contentos de haber conseguido mi condena, las autoridades, han hecho acopio de ellas.

No se conforman con saberme encarcelada entre estos muros, sin posibilidad de escapar. También deben estar entre sus manos, lo que una vez fue mío. Necesitan descubrir en los objetos inanimados que me sirvieron fielmente, lo que yo nunca les contaré. Son necios que intentan arrebatarme palabras a mis más leales compañeros. Pero ellos, continuarán en silencio, porque sólo yo conozco su lenguaje.

Los más eruditos, condenados a la desesperación, habrán intentado descifrar cada una de las huellas que he dejado al pasar por la vida. Montados en cólera, por no conseguir su propósito, habrán sido los artífices de esta conspiración. Me han negado la palabra al igual que yo les he negado el entendimiento.

Si los representantes del poder han dejado algo, después del saqueo, mis propios vecinos, llevados por la curiosidad habrán derribado mi puerta. Sin ningún reparo se habrán adueñado de lo más valioso y conocido que hayan encontrado a su paso.

Todo lo que les haya sido desconocido, bien por no saber darle una utilidad o por el miedo que les provocase, habrá sido destrozado.

Seguramente, ahora mi cabaña sólo sea un montón de cenizas. Ellos consideran que las llamas purifican y destruyen cualquier maldad. Sus hijos, testigos mudos del incendio, transmitirán fielmente a sus descendientes el ritual de la purificación. Y así, pasaran de padres a hijos, las absurdas tradiciones en las que nos vemos inmersos.

Por ello, no tiene ningún sentido, que haga testamento. Es más... creo que esto es, realmente, lo que ellos esperan de mí. Si yo les diera nombres, la cadena no se rompería y podrían continuar con su trabajo. Sin embargo, yo jamás, les ayudaré a encarcelar a inocentes.

Por tanto, debo ser cauta a la hora de elegir mis palabras y no malgastar las horas en retórica palabrería. Además, no creo que consideren el traerme más papel, por lo que no puedo permitirme el lujo de elaborar un manuscrito de páginas y páginas. He de ajustarme a lo que me ha sido concedido y centrarme en lo más importante, sin perderme en detalles. Olvidar los sentimientos y ser fiel a los hechos. No permitir ni un atisbo de subjetividad. He de plasmar con la mayor objetividad posible lo sucedido.

Todo comenzó una mañana, de un año perdido en el tiempo en el que ni siquiera, yo, podía sospechar que el futuro me deparaba un destino como el que ahora estoy sufriendo.

Eran tiempos en los que los sentimientos navegaban como barcos a la deriva en busca de un puerto en donde guarecerse de las tempestades de la vida.

En esos días, yo, hice una petición y me fue concedida.

Título: El mundo inanimado

Autor: Emilia Luna Martín

-Necesito una lámpara para el dormitorio con urgencia- pensó Ana arqueando el cuello en dirección al techo desnudo de la habitación. Ernesto y ella habían recorrido todo el barrio de Los Remedios en busca de una que satisficiera las exigencias decorativas de su novio. La encontraron, pero estaba vendida. Encargaron una igual con la promesa de que en el plazo de tres semanas la tendrían a su disposición. ¡Tres semanas! Tendría que haber ido a la tienda hacía seis días y lo había olvidado. Cuando esa tarde Ana preguntó al dependiente del establecimiento, éste le confesó con aparente pesadumbre que estuvieron esperándola unos días pero, como no había ido a por ella, la habían vendido la tarde anterior.

Ana no quiso imaginar la cara que pondría Ernesto cuando le soltase la noticia. El caso es que no tenía ninguna excusa que darle. Se supone que una chica a la que le quedan quince días escasos para casarse, debe tener la casa totalmente amueblada y las compras concluidas. Al menos esa sería una de las mil razones que expondría su novio. Ana no dejaba de asombrarse ante la capacidad de Ernesto para enumerar, de manera tremendamente ordenada, los fallos y los vicios de los demás y resaltar las virtudes, triunfos y acierto propios. Era lo que no le gustaba de Ernesto, pero a cambio, y, como decía su madre, la adoraba, la colmaba de regalos y le ofrecía una vida cómoda. Nunca había oído a nadie calificar de cómoda algo que no fuese una prenda de vestir, una cama o una butaca. La vida podía resultar aburrida, apasionante, intensa...pero... ¿cómoda?

Volvía a casa decepcionada de si misma por haber dejado pasar la oportunidad de hacer algo conveniente a los ojos de su futuro marido, cuando una sonrisa triunfante se dibujó en su rostro. Recordó la lámpara que tenían sus padres en su dormitorio en la casa de la playa. Ernesto se fijó en ella antes que en la valiosa cómoda recién heredada de la madre de Ana. Decidió que al día siguiente, después de desayunar cogería el coche y en un par de horas estaría en la casa de la playa. Conociéndola, su madre estaría encantada de regalársela a Ernesto.

Era sábado y apenas había tráfico. Iba a probar el nuevo Audi que, de gustarle, pasaría a formar parte de la larga lista de regalos con que Ernesto había decidido premiar el “si, quiero” de Ana. No hacía demasiado frío para estar en pleno enero, y, a medida que se acercaba a la costa, el sol arañaba con éxito las nubes grises que la acompañaban desde la salida de Sevilla, consiguiendo romper su coraza con unos rayos como agujas. Fue todo el trayecto escuchando música, evitando pensar. Recordando los consejos de Ernesto de cerrar las ventanillas, abrir el aire y poner el

reproductor de cedés: “aíslate siempre del exterior, Ana, no te contamines, céntrate únicamente en ti, para que tu mente siempre esté limpia para el trabajo. Invierte tu tiempo sólo en ti. Olvida esas charlas infructuosas con las amigas y acércate siempre a quien no te necesita, ellos son los que te harán subir; los que te necesitan te absorben, debilitan y exigen. Recuerda que una visita con alguien a un museo, significa un nuevo negocio. Que una noche de teatro en el Liceo puede suponer una nueva inversión...” Esa era la esencia de la filosofía mercantilista y práctica de Ernesto, y desde hacía dos años, la de Ana también.

Al ver el cartel que indicaba la proximidad de la urbanización, un sentimiento cálido la invadió. Puso el indicador a la derecha y bajó la pendiente que la dirigía hacia la rotonda y dejó ésta a un lado. Siguió de frente y aparcó delante de su palmera preferida. Era la primera vez en veinte años que visitaba la urbanización en invierno. Tuvo la sensación de no haber estado nunca antes allí. El cielo estaba limpio de nubes y al final de la carretera, el muro bajo de piedra y la línea azul del mar le aseguraban que todo seguía en el mismo lugar. Cerró la puerta del coche y se colocó la mochila sobre la espalda. En el camino hacia su casa, se tropezó con varios ancianos que arrastraban en silencio sus carritos repletos de palos de golf en dirección a la calle principal. Desde pequeña, siempre había sentido una extraña envidia hacia estos extranjeros que se adueñaban de los jardines y estanques de la urbanización en invierno, mientras ella volvía entre lágrimas y con el corazón encogido a Sevilla.

Su casa era adosada y estaba en segunda línea de playa. La entrada resultaba de las más frondosas en verano. Ahora solo lucían verdes las hojas del jazmín trepador, el resto estaba seco. Al introducir la llave en la cerradura, Ana tuvo que girarla varias veces dentro del bombín. Por fin consiguió que funcionase y entró en la casa. Un olor desconocido le inundó la nariz. Miro alrededor buscando la causa. Entró en la cocina esperando encontrar un ratón muerto o los excrementos de un gato que hubiese conseguido colarse por la chimenea. No encontró nada. Es el olor del abandono-sentenció melancólica.

Subió al dormitorio de sus padres y al llegar a la puerta encendió la luz y dirigió su mirada expectante al techo: allí estaba la solución a sus problemas. Le daba igual si a ella le gustaba o no. Una buena limpieza y sus cristales devolverían la sonrisa a su novio, haciéndole olvidar la compra frustrada. Con eso podía darse por satisfecha.

Bajó al salón y se asomó al jardín observando con pena como el viento de levante había transformado un jardín alegre y lleno de flores en verano, en un espacio descuidado y triste. Era temprano aún, así que encendió la televisión y se tumbó en el sofá. Cuando despertó ya era la hora de comer. Se sentó en la terraza de un bar del pueblo de al lado, disfrutando del poco sol que unas apremiantes nubes amenazaban con cubrir.

De vuelta a casa, el cielo había cambiado el azul por un color gris plomizo. Encendió de nuevo la televisión y se quedó dormida. El estruendo de la tormenta la sacó de su letargo. Había dormido tan profundamente que no había escuchado la lluvia. Se asomó al jardín y observó que los arriates vomitaban agua sin parar. No veía más allá de la verja de entrada, era tal el espesor de la cortina de lluvia. Sintió frío y reconoció que por menos que le gustara, no podía hacer otra cosa que quedarse a pasar la noche allí. Rebuscó en los armarios y encontró un pantalón de chándal de su madre y una sudadera de algodón de su hermano pequeño. Se dio una ducha bien caliente y bajó de nuevo al salón. Se tumbó de nuevo en el sofá y miró con curiosidad a su alrededor. Sin prisas. Saboreando la posibilidad de detener su mirada en las cosas más corrientes. Incluso apreciando el carácter de extraña obligatoriedad a que se veía sujeta. Analizó todos y cada uno de los recuerdos que su madre había ido atesorando en el mueble de mampostería. Algo sobresalía de debajo de un cojín de la butaca. Se levantó interesada, como si de un juego adivinatorio se tratase y entre sonrisas extrajo una chancla de plástico de su hermano. Descubrió detrás de una bandeja un cigarrillo a medio fumar lleno de verdín y aplastado contra la tapadera de un tarro de mermelada; un periódico amarillento y una revista del corazón con la portada cubierta de desconchones procedentes del techo, yacían sobre un taburete de madera.

Todo estaba mucho más viejo y estropeado que en verano. ¿Qué había ocurrido? Era como si la casa hubiese perdido su esencia, su alma. Sonrió recordando la regañina de Sor Carmen cuando ella aseguraba que las cosas tenían alma. Al menos así lo pensaba su madre y si ella estuviese aquí, Ana sabía qué le diría en estos momentos. “Es la venganza de los seres inanimados, Ana. Las personas utilizamos a placer los objetos y cuando no sirven ya para nuestros propósitos, nos deshacemos de ellos”. Como con esta casa – pensó Ana. Nos vamos cada verano y la dejamos sola, huérfana. La forma que tienen los objetos de vengarse de nuestro abandono es deteriorándose, ajándose. Cada uno a su estilo: la madera se abre, la pintura se cae, la humedad se hace dueña de las paredes, las cortinas se queman con el sol... Paró en seco recordando que a Ernesto ese tipo de

razonamientos le parecían insulsos y sin base. Base...A Ernesto sólo le gustaba aquello que tuviese una base científica, una razón demostrable. De hecho, su madre y ella habían abandonado la maravillosa costumbre de disertar acerca de cuestiones filosóficas. Delante de Ernesto sólo podía hablarse del mercado bursátil y de inversiones.

Continuó revisando la habitación y se detuvo en la pared de las fotos. Desde que eran pequeños hacían una fiesta de disfraces en el jardín y, cada año, colgaban una fotografía de recuerdo. Miró la primera y el corazón se le encogió. Paseó con dedicación la mirada por la veintena de fotografías colocadas en dos tandas sobre el mueble aparador. Al llegar a la última, sus ojos se estacionaron en un chico del que resaltaba su sombrero de Capitán Alatríste y su sonrisa. Era Bruno. Ana deslizó con suavidad sus dedos sobre el rostro de él permitiendo, sin poner remedio, que las lágrimas se escapasen. Después acarició la imagen de la chica que se encontraba a su lado y que lo miraba embelesada. En la fotografía no se veía, pero sus manos estaban entrelazadas. Ella lo sabía. Todavía podía sentir el calor que experimentó en el momento en que él la atrajo hacia sí. Incluso podía escuchar el susurrante “te quiero” que salía de los labios del muchacho y que quedó disimulado con el clic del disparador de la cámara y las risas de los allí presentes. Le costó mucho trabajo reconocerse en la chica de la fotografía. En la limpieza de su mirada. En la sinceridad de su sonrisa. En la emoción que hacía que su corazón saltase dentro de su pecho. Sólo habían pasado unos años... ¿Qué había sido de aquella muchacha aventurera, enamorada, arriesgada y altruista? Sólo veía a una persona interesada en hacer lo que a otro le gustaba, pero no por generosidad, sino por interés, por conveniencia... Le dio vergüenza reconocerse en este híbrido de yuppie, trepa y niña bien en que se había convertido en aras de “una vida cómoda”.

Ana pasó mucho tiempo de pie ante la fotografía, repasando mentalmente el penúltimo verano. Recordó las horas pasadas con Bruno, sentados en el muro bajo que separaba la urbanización de la playa. Eran amigos desde siempre, pero aquel verano se prometieron lo que, desde que se miraron por vez primera, sabían que compartirían eternamente: su amor. Hablaban bajo las estrellas del horror de la guerra, de las bombas anti personas, del desastre de Sarajevo...Hacían planes para viajar en ayuda humanitaria a las zonas mas devastadas por las guerras de Europa Oriental, mientras se acariciaban y se besaban dejando que sus almas vagaran libres, arropadas por el olor dulzón de la noche. Aquel mes de septiembre se despidieron entre lágrimas, como si, alertados por alguna sospecha, temiesen no encontrarse nunca más.

Ese otoño Ana conoció a Ernesto. Ella comenzaba su último curso de Derecho y él asistía de ponente a unas conferencias relacionadas con el Fondo Monetario Internacional. Él llegó arropado por la aureola que le concedía el recién estrenado galardón del economista más joven y con más proyección internacional del año. Ernesto aparecía ante los ojos de Ana como un triunfador. Unas cuantas citas fueron suficientes para presentarle a sus padres y obtener el beneplácito de la familia. Olvidó sus costumbres, dejó a un lado sus aficiones y adoptó las de Ernesto. Arrinconó a sus antiguos amigos y generó nuevas amistades, más acordes con su nueva forma de vida. El verano siguiente, Ana no fue con su familia a la casa de la playa. No preguntó por Bruno. No quiso saber si él preguntó por ella. Descubrió que era mejor hacer caso a Ernesto y alejarse de todo aquel sentimiento que no la beneficiara o la hiciese sufrir. Simplemente era cuestión de relegar el corazón a un conveniente segundo término.

Ana tenía los pies helados. Había dejado de llover. Llevaba parada delante de la fotografía un buen rato. Recordó las palabras que Bruno dijo aquel día cuando terminaron la sesión de fotos. *“Estaremos unidos para siempre por el papel. Estés donde estés y vayas donde vayas, nuestras manos no dejarán de acariciarse mientras la foto continúe existiendo”*. En ese momento las piernas le comenzaron a temblar y algo parecido a una caricia envolvió su mano derecha. Se abandonó al llanto de pie, frente a la fotografía, preguntándose cómo había podido olvidar a Bruno. Un sentimiento que hacía tiempo había dejado de experimentar, se hizo un hueco en su interior. Era la compasión. La compasión de sí misma. Subió las escaleras hacia el dormitorio recordando cada uno de los besos y de los abrazos de Bruno. Sintiendo sus brazos fuertes y confiados en torno a ella. Pareciéndole escuchar sus opiniones respecto a la política, el terrorismo, la miseria y la pobreza. Justo al meterse entre las sábanas frías recordó algo que la hizo saltar de la cama entre sollozos. Abrió la puerta de la azotea y a la luz de la luna distinguió una jardinera que en verano rebosaba de gitanillas. La tierra estaba muy mojada, así que no le fue difícil hurgar en ella. Miró al cielo agradecida por algo que ni ella misma supo identificar y al cabo de unos segundos sacó algo envuelto en una bolsa de plástico. No lo abrió; no hacía falta. Lo lavó bajo el grifo que se usaba en verano para bañar al perro y bajó despacio a su cuarto. Se deslizó entre las sábanas con el alma tranquila, en paz, y con el envoltorio de plástico bajo su mejilla, regado con sus lágrimas.

Al día siguiente Ana volvió a Sevilla. Condujo despacio, con las ventanillas bajadas y escuchando los ruidos del exterior, de la vida, con el envoltorio de plástico sobre su falda. Aparcó el

coche cerca de la casa de Ernesto, en la Plaza de Cuba, y colocó la llave del Audi dentro de un sobre y lo deslizó en su buzón. Ella se fue caminando hasta su casa.

Tras unas horas de discusiones con su padre y de intentos de hacerla recapacitar por parte de su madre, Ana llamó a Ernesto. Le contó lo que le había ocurrido y acabó confesándole que no estaba segura de hacer bien casándose con él. El no articuló palabra. Estaba simplemente sorprendido.

Cuando Ana colgó el auricular, respiró en profundidad y, ante la sorpresa de sus padres, rompió a llorar estrepitosamente. Comenzó a hacer preguntas una detrás de otra sin esperar respuesta alguna, como cuando era pequeña:

- Mamá... ¿qué pasó con Bruno el verano pasado?
- ¿Qué le dijiste cuando preguntó por mí?
- ¿Te dijo algo cuando le contaste que pensaba casarme?

Su madre la tomó entre sus brazos tranquilizándola y contestando a todas las preguntas que Ana había formulado.

Al quedarse sola, Ana sacó de su bolso la agenda de teléfonos que había traído de la casa de la playa y el envoltorio de plástico. Extrajo de él una concha grande con aristas color caramelo. Cuando le dio la vuelta, pudo leer en el interior algo que Bruno escribió aquel último verano: “No cambies nunca”. Se reprochó a sí misma haberle traicionado y tomó la agenda entre sus manos. El reproche duró exactamente hasta que oyó una voz juvenil al otro lado del hilo telefónico gritaba: ¡Bruno! ¡Es para ti, corre! Te llama Ana. Dice que es la de la playa. La Ana de siempre, la arriesgada, la aventurera, la que todavía siente tu mano sobre la suya...la de la mirada sincera y la sonrisa abierta...la de la fotografía...

Título: La confesión

Autor: Galo Enrique Silva Barreno

- Padre, acúseme soy un pecador.
 - Tranquilo hijo, te escucho.
 - Vera padre, no es fácil, he cometido algo execrable.
 - Hijo, no hay nada que Dios no perdone.
 - No esté tan seguro Padre.
 - Hijo, el amor y la misericordia del Sr. es grande.
 - Lo sé, pero seguramente cambiará de opinión cuando escuche mi confesión.
 - Te escucho hijo, te escucho.
 - Pues antes que oiga lo que le tengo que decir, por favor preste atención a esta historia, a lo mejor le interesará lo que le voy a decir.
- El Padre Rubén sentado en el confesionario se puso cómodo, procurando que el sueño no le gane puesto que a esa hora habían pocos feligreses confesándose, ciertamente que no tenía toda la tarde ya que había muchas obligaciones parroquiales, pero estaba convencido que en media hora se desocuparía.
- Me llamo Juan Cruz, desde muy pequeño fui muy desdichado, mi padre era un alcohólico empedernido, a menudo llegaba a casa y golpeaba a mi madre, como yo era hijo único él me encerraba en el baño y abusaba de la pobre mujer, podía escuchar tras la puerta sus desesperados gritos de lamento, mi infancia fue un verdadero infierno.
 - Lamento escuchar eso hijo...
 - Así pasaron esos años desgraciados para mi madre y yo, ella con mucho esfuerzo me supo dar una buena educación y con amor me formó con sólidos principios morales y religiosos, nuestro pequeño núcleo familiar se interrumpía con las constantes agresiones de mi padre, pero nos teníamos el uno al otro, y eso era lo importante.
 - Bendita sea tu madre hijo.
 - Si, ella fue una santa.
 - ¿Fue?
 - Si, al cumplir yo los 16 años ella murió de un tumor en su cerebro, los médicos dijeron que se debió al los constantes maltratos que mi padre la había propinado desde hace mucho tiempo.
 - Siento mucho escuchar eso, que el Señor la tenga en su santo seno.

- Estoy convencido de aquello padre, sé que ella es mi ángel guardián.
 - ¿Y que fue de tu vida una vez que ella murió?
 - Bueno, al suceder eso, mi padre me dijo que ahora todo cambiaría, que tendría que salir a buscar la vida en alguna fábrica o que buscara trabajo en algún sitio, puesto que él estaba siempre desocupado por su maldito vicio.
 - Justicia divina, ¿pero que hiciste hijo?
 - Bueno, al primer descuido me escapé de casa y me refugié en un albergue de los franciscanos, allí, ellos oyendo mi horrenda historia me acogieron y me dieron cobijo y educación, fueron los encargados en enrumbarme en el camino del Sr., con el tiempo ingresé al seminario mayor convirtiéndome en el Padre Luís.
 - ¿Acaso eres sacerdote?
 - Sí, y ahora usted es mi confesor Padre.
 - Como sabes, la confesión es un santo sacramento que no se le puede negar a nadie.
 - Por eso estoy aquí...
- El Padre Rubén ahora se puso más atento ya que estaba confesando a otro sacerdote, y eso no era muy común en aquel pequeño pueblo olvidado por Dios.
- Pero dime padre Luis, ¿que has hecho que te pesa tanto en la conciencia?
 - Como le dije, mi padre es un alcohólico y eso no ha cambiado, por esa razón les dije a las autoridades eclesíásticas que me enviaran lo más lejos posible y evitar algún contacto con mi pasado cruel, fue que me asignaron una parroquia muy pobre al norte del país, en realidad tenía una vida normal, aunque el pueblecillo carecía de todo al menos era rica en fe.
 - Padre Luís irse lejos no evita que te enfrentes al destino ¿no te parece?
 - Es una gran verdad porque a los pocos meses el Sr. Obispo me asignó para que me hiciera cargo de un albergue para indigentes y ancianos de la calle, en verdad lo hice con cariño y resignación, siempre tuve la vocación para el servicio y la misericordia, partí nuevamente hacia la ciudad asignado como el superior de un albergue a cumplir lo que se me había asignado, ayudar a los ancianitos a vivir sus últimos días con dignidad o a tratar de ayudarles a bien morir.
 - Fue una buena acción de tu parte Padre.
 - Eso creí yo, pero me equivoqué.

- ¿A que te refieres?

- Pues que me encontré a mi padre en el albergue.

- Santo Dios, ¿y que hiciste hijo?

Luis titubeó por unos minutos, como tratando de evitar seguir hablando.

- Te hice una pregunta, ¿que pasó?

- ... Traté de darme modos para evitar todo contacto con él, lógicamente les decía a las mojas que le den algún trato preferencial ya que me inspiraba misericordia, pero muy en el fondo de mi corazón le tenía un rencor muy enconado, El Señor sabe como rogaba que lo lleve a su santa presencia o sino que lo lleve al fondo de los infiernos.

- Es una pena escuchar lo que dices, no te olvides que es tu padre.

- Sí, pero tampoco se olvide que él fue el causante de la muerte de mi madre, y que por su culpa mi juventud fue un verdadero calvario.

- Creo desde el fondo de mi corazón que te has equivocado de vocación, no te olvidas que el perdón es una gracia de Dios.

- Es fácil decirlo Padre, usted no ha vivido lo que yo.

- Puede ser, pero si buscaste a Dios como camino para el perdón, es válido, pero si lo hiciste sólo como una forma de olvidar, te has equivocado rotundamente.

El tono de voz del Padre Rubén cambió repentinamente como tratando de reprochar el accionar del otro sacerdote, pero a Luis muy poco le importó lo que le decía y casi sin importarle lo que el otro pensara continuó.

- Todos los días rezaba pidiéndole a Dios que se lo lleve, pero para mi mala suerte seguía vivo a pesar de su paupérrimo estado de salud, a ratos pensaba que era una especie de castigo divino que continuara con vida y que debía sufrir lo suficiente hasta expiar todas sus culpas.

- Has leído alguna vez aquel pasaje bíblico que dice el Señor “*la venganza es sólo mía*”, se refiere sin duda que él es el único que pondrá justicia.

- Lo sé, pero lamentablemente mi alma quedó envenenada y aunque me cueste admitirlo, vivo con las sombras del pasado.

- Es una lástima, de mi parte no estoy para juzgarte y mi deber moral es perdonarte por lo que me has dicho...

- Un momento Padre, espere, que todavía no le he dicho la peor parte, espere.

El confesor atónito dijo

- ¿Pero acaso hay más?

Luís un tanto excitado y con la voz temblorosa prosiguió.

- Ayer en la mañana estaba dando la santa eucaristía como todos los días, se celebraba el día de nuestro santo patrono San Francisco de Asís, le iglesia estaba llena a reventar, incluso el Sr. Obispo estaba presente, la misa transcurría con todo normalidad, después de la tercera lectura procedí a dar mi perorata.

Luís comenzó a sollozar, cada palabra que decía le costaba pronunciarla.

- Valor hijo, te escucho, ten valor.

- Vera Padre... créame que no quise hacerlo... no quise.

Por un momento ninguno de los dos dijo nada, hasta que nuevamente Luís tomó la iniciativa, pero esta vez su voz era casi un sollozo.

- El medio de mi sermón alguien entró gritando, su paso era impreciso y vacilante, la gente presente lejos de alarmarse lo dejó avanzar; por el pasillo central de las bancas se acercaba, me quedé lívido al ver que se trataba de mi padre que como siempre estaba ebrio, le juro que no sabía que hacer, me quede inmóvil esperando que la santísima providencia lo hiciera desaparecer, pero caminaba hacia mí – el curita... el curita- me empezó a gritar, comenzó a reírse de mí, como tratando de ridiculizarme - el curita...- me volvió a gritar.

- Te compadezco hijo, es una lástima.

- Llegó hasta el altar, créame Padre, nadie hacía nada, sólo sé que se paró frente a mí y dijo – vean al hijo ejemplar que tengo, vean, este pobre hombre es un afeminado que me dejó a mi suerte- No paraba de insultarme y de humillarme frente a todos, fue una verdadera vergüenza... traté de no perder al calma, eso lo sabe Dios, en mi interior rogaba que se marchara, pero seguía allí.

Ahora el Padre Rubén le exigía que siga con la confesión, Luis estaba fuera de sí y no paraba de llorar.

- Si Padre, me seguía gritando, hasta que de la manera más vil se refirió a mi madre diciéndome que era una ramera y que yo no era su hijo... fue lamentable y doloroso escuchar eso...

Sencillamente Luís ya no quería seguir hablando y hasta calmarse se calló.

- Hijo, en verdad has sido un mártir, es muy terrible lo que me has dicho, a lo mejor me es muy fácil decirte que perdones pero entenderé que es muy duro lo que has pasado, creo que será mejor que oremos juntos para que el todopoderoso logre darte la fuerza que necesitas...

- ... Lo mate Padre... lo mate

El cura salió del confesionario con su rostro totalmente descompuesto, abrió la cortina del cubículo en donde se hallaba el otro cura, al espiar vio a un hombre todavía tembloroso, con sus rodillas cubría su rostro, sus manos y brazos tapaban el resto de su cuerpo, acercó su mano generosa como tratando de darle tranquilidad y trasmitirle algo de paz.

- Levántate hijo, debemos orar juntos para que Dios te sepa perdonar y luego tendremos que ir juntos hasta la estación de la policía, seguramente te andarán buscando.

- Padre, no tengo temor el ir a pagar mi crimen, mi verdadero temor es que si tuviera la oportunidad de volverlo hacer, lo haría.

El Padre Rubén lo acogió entre sus brazos y sin más palabras se dirigieron hasta el altar, se arrodillaron, y con suma humildad empezaron a rezar el salmo 23, al fondo de la iglesia estaban dos policías que pacientes esperaban que acabasen de rezar. En la calle un patrullero no dejaba de iluminar con sus luces rojas la triste noche.

Título: La sala de espera

Autor: Manuel Hoya Serna

La sala de espera no tiene nada de particular. Es igual a otras en las que había estado. En una pared, el inconfundible cuadro con las fotos de toda una promoción de licenciados en medicina. En las demás, un sinfín de diplomas que acreditan la eficiencia del profesional al que se acude. Sentado en uno de esos incómodos divanes observo a un matrimonio que se encuentra a mi lado. Ella, oronda y sonrosada, lleva puesto un enorme vestido estampado, mientras estruja su enorme bolso no para de reprocharle al enjuto marido su mal estado de salud.

La puerta de la estancia en donde se recibe a los pacientes comienza a abrirse. Una sonriente joven me indica que puedo pasar. El facultativo sentado y mirando hacia abajo habla:

- Buenas días Marcelo, siéntese por favor.
- Bien, ya tengo los resultados de las pruebas. Me dice mientras manipula unos papeles.
- Quizás debamos comentarlas...

Sin darle tiempo a que termine su explicación le interrumpo:

- Doctor, voy a morir pronto, ¿verdad?.

El médico con su aspecto de galeno inglés me mira por encima de sus gafas y suspirando profundamente vuelve a hablar:

-Me temo que así es. Tiene un grave tumor en los pulmones. Es posible que con la medicación pueda vivir dignamente durante un mes. Luego, cuando la enfermedad se haya extendido a otros órganos necesitará ayuda externa. Lo siento.

Durante un instante permanecemos en silencio. Intuyo en su mirada cierta curiosidad en como voy a afrontar esta situación. Desvelando el misterio le pregunto:

- ¿ Sabe lo primero que voy hacer a partir de ahora? .
- Lo ignoro. Manifiesta subiendo acompasadamente los hombros y las cejas. .
- No pagar está consulta. Creo que estas noticias no merecen ser remuneradas
- Es posible que también, y para satisfacer toda su curiosidad, acuda a los Sanfermines de este año.

Tras exponerle cuales eran mis proyectos de “futuro” le ofrezco mi mano en señal de despedida. Aunque parece molesto, educadamente me da la suya. Cuando me dispongo a salir de nuevo se escucha su ronca voz:

-Marcelo: Si precisa algo no dude en venir. Suerte amigo.

Como necesito dinero, acudo a mi banco.- Aunque lo único que tengo suyo es un par de bolígrafos-. El director me recibe amablemente. Cordialidad que va decreciendo cuando sabe que lo que quiero es cancelar todas las cuentas. Reconozco que abandonar esa entidad de repente y después de tanto años, puede compararse a la pérdida de un hijo. Mientras toco el fajo de billetes siento la necesidad de celebrar que por fin tengo en mi poder todos los ahorros. En el primer bar que encuentro pido una botella de champagne. Un extrañado camarero atiende a mi solicitud y comienza a rebuscar en una de las cámaras. Por fin aparece una menospreciada rubia que por su aspecto parece suplicar ser descorchada. Quiero compartir mi alegría con algunos clientes del local, pero todo el mundo tiene prisa y pocas ganas de beber. No puedo consentir esta afrenta. Mirando por las cristaleras del bar advierto la presencia de un mendigo que se encuentra sentado en un cartón sobre la acera. Camino hacia su lado y tras pararme a sus pies le expreso mi deseo:

- Por favor, tendría el placer de acompañarme a la cafetería de enfrente, estaría encantado de convidarle a lo que quisiera.

El tipo, con sus harapos, su gorro de lana y su gran barba blanca me mira alucinado mientras se toca la ropa. Parece pensar que todo es obra de algún encantamiento y de repente se hubiera convertido en otra persona. Aún así no pone reparos a mi invitación. Mi recién estrenado amigo se toma un bocadillo, tres cervezas, dos copazos de ginebra y finalmente se fuma un puro. Tras este ritual se levanta con la intención de marcharse. Antes de que se incorpore totalmente puedo sujetar su brazo para suplicarle:

-¡Espere hombre, que falta el Champagne!.

No con mucho entusiasmo el mendigo permanece en su sitio. Descorchada la botella y con las copas llenas le propongo un brindis:

-Por el día que comienza mi libertad, aunque muera pronto.

El indigente, muy ofendido, con una voz de oveja ronca me expresa su malestar:

-No señor, yo no brindo con usted. Es un ave de mal agüero. Sin decir nada más se apodera de la botella y como alma que se lleva el diablo se va alejando de mi lado...

Puesto que aún tenía la copa llena declaro en voz alta:

-Salud para todos, y que vivan muchos años.- Comienza mi cuenta atrás-

Durante varios días preparo el viaje a Pamplona. Aunque nunca he sido un valiente ahora debía demostrar toda mi osadía. Había decidido que fuera un toro quien pusiera fin a mi vida con cierta dignidad.. Lo primero que hago es comprarme el atuendo de “sanferminero”. A continuación telefono al hotel más céntrico de Pamplona. Como tengo la certeza que ya no quedarían habitaciones disponibles, es necesario hacer uso de mi escasa capacidad para improvisar. El corazón me late con fuerza de la euforia que siento.

Tras marcar él numero, escucho un educado saludo. Con un cierto acento de Gales expreso mis intenciones:

- Soy un diplomático de la Gran Bretaña y mi propósito es hospedarme en su hotel durante las fiestas.

-Lo siento. Está completo, manifiesta rotundamente mi interlocutor.

-Creo que eso tiene solución, replico con energía. En agradecimiento a su colaboración le haré llegar la suma de mil euros desde el momento en que me confirme que puedo ocupar la habitación.

A través del teléfono solo escucho moverse con mucha rapidez las hojas de un libro. Al momento, la voz del recepcionista aparece de nuevo:

- Señor, sólo podrá alojarse la noche del 7 al 8 de julio, haciendo un gran esfuerzo y perjudicando a otros huéspedes. Dígame su nombre por favor:

Como soy un dignatario Británico debo buscar un nombre acorde a las circunstancias, sin vacilar le relato:

- Arthur George Smith.

Era la primera vez que desertaba de mi nombre. - que por otra parte fue fruto de una pura casualidad-. Mi abuelo quedó tan impresionado al ver en el cine “ Marcelino pan y vino” que propuso para mi bautizo el nombre de su protagonista. Mi padre que no era hombre de discutir mucho y sabiendo que el abuelo estaba ya muy consumido no le puso impedimentos a

su deseo. Cuando mi progenitor fue al registro no recordaba el nombre, debido en gran parte a la parada previa que hizo a la taberna, y dudaba si era Marcial o Marceliano. Para asegurarse pregunto a varias personas por el nombre de un niño muy bueno que vivía con unos frailes. Los allí presentes no sabían a que se refería, hasta que alguien, igual que en el bingo, gritó:

-“Marcelo pan y vino”.

Mi padre al oírlo lo dio por bueno. Además al escuchar la palabra vino no tuvo más remedio que de regreso hacer otra visita a la morada de Baco. Mi abuelo nunca se dio cuenta del cambio, aunque él siempre me llamaba Marcelino.

Me gusta recorrer la ciudad a pie. Procuro no pensar y disfrutar de la efímera libertad que se me presenta. Una tarde, en uno de esos largos paseos observo el letrero luminoso de un lujoso local de alterne. La verdad es que nunca antes he tenido la curiosidad de entrar en un sitio de estos, pero desde que mi novia me dejó hace seis meses no había yacido con hembra. ¡ Oh, mi amada Beatriz!. Nos conocimos hace dos años en un café. Entre sollozos me expreso su aflicción. Acababa de romper con su pareja porque ya no había amor y quería ser libre. Tras escuchar todo el periplo con su antiguo novio la propuse otro encuentro. Ese fue el principio del fin.. Estar con ella era intrigante. En cada cita siempre pensaba “Marcelo hoy te deja seguro”, luego nos reíamos, retozábamos y hacíamos el amor. Pero de pronto cuando todo parecía que iba a ser diferente me daba un beso en la mejilla de despedida y me decía que no me hiciera ilusiones, porque ella era un alma libre Era tal la obsesión que tenía con la libertad que cuando miro al cielo creo verla volar majestuosamente.

Tras traspasar la puerta del local y sentir la mirada inquisidora del portero penetro en aquel lascivo lugar. Intentando disimular mi falta de experiencia me dirijo con aplomo hacia la barra para pedir un güisqui con hielo.

Al instante y sin esperarlo, siento como una delicada mano se posa en mi hombro. Luego una voz suave me dice:

-¡Hola guapo!, ¿Me invitas a una copa?.

-Claro, claro, que quieres, mascullo nerviosamente, a una joven mujer de pelo rubio, ojos verdes y escasa ropa.

-Un tequila mi amor.

Los resortes más íntimos del cuerpo comienzan a activarse de forma involuntaria. Instintivamente bebo de mi copa un prolongado sorbo que me provoca una gran quemazón en él estomago.

-¿Cómo te llamas?. Vuelve a decir.

-Marcelo, señorita.

-¡Que bonito! .Murmura sin mucho entusiasmo.

-Gracias, se lo debo en parte a mi abuelo.

La joven esta ya tan cerca que puedo sentir sus pechos. Acercando sus labios a mi oído comienza a susurrar todas las cosas que puede hacerme: un francés, un griego, una cubana, un masaje tailandés, una lluvia dorada, un completo...

Ignoraba que en estos sitios estaba tan presente la exaltación patriótica. Como no volvería a tener una experiencia igual, prefiero ser solidario con todas las naciones y le solicito un completo. Tras pasar por caja, iniciamos la subida a la habitación de Eros. -Aunque una vez dentro, más bien parece una celda donde la lujuria se acababa de fugar -

Sin darme cuenta, tengo ante mi una imponente hembra totalmente desnuda que fogosamente suspira:

-Cariño, olvida la timidez y enséñame tu cuerpo.

-Espera un poco, quizás si hablamos antes. Balbuceo ingenuamente.

La mujer con gran soltura se va aproximando. Yo por el contrario sudo abundantemente. Me encuentro mas sobresaltado que excitado y para evitar lo inevitable antes de que me baje el calzón la imploro:

-¡Prefiero una lluvia!, ¡ Por favor una lluvia! .

Por un instante parece indecisa pero como buena operaria rápidamente sabe como actuar y sin poner ninguna objeción dice muy sumisa:

- Tus deseos son ordenes, cierra la boca y los ojos cariño, que vas a disfrutar.

Ignorando lo que me espera, durante un instante me encuentro relajado. Sosiego efímero al sentir sobre mi cara un formidable reguero de agua tibia. ¡Era pis! . Estoy confuso. He pagado para recibir orines, arrojados además con tanta saña que casi me ahogan. Bruscamente aparto a la mujer que se encuentra en cuclillas sobre mi cabeza. Lleno de ira

me seco la cara y me pongo la ropa. Avergonzado y sin mirar a nadie me escabullo de aquel lugar. En mi huida, siento un fuerte dolor en el costado. Me detengo. Algo va mal.

Mi condición física en cuestión de días ha sufrido un quebranto notable, pero me resisto a acudir a ningún especialista. Combato los dolores con unos medicamentos tan fuertes que por momentos casi me hacen perder la conciencia. Contemplar la ciudad de Pamplona preparada para sus fiestas hace que me olvide por momentos de mi desdicha. Desde los grandes ventanales de la habitación puedo ver anochecer y sentir la levedad del tiempo. Tras una buena dosis de pastillas puedo dormir durante unas horas. Antes del alba me encuentro abriendo la maleta donde esta mi vestimenta para honrar a las parcas. Sobresaltado compruebo que no contiene mi ropa. Esta equivocación del equipaje trastoca seriamente mis planes. Nervioso me dirijo a la cafetería del hotel. Con una gran desazón intento ordenar mis pensamientos. Solamente logro escuchar el sonido metódico que hace una mujer mientras limpia unos cristales.

Súbitamente me levanto para hablar con ella.

-Perdone, me gustaría hacerla una proposición.

- A que se refiere el caballero. Replica la mujer con aspecto de domadora de tigres

-Vera usted, quisiera que me diera su ropa y...

No puedo decir nada más porque ya tengo metida su fregona en mi boca.

-¡No será usted uno de esos pervertidos! .Ahora mismo llamo al gerente. Manifiesta soliviantada.

-¡No por favor!. La puedo decir a duras penas, mientras saboreo el condimento de la fregona.

-Lo que quiero es comprarle su ropa de trabajo por seiscientos euros.

La mujer al oír la cantidad parece confusa, no logra entender tanta generosidad repentina. Todas sus dudas se disipan cuando tiene en sus manos el dinero prometido. Sin hacer ninguna pregunta se cambia de ropa para proporcionarme su immaculado atuendo. Ya en la habitación y tras redactar mis ultimas vivencias, escribo como epilogo:

7.00 : Comienzo a vestirme. –el uniforme me queda sumamente estrecho-

7: 15: Me pongo como pañoleta un trozo de las cortinas color Burdeos.

7:20: Tomo más pastillas.

7: 30 Me miró al espejo y suspiro...

DIARIO DE NAVARRA: 08-07-07

Ayer, día de San Fermín se produjo la muerte de un hombre durante la celebración del primer encierro. Al parecer, se encontraba en el tramo de la calle estafeta. Según testigos presenciales, la persona citada comenzó a correr atolondradamente antes de que sonara el chupinazo. Tras haber recorrido unos cien metros cayó desplomada al suelo. Es posible que se trate de un trabajador del equipo de limpieza, aunque dado lo ridículo de su uniforme ponen en duda esta afirmación. Los servicios médicos certificaron que la muerte se había producido por una parada cardíaca.

DIARIO DE NAVARRA: 09-07-07

Ayer, fue identificada la persona que murió en el encierro. Se trata de un varón de nacionalidad española que se corresponde con las iniciales MSP. Se hospedaba en un céntrico hotel de la ciudad. Entre sus efectos personales se ha encontrado una cantidad considerable de dinero en efectivo y un diario que comienza diciendo: La sala de espera...

Título: La crónica luminosa

Autor: Manuel Gil Fornell

Encajonada entre la ciudad y el horizonte mediterráneo de su litoral, la barriada de pescadores, componía un desmadejado ovillo de calles estrechas, arenosas y polvorientas, enmarcadas por umbrías casapuestas precediendo a patios de vecindad y un centenar de barracas construidas sobre estacas en la arena, con techos embreados y revestimiento aplanado por dentro. La barriada olía a salitre, brea y olvido.

Mediaban los agitados años setenta cuando a este modesto y humilde rincón marinero volvió el viejo maestro de escuela don Pablo Cabezón, intelectual de la España peregrina que llegó a ser profesor emérito de la Universidad Autónoma de México. Como todos los exiliados, don Pablo, regresó a ese ayer donde se sitúan los recuerdos con la seductora imposibilidad de retomar la vida donde la había dejado.

Era don Pablo Cabezón un caballero atildado, de talla menuda y faz enmarcada por una barba toda blanca que le daba un aire de serena apariencia. Mas, su andar, causaba sensación de vigor. Daba los pasos con el balanceo propio de los hombres de mar.

Don Pablo era, además, un conversador entretenido y hombre que siempre hacía gala de su soltería absoluta. En sus largos años de vida nadie le había conocido una aventura con fervores sentimentales. Desde su primera juventud la única pasión o perversión conocida de don Pablo fue su persistente empeño en esclarecer los orígenes de la ciudad.

Manténía don Pablo, contrariando a las fuerzas intelectas del municipio, que la barriada, cuyo génesis remontaba a épocas pretéritas, dio origen a la ciudad y posterior nacimiento a su núcleo urbano. En apoyo a su tesis, don Pablo entretenía el tedio de la soltería allegando unas monografías pródigas en indicios y referencias, poco amenas si bien documentadas, que mandaba editar por su cuenta, las distribuía gratuitamente en los círculos algo intelectuales de la ciudad y que casi nadie leía.

Como escritor prolífico, don Pablo también había cumplido con el mundo histórico local escribiendo numerosos artículos eruditos en la revista “Revelación”; publicación para bibliógrafos inquietos que sostenida por el Ayuntamiento editaba la Fundación Local de Investigadores del Patrimonio Ancestral (FLIPA). No obstante, las continuas polémicas con don Narciso Montoro, a la sazón Presidente de la Fundación, por todo lo pertinente a la

investigación de la historia local, había originado una notoria enemistad entre los dos prohombres.

Y es que la teoría del viejo profesor era considerada por don Narciso, sin esa delicadeza tan bien vista en el mundo cultural, algo descabellada y de toda forma inaceptable por su carencia de argumentos sólidos. Y sin adarmes de hondura histórica, el inflexible Presidente, escudado por la opinión dominante de los historiadores locales, databa el nacimiento de la ciudad en la primera década del siglo XIX con motivo de la destrucción de las fortificaciones que durante un siglo la habían encorsetado como plaza permanente de guerra.

Ante este postulado, tan ceñido a la edad moderna de la ciudad, don Pablo, indulgente con todo el mundo no lo era en absoluto con don Narciso y sus prosélitos a quienes hacía recurrente objeto de mordaces críticas por su limitada extensión cultural que, al decir del viejo profesor, demostraban con tan sucinta teoría.

Don Narciso Montoro tenía un carácter severo y gruñón, una esposa gruesa, unos mostachos hidalgos y una cabeza rotunda en la que ostentaba una calva presbiteral. Influido, probablemente, por su alma de antiguo alférez de carabineros, evidenciaba en todos sus actos una completa carencia de sentido del humor. Su concepto del deber, estrecho y acartonado y no pocas veces desmedido en los tiempos imperiosos del estraperlo, era un mal recuerdo que aún latía en la ciudad y, naturalmente, le había inhabilitado para anudar amistades vecinales.

El mundo cultural de don Narciso se limitaba al recuerdo de aquellos años grises que pocos en el pueblo querían recordar. La aparición de algunos artículos suyos en el diario local y dos veces al año en la revista que edita el Ayuntamiento por feria y navidad, le había aportado en su selecto círculo de amistades, compuesto en su mayoría por militares nostálgicos de patrias irredentas, una fama de patriarca indiscutible de la historia local.

Sin embargo, pese a estos vientos triunfalistas, la teoría del viejo profesor engendraba en don Narciso un cierto temor a ser considerado como un simple escribano de leyendas pueblerinas. Aquella confusa posibilidad le había sumido en un perenne estado de inquietud que desencadenó en su cabeza todo tipo de conjeturas: imaginaba críticas acerbas, creía percibir miradas maliciosas y se obsesionaba con la idea de perder fama y prestigio.

Esta quiebra mental había aventurado a don Narciso, lupa en mano, al estudio compulsivo de las escasas memorias antiguas de la ciudad. Tan incontrolada dedicación le enredó en un

fondo caótico de información del cual salió con la sensación de que una luz interior había iluminado parcelas desconocidas de su intelecto. Después de esta revelación, tan vinculada a la alta investigación histórica, don Narciso se sintió elegido para salir al paso de ciertas corrientes de opinión, poco fundamentadas, según el indignado investigador, que cierto historiador había propiciado con disparatadas teorías.

Desde entonces las batallas verbales entre los patricios locales y sus respectivos seguidores dieron paso a sarcásticas trifulcas epistolares que profusamente circularon por la ciudad. Este suceso local, que no era cosa que mereciera mucha atención, llegó hasta el punto de dividir al mundillo intelectual en dos bandos, a los que el pueblo apodaron “*los flipaos*” y “*los corrucos*”, en clara alusión a la ilustrada FLIPA los primeros y al molusco bivalvo autóctono de estas costas los segundos. En cada una de las partes había un vociferante, uno o dos transigentes y un número no determinado de beligerantes que radicalmente enfrentados y agotados sus argumentos aprovecharon la ocasión para desenterrar antiguas rencillas y ponerse como los trapos.

Y así, entre los comentarios jocosos del vulgo y las interpretaciones burlescas de aquellos que desprecian de forma irreverente a la cultura, empezó a limitarse a poco más de tibias referencias la importancia y magnitud que suponía aquel litigio para la historiografía local. Con todo, y aún consciente del poco entusiasmo que demostraba el pueblo por la significación de su pasado, don Narciso y sus devotos no daban tregua a su afán divulgativo y de salvaguarda de la historia local. De forma que con una extensa producción literaria cristalizaban en el boletín el fruto de sus indagaciones: doce fascículos del estudio *La arquitectura militar del siglo XVIII como elemento de datación de nuestros orígenes* y nueve entregas de la *Guía razonada para la posible localización de fortines, atalayas y troneras contemporáneas hoy desaparecidas* eran entre otros memorables escritos, los borbotones de cultura que expandían por el pueblo que, así y todo, creaban un inmenso tedio intelectual abonado por la indiferencia del lector accidental. Igual o parecida suerte corrían las publicaciones de don Pablo a pesar de incluir una página de obituarios locales con fotografías recordatorias de los finados.

Este apático interés por la cultura iba a quebrarlo, precisamente, un artículo debido a la aguzada pluma de don Pablo titulado *Excelencias y utilidades de la Crónica Antigua*. El

versado autor, con estudiada floritura estilística, ensalzaba en su escrito a los cronistas de la baja edad media. Gracias a estos pacientes y meritorios escritores, venía a decir, había descubierto en un recóndito archivo un Códice, sin numeración ni marcas aclaratorias que, ante su grata sorpresa, contenía una crónica anónima supuestamente derivada de un original latino y transcrito al romance o lengua vulgar. En dicha crónica, al decir de don Pablo, se recogían inéditas noticias que hacían especial mención a una aldea cuyo enclave estaba enmarcado, ya en aquella oscura época, en el mismo ámbito geográfico de la actual barriada de pescadores.

El sorprendente escrito circuló por los cenáculos ilustrados donde se hicieron críticas y perspicacias que daban pábulo a diversos comentarios. Verdad es que la polémica se complicó con las antipatías y rencillas personales o pasiones políticas de los denominados irrespetuosamente *flipaos* y *corrucos*. Unos afirmaban que tal código no pasaba de ser una leyenda fantástica e imaginaria. Otros elogiaban el hallazgo como un rico caudal de noticias para los anales locales. *Por lo demás* -apuntaba el editorial de un diario declarado independiente- *es necesario que las rencillas políticas y personales se dejen a un lado ante cualquier posibilidad que nos lleve a solidificar nuestros orígenes...*

Mientras estas consideraciones sucedían, el escrito de don Pablo, que en principio había acaparado el interés de unos pocos, fue cediendo parte de su protagonismo a una sucesión de artículos en los que con ameno aire novelesco el notable historiador recorría episodios históricos que cautivaban a los lectores.

Aquellos acontecimientos no pasaron desapercibidos para el Sr. Alcalde, don Hortensio Cañabate; uno de aquellos especímenes elevados por el gobernador civil a la dignidad rectora municipal sin más méritos que su inquebrantable fidelidad al régimen.

-Vive tan en su mundo de papeles viejos que no se da cuenta de lo demás -le dijo el regidor a don Narciso en su despacho bajo un retrato del Generalísimo que miraba al vacío- usted, Montoro, no tiene en cuenta que el momento histórico exige mucha prudencia.

Y con voz pausada y cautelosa añadió:

Debemos demostrar que este pueblo está habitado y, sobre todo, regido por gente moderna, dinámica y abierta a los nuevos tiempos. Nada de polémicas, nada de escándalos con mesías liberales que dentro de poco hasta pudieran ser líderes comunitarios. Recorro, pues, a su íntegro y arraigado principio de la disciplina -siguió diciendo el regidor con voz patriarcal y tono

conciliador- para sugerirle “acercar posturas” con don Pablo, aunque eso le pueda resultar un tanto humillante.

Dicho esto, abrazó al impresionado don Narciso, y con voz rota por la emoción, le dijo que para acabar con tan lamentable asunto había tomado las disposiciones oportunas para convocar la presencia a un pleno extraordinario de las autoridades civiles, religiosas y militares; destacadas figuras del mundo intelectual, presidentes de Asociaciones de Vecinos y Asociación de la Prensa.

Reunidos los prohombres en el Salón de Plenos del Consistorio, aunque todos sabían por experiencia que se llevaría a cabo lo que la autoridad decidiera, coincidieron por unanimidad en levantar acta haciendo acreditar la constitución de aquella sesión plenaria como un referente de independencia y modernidad.

Que don Narciso obedeció a pies juntillas la sugerencia del Sr. Alcalde y aparentó que estaba con las nuevas corrientes, estriba en su discurso que con reseñas elogiosas fue publicado y divulgado en el boletín de la Fundación y de cuyo texto, entre otras vanaglorias, resaltaba este fragmento:

-He de hacer constar que la celebración de esta sesión extraordinaria se debe al mandato conspicuo del Sr. Alcalde, cuya ejemplarizante sensibilidad con el prestigio de la ciudad me inspiró la investigación que elaboro sobre la historia local. Con ese tributado impulso inicié un estudio detallado de reveladoras noticias allegadas por un prestigioso historiador local que, sin duda, marcan un hito cultural en la historia de la ciudad...

Y sin ambages, don Narciso terminaba su soflama expresando la gratitud al Sr. Alcalde por la acertada propuesta de designar a don Pablo Cabezón, Archivero-Bibliotecario de la Ciudad. Sometida la propuesta a la consideración del pleno, apenas hubo debate. Y en la hora escasa que duró la sesión se decidió y decretó el nombramiento.

Estas novedades implicarían un cambio sustancial en la vida de don Pablo. A partir de entonces vivió a expensas del municipio, lo cual no fue nunca en la historia política algo insólito. Pero al margen de ese dato malicioso que, por otra parte, alivió hambres antiguas al meritorio historiador, también le supuso dejar de lado la polémica y el desdén para desenvolverse con oficio y talento por los callejones oscuros del pasado. Con esta empresa

logró proporcionar un delicioso repertorio histórico que tuvo como parámetro relevante a la barriada de pescadores como primigenio asentamiento poblacional.

Un atardecer, mientras las campanas de la ermita sonaban con ecos tristes, don Pablo se murió, siempre como un gran señor, oliendo a agua de colonia y en fragancia de santidad cultural. Tras su repentina muerte, cabe mencionar que de entre tantas referencias, notas históricas, planos y mapas que forman el compendio excepcional de todos sus conocimientos, nunca apareció, ni por ensalmo, el original de la porfiada crónica.

Esta ausencia fue motivo para sembrar la semilla de la duda y crear cierta desconfianza sobre la veracidad de su hallazgo. Algunos aventuraron la malévola posibilidad de que aquella revelación podría haber sido el principio de una estratagema urdida hábilmente por el difunto para llamar la atención de sus lectores o para desquiciar a don Narciso. Conjeturas que, en realidad, carecieron de importancia. Porque sean cuales fueren los propósitos de don Pablo, nadie puede poner en duda el hecho, tan cierto como valioso, de que aquella enigmática crónica fue el punto de partida de un camino luminoso por el que corrieron gozosos hacia su identidad aquellas gentes que nunca supieron, o no quisieron saber, que su pueblo se había asomado al balcón de la historia como aldea de pescadores; que su pueblo surgió como uno de los múltiples asentamientos fenicios de la populosa Carteia – aunque esto no está demostrado y fue suposición livianamente fundamentada de don Pablo-; que fue paso obligado de aquellas tribus norteafricanas que escribieron páginas caudalosas en la historia de al-Andalus; que su posición estratégica, a un paso de la frontera del reino nazarí y a un tiro de piedra de Gibraltar, la convirtió en honorífico escenario de seculares batallas y múltiples asedios. Y que, durante esos episodios, en sus arenas lucharon monarcas cristianos y caudillos moros, se maduraron pactos y se urdieron históricas traiciones; que en sus mares, empujados por las mareas, perecieron ilustres caballeros de florida edad y nobleza. Y que en la sierra que circuida la ciudad había una torre, y puede que aún permanezca algún vestigio, donde la desdichada doña Leonor de Guzmán vio pasar el cadáver de su amante el rey Alfonso XI, víctima de la más devastadora pestilencia de cuantas hasta entonces se había conocido...

En esta mañana, curiosamente, las olas apenas son adormiladas ondulaciones. En el cielo andan enredados harapos de nubes negras con las brasas de un sol pálido cuyo calor no llega ni a los huesos ni a la esperanza. La brisa transparente y fría de este otoño desgüeñado no amilana a don Narciso que, como todas las mañanas, se acomoda con un desplome de huesos en uno de los bancos de piedra que separan a la playa de la barriada de pescadores. A este lugar, suave a la mirada y al recuerdo, vienen huyendo de las sombras pescadores viejos curvados por el remo y abuelas enlutadas con surcos de vejez y rodetes gastados por la vida.

-Debería saber, Bernardo, que por aquí entraron todas las civilizaciones. Los fenicios fueron los primeros; es probable que desembarcaran un día con brisa floja de levante como hoy.

Y don Narciso señala con el paraguas a la playa, a las deslucidas embarcaciones encalladas como alfanjes en la arena y a unos pescadores que remiendan redes junto a un coro de gaviotas que grazna bajito.

-No es brisa de levante, sino viento de boga. Y, además, trae lluvia.

Bernardo, el pescador viejo fuma tabaco de picadura negra sentado sobre el banco de piedra helada y apunta con la nariz hacia las nubes y a la mar lisa como un espejo que refleja la claridad empañada del cielo.

-Los fenicios fueron los primeros en llegar a este lugar. Lo hicieron en sus naves de cincuenta remos, llamadas pentekonteras.

-Dentro de poco tenemos lluvia.

Don Narciso mira hacia el viejo pescador y por un momento olvida a los fenicios para aconsejar:

- Bernardo, se va a quemar los labios. Tire la colilla, hombre.

- Ya mismo, agua.

Y Bernardo no tira nada. Para eso tendría que sacar las manos del bolsillo en donde se calientan las cansadas huellas dejadas por la artrosis, los anzuelos y el remo.

-Volviendo a los fenicios, debo decirle, que aquí construyeron un puerto y una factoría de pescados.

Bernardo se anima.

-¿Está seguro? – pregunta Bernardo con cierto tono de duda-

Don Narciso se desconcierta.

- Verdaderamente convendría que yo investigara, Bernardo, ese aspecto. Acaso como usted insinúa, no llegaron nunca a construirse.

En ese momento los viejos y viejas se levantan con un cierto apresuramiento que nadie habría podido suponer. Ha caído una gota de lluvia que todos han percibido. Por eso ya están en pie y comienzan a despedirse con ademanes diligentes, porque la lluvia que trae el poniente pone vida en lo más muerto.

La tropilla de gente vestidas de negro, van dejando vacío el lugar. Don Narciso despliega el paraguas, se sube el cuello de terciopelo gastado de su abrigo negro y sosteniendo su carpeta de colegial, vieja y seguramente entrañable, se aleja con sus piernas que casi no le sostienen mirando hacia la playa gris y hacia el mar ahora de un color azul desmayado.

-Es emocionante pensar que aquí estuvieron los fenicios...

Título: Pipismo

Autor: Horacio Ríos

Cuando uno llega a una ciudad nueva, no sabe el valor que tiene su trabajo.

Franz Kafka (Diario II)

17 de septiembre de... (a.m.)

Un pensamiento presuroso es factible que premie a un joven en su devenir, en este amanecer valioso para huir de la desocupación que existe en su natal Villa Constitución. Importa creer que un muchacho santafesino resignara al venerado río Paraná. Cautivo de su suave y templado temperie.

Junto al empacar se lo ve llorar al resucitar su niñez desvalida.

El nacer campero en un crío deja su esencia, descontado si los entes curvados y desamorados padres se han borrado. Asina subsistió en las inmediaciones del arroyo Pavón.

17 de septiembre de... (p.m.)

¡Pavón!... Batalla que por estos campos un 17 de setiembre de 1861... decidió el triunfo de las fuerzas porteñas conducidas por el General Mitre.

A través de un misterioso empuje recorre 256 kilómetros adónde se arrima en un día domingo acelerado a Buenos Aires. Alberga a préstamo transitorio en el calado de un cochitril de la aguada Avda. Rivadavia al 1900. No come, no obstante escribe una carta en demanda de trabajo para llevársela hipnotizado, y en persona a Mitre... Menea hacia el bajo y aparece suspendido en la vivienda de la calle San Martín 336... Son las cinco de la tarde... No atina a creer que influirá ese santuario para romper el gualicho, y dejar así su pedido sobre el escritorio, “de persona a persona”; pues se murmura que el espíritu del general ronda detrás, en los días no laborables.

18 de septiembre de... (a.m.)

Recibe un telegrama del General Mitre en el cual acepta su connotación y le indica: “La tal “tirada de manga” es publicada hoy, 18 / 09..., en mi diario “La Nación”, gratuitamente, para compensar la mala circunstancia que atraviesa un oriundo de aquellos campos gloriosos”.

21 de septiembre de... (a.m.)

El ahora ahuesado infeliz espera, no mastica ni se asea, y con una barba prototipo de cacería llega así al: ¡Día de la primavera!... Dice: ¡Viva la consumación! Al mismo tiempo que oye una púber jácara proveniente del Monumento a los dos Congresos, rasga chiflado de

alegría aquel envoltorio que brota su nombre a modo de destinatario: Sr. Secuela. Mira y exclama:

-¡No lo puedo creer! característico del más allá... Efectivamente esta timbrado y procede de Córcega, de su capital: Ajaccio. Se contiene, no la abre, sino rompe. “Tranquilo Sr. Secuela” se dice a sí mismo. Contempla deslumbrado el completo y lujoso espectáculo de bellas y variadas pipas, fotografiadas perfectamente, acompañadas por un inmenso material escrito en excelente papel a varios colores. Por apresurado, cambia de semblante y vocifera:

-La puta... ¡Polémico escrito! ¡Maldito italiano!... Cuando intenta escapar para conseguir un traductor, se da cuenta al remover las hojas que también lo conformaron "en argentino". Despreocupado y corajudo deja pasar renglones que considera inútiles. Al tanteo lee: “Muy señor mío usted es prácticamente vendedor único en todo su país de nuestras pipas “Napoleón”; fabricadas artesanalmente por nosotros, somos un grupo de fanáticos y peregrinos de una raíz muerta, la de brezo. Arbustos que rodean el lugar donde nació nuestro héroe: Napoleón de Ajaccio. Consideramos que ustedes -los argentinos- están atravesando el más grande movimiento intelectual de los últimos años. Ventajoso status económico. Hay visión de invadir el mercado de pipas... hacer una formación de vínculos entre el humanismo, el pseudo y el pipismo. Sino receptamos recusación suya Sr. Secuela, tendrá noticias rápidamente.

26 de septiembre de... (a.m.)

Jornadas en las que queda sumergido en una agonía viviente de ensueños y registros anodinos hasta esta mañana... Tras los golpes que da un mensajero privado, se levanta, da el visto bueno y firma la constancia de “Entregada”. Al retirarse el repartidor el Sr. Secuela queda estúpido, carga con los brazos extendidos el envoltorio. Al desenmascararlo halla delirantes pipas “Napoleón”. Se entristece a razón del momento; ya debe olvidar la “Colonia Inglesa”. Integran un destacado trabajo artesanal. Revé maravillosos trozos de madera: cazoletas de dioses, vástagos trabajados milimétricamente, y atestiguando diferentes obras maestras de boquillas sin par. Presentadas en lujosos estuches con nombres inconfundibles: Zulú, Canadiense, Dublin, Príncipe de Gales, Square Chimmery y otras.

Abandona su avidez, devora un sedante y se acuesta.

27 de septiembre de... (a.m.)

III Certamen de Narrativa Breve “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón”

Se ducha y afeita muy temprano. Elige lo mejor del ropaje de la mezcla resultada por el apurón. Sale presto, y coloca cada una de las “prima donna” en el interior de un obsequioso maletín francés, remitido desde Córcega.

Durante el viaje efectúa un estudio retrospectivo de lo leído, añadiendo lo que había madurado en esas largas noches de luna llena. Cual un auto examen: se pregunta, se reprocha, se replica, se ordena, se contesta, se indaga. ¿Convenceré con provecho alegando así?:

-Mírelas bien, hábito que no crea aburrimiento...

-Es un producto para pocos...

-Esta pipa es compañía e igualmente satisfacción...

-Hay cortas, livianas y fáciles de transportar sin emplear las manos, al mantenerse prensadas con los dientes...a pie firme, para lectores puristas.

-Para usted, están las largas, que separadamente se saborean mejor, son más distinguidas. -!Qué sensación de dominio tendrá al poder disfrutar algunas de éstas en sus dedos...!

-Mademoiselle, pruébela, se dice que la Marquesa de Pompadour era una empedernida fumadora de pipas, dominó una colección de 300.

1de

octubre

de...(a.m.)

En tanto que doña cantinela va y viene, el Sr. Secuela asombra en el mes de octubre. Nombrado: El Emperador de las ventajosas pipas "Napoleón". Excesivas sumas de dinero envía a la isla de Córcega –resto de sus ganancias. De allí parten enormes cajones de pipas para restablecer sus faltas. Momia que emplaza y surge como arquetipo en tapa de la revista "Caras", fumando pipas "Napoleón"

Pita en vida de exhibicionista con pipas apagadas, pero... (¡Qué conjunción adversativa y diabólica fue para el Sr. Secuela!).

15 de octubre de...(p.m.)

Domingo de “presentar las armas” el Sr. Secuela despliega una pipa que representa un estilo Waterloo 1815, una auténtica pipa británica de la isla Santa Elena. Apetecedora, pues

traspasó 1.800 kilómetros, incluso la costa de África, y arriba para ser la taita en Buenos Aires. Conforme a la inscripción, era de una antigüedad de 180 años. Se la muestra a una futura compradora, singular dama de antaño de la sociedad porteña quien le cuestiona:

-¡Ay! ¿Usted no sabe que el fumar es mudarse a otro plano? Por favor, le pido que haga una fumarada con tabaco selección inglés importado... préndala ya, que quiero oler el humo de las hebras de esa mezcla... antes de tenerla yo; verla a la vez al rojo infierno y luego sí, embriagarme al pitarla.

El paria le hace caso, de esta forma lleva a su virgen boca ese instrumento enigmático. Con el fuego necesario la prende y da una chupada de amigo. Al instante que chupa, vuelve a chupar... sigue chupando... Ella ve (asustada) que esta poseído. Continúa al unísono el chupetón tal un lunático confundido. Personaje que, en un momento determinado - descontrolado- se abalanza sobre ella -ésta grita a más no poder. Y junto que le arranca la parte superior del vestido le rompe el corpiño... llegando a las mamas. Continúa chupando... a mordiscones le hiere sus pezones. Convierte en segundos -el todo- en una escena sanguinaria. Ex-profeso, el tercer domingo de octubre: día de la madre. ¿Germen de una causalidad?

18 de octubre de...(a.m.)

Se despierta acostado en una camilla, siente que sus manos están atadas, con dolor en los glúteos, “por los sedantes” piensa. A su lado, sentado, un aparente profesional con traje y corbata, posiblemente al advertirlo desvelado le explica:

-Perdón total le piden los ingleses que le enviaron “a prueba esa pipa”. Justifican que había sido un regalo de Napoleón homologando a uno de sus soldados por no fumar. De lo pasado le disipo: Que al encontrarse con un cambio de ánimo al por mayor y al chupar... usted, en forma irresistible se dirigió hacia caminos desconocidos de la inconsciencia... arribó a vivir el pasado, y saltó “el lactante”. El niño que nunca tuvo una teta materna. Acarreó un ataque de desquite. Con un largo tratamiento se recuperará. Sepa que es un vago más.

20 de octubre de... (a.m.)

El magistrado actuante de urgencia considera: 1º) Al hecho consumado se lo debe juzgar considerando que el episodio regresa en forma paralela al arrastre transcurrido hace aproximadamente treinta días. 2ª) De acuerdo al profundo estudio se detecta, el carácter del

Sr. Secuela apodado desde este instante: “El Problemático”. Se disipa que el naciente tipo no es el caso usual de: “el hombre en sí, no innova. Posible y cierto en otras circunstancias exactas, específicas o desconocidas”. En consecuencia éste es el proceso del Sr. “El problemático”. Con padres, sin el envío británico invasor, sin la dama provocadora; el Juez alega que: por estar fuera del estado regular no es factible de esta manera evitar no hacerle: “sacar de quicio a uno”. 3ª) Dicho y hecho del Sr. “El Problemático” asegura el pago ante mi presencia, a la damnificada, el costo de la operación, y para mejorar su belleza contará con la técnica a base de siliconas, y de yapa va su jeta. 4ª) Con índole de excepción por ser día feriado (de la Raza) postergado -Ley 23.555, del día 12 al 20 de octubre -"en la República Argentina"- y en calidad de cuestiones atenuantes, se dicta la sentencia definitiva: Justicia de Pilatos; con alcohol etílico al 70%.

Salvando la obligación de la posología a seguir, dada por un idioscópico:

R/p

“Distraer y divertir el psiquismo del Sr. Secuela “El Problemático” que hoy es un rompecabezas. La medicación exitosa es por medio de la programación de los canales televisados. Recibir por horas imágenes a corta distancia, de un aparato inofensivo llamado: televisor”.

20 de octubre de... (p.m.)

Inmediatamente le desatan las manos. Para hacer efecto el remedio se enciende la matraca. Brota de la pantalla alguien sosteniendo en una de sus manos una pipa de plata “Napoleón”, espécimen religiosa. Mide -a ojo- que la misma posee alrededor de un metro ochenta centímetros de longitud total. Ese alguien no es un voluntario para encenderla, se equivoca, sino su Excelencia el Sr. Presidente de la Nación: don Capicúa. Por carambola, oye que emite con su habitual palabreo, el homenajear a los conquistadores españoles de esta suerte:

-... ¡Qué mejor augurio en este día de conquista!... Felicitar a mis argentinos desocupados, ¿por qué? porque ¡triunfaremos!... ¡Vamos a pulverizar a los occisos!... Síganmen...

En tanto que apaga rápidamente ese ente rectangular que siembra el arte de la revelación, sufre una oleada de síntomas por lo de “occisos”, que había escuchado del Sr. Presidente. El Sr. “Problemático” se pregunta: “¿Soy un occiso y no un ocioso?”

Retorna el Sr. Secuela, habla y debido a una causa inesperada insonora indefinida logra clamar:

-¡Enfermera!... ¡Enfermera!... ¡Pronto!... quiero una pala para construir mi propia fosa...

Título: Pastelillos de aire

Autor: David Villar Cembellín

I.

Rodrigo se moría. Problemas con un corazón que amenazaba con dejar de latir. Su familia le llevó a un hospital, donde constataron este punto. Rodrigo se moría, rápido, inexorablemente.

- Ernesto, tienes que venir –llamó a España su hija mayor-. Cuanto antes. Mi padre se muere.

Ernesto compró esa misma tarde un billete de avión para Bélgica. Rodrigo se moría.

II.

Cuando entrevieron que las cosas se pondrían feas para los republicanos -y más tarde, con la caída del Frente Norte, se pondrían feas de verdad-, los padres de Rodrigo y Ernesto decidieron mandarles fuera, al extranjero. Ambos eran cargos electos por el bando republicano en sus pueblos, vascos para más señas, y quisieron de esa manera alejar a sus hijos de cualquier represalia.

Así, sus padres les metieron en un autobús con una maleta llena de ropa y les hicieron abandonar sus pueblos. Cruzaron la frontera cerca de Irún, atravesaron Francia, cogieron un tren que les llevara a Bélgica y entraron en Amberes. Allí les esperaba un miembro del Partido Socialista Belga, un camarada, que a mediación de las *Femmes Prévoyantes Socialistas* les acogería con su familia.

No contaban Rodrigo y Ernesto ni diez años cuando pasaron a formar parte de la misma familia. No contaban ni diez años cuando las circunstancias de una guerra les convirtieron en hermanos.

III.

Niños de la guerra. De esta manera, con este absurdo nombre, les recordarían las generaciones posteriores. Niños de la guerra. Eufemismo donde los haya para relativizar la culpa de los adultos, su don para la violencia, su capacidad para destruir la inocencia.

Niños de la guerra. Bajo ese apelativo serían incluidos en el futuro Rodrigo y Ernesto.

Niños de la guerra. Como si de la guerra pudiera salir algo tan puro como un niño.

IV.

Y ahora Rodrigo se moría, se lamentaba Ernesto. Su amigo, su confidente, su hombro, su apoyo, su hermano, se moría. Llevaban temiendo bastante tiempo que ese momento pudiera llegar y al fin estaba ahí.

Esperando a que le recogieran en el aeropuerto, Ernesto intentaba imaginar la vida sin Rodrigo. No podía. Sin él, el futuro se le antojaba de un color blanco aterrador, como una gran nada.

Hermano, hermano, hermano... tarareaba en su cabeza.

V.

Aún fueron afortunados Rodrigo y Ernesto en su destino en el extranjero. Sus padres habían sabido moverse rápido y a través de sus contactos les habían podido encontrar una familia, un hogar de verdad. La mayoría de los niños desplazados, de los niños huidos, no tenían esa suerte y se hacinaban en las colonias, mal denominadas “hogares”, de Oostduinkerke o Heist sur Mer durante semanas, meses, a la espera de encontrar esa familia, ese hogar.

Aún fueron afortunados Rodrigo y Ernesto porque desde el primer día su familia de acogida les trató como a sus propios hijos. Eran un matrimonio belga joven y bondadoso. Michel Rabagliati y Edna, así se llamaban.

Aún fueron afortunados Rodrigo y Ernesto porque cuando, aquella noche, Pierre y Edna les pidieron que se sentaran, que les tenían que contar una cosa, no dudaron un momento en

asegurarles que seguirían con ellos el tiempo que hiciera falta, para siempre, como una auténtica familia, ahora que sus auténticos padres y madres habían fallecido fusilados, víctimas de un paseo, sin juicio, como tantos.

Rodrigo y Ernesto se quedaron huérfanos a los doce años. Pero como digo, aún fueron afortunados...

VI.

El hospital tenía ese olor químico y aséptico de todos los hospitales. Ese olor que utilizan los médicos para perfumarse, para enmascarar la muerte. Rodrigo se encontraba en una habitación del tercer piso, al fondo. Cardiología.

- Lo intentamos, hermano – dijo fatigosamente el rostro apergaminado de Rodrigo desde su cama a modo de saludo-, pero ambos sabíamos que tarde o temprano mi corazón diría basta...

Ernesto no dijo nada. Sólo se dirigió a su cama y rodeó a Rodrigo en un largo abrazo, en un abrazo eterno. Rodrigo y Ernesto, abrazados. Como hermanos.

VII.

La vida de Rodrigo y Ernesto con su familia belga se desarrolló sin más sobresaltos que las propias de la edad. Goloso irredento, Rodrigo se vería envuelto en un robo menor a una chocolatería de Amberes –«habían escrito que era el mejor chocolate de Europa y lo tenía que probar», fue su infructuoso alegato de defensa- y Ernesto, de espíritu más poético y emotivo, pasaría una temporada lacónica y difícil a costa un desengaño amoroso, pero en definitiva nada que sus padres adoptivos no supieran capear.

Más tarde, ese espíritu poético del uno y la glotonería golosa del otro darían lugar a una interesante situación. En parte, de eso también trata esta historia.

VIII.

- Es por la diabetes, ya lo sabes, tío Ernesto –le comentaba la hija mayor de Rodrigo-. Por mucho que le hemos cuidado entre todos, mi padre ha sufrido diabetes desde que tenía treinta años y todos sabemos cuánto sufre el corazón de un diabético...

Ernesto asentía a las palabras que su sobrina le decía, palabras que él ya conocía de sobra, palabras que realmente no escuchaba, no estaba ahí...

IX.

A los veintidós años, Rodrigo y Ernesto trabajaban en la misma fábrica de maquinaria pesada. Rodrigo había estudiado mecánica y ocupaba un prometedor puesto de oficial mientras que Ernesto había estudiado hostelería y trabajan en la cocina de la fábrica. Rodrigo, además, había empezado a tontear con una chica. Se le veía feliz. Ernesto, en cambio, sentía que no terminaba de encontrar su sitio.

- Regreso a España –decidiría un par de años después-. Aquí veo que no termino de encajar, como si este no fuera mi lugar.

Rodrigo recibió como puñetazos las palabras de su hermano, pero no se opuso. Ya en España, en Bilbao, Ernesto comenzaría trabajando en despachos de pan, ahorraría como una hormiguita y montaría su propia pastelería, humilde. Con el tiempo, esa pastelería se convertiría en una de las más populares de la zona Norte y Ernesto en un reputado pastelero.

A partir de entonces, Rodrigo y Ernesto se verían menos, pero en Navidades siempre quedaban. Como una familia, Rodrigo invitaba a Ernesto a su casa en Amberes con su mujer y sus hijos, y éste, a cambio, le llevaba los mejores productos de su pastelería, una caja entera rebosante con los pastelillos más innovadores, los más deliciosos. Sabía cuán goloso podía ser Rodrigo y cuánto le gustaban las *delicatessens* que él le llevaba.

Las Navidades felices no eran para Ernesto sino una imagen de Rodrigo hinchándose a pastelillos.

X.

A pesar del olor a hospital, a pesar de la situación actual, Ernesto no pudo reprimir un tremor de nostalgia al recordar la cara de deleite de su hermano comiéndose uno de sus pastelillos, a dos carrillos, recreándose en el momento, salivando, poniendo en funcionamiento todas y cada una de sus papilas gustativas. Ponía unos morros graciosísimos, como los de un burro intentando alcanzar una zanahoria.

Tiempos felices, pensó para sus adentros. Tiempos muy felices.

XI.

- Te lo pido, te lo pido por favor –le rogó su cuñada a Ernesto hacía ya más de cuarenta años-. Sabemos cuánto le gustan tus pasteles, más que ninguna otra cosa en el mundo, pero ahora, con su diabetes tan alta, son como veneno para él. Te lo pido por favor. Sigue visitándonos, pero no traigas más pastelillos...

Ernesto accedió. Su cuñada tenía razón. El destino había castigado a su hermano Rodrigo con el peor castigo que se puede reservar para un goloso: la diabetes. Se la habían diagnosticado hacía apenas un par de meses, una diabetes especialmente virulenta para su juventud, treinta años. Una diabetes preocupante. Se habían acabado los dulces para Rodrigo. Para siempre.

A Ernesto le entristeció sobremanera la nueva situación de su hermano. Ya no podría probar nunca las delicias que él preparara en la pastelería, y eso le apenaba tanto por su hermano como por él mismo. Tenía en Rodrigo a su más ferviente admirador, siendo a la vez esa admiración la mayor de las satisfacciones que su oficio le había ofrecido a Ernesto. No obstante, Rodrigo no era dado a la autocompasión y le solicitó a su hermano:

- No me prepares pastelillos, Ernesto, pero cuéntamelos. Cuéntame tus mejores recetas, su composición, sus ingredientes, sus texturas. Cuéntame el corazón de tus pastelillos, su alma, y será como si los probara de verdad. No escatimes en detalles.

Y de esta manera fue cómo Ernesto comenzó a elaborar pastelillos de aire para Rodrigo. Pastelillos que narrar telefónicamente a su amado hermano que no podía comer pastelillos de verdad. Pastelillos que rezaban “Hojaldre de fresas y grosellas envueltas en crocanti de

almendras sobre nata de avellanas” o “Tartaleta de chocolate belga al aroma de vainilla sobre lecho de natillas y nubes de merengue” o “Pastel de nueces con virutas de chocolate al aroma de naranja” o un largo etcétera.

Pastelillos de fantasía, imposibles algunas de las veces, que tenían la querencia a contener algo de chocolate a sabiendas de la debilidad que su hermano tenía a tal elemento.

Pastelillos imaginados que saciaran la curiosidad de un diabético goloso.

Pastelillos de palabras, ideados como poesías.

Pastelillos de aire.

XII.

Pero ese día era distinto. Rodrigo se moría, rápido, inexorablemente, y Ernesto no estaba dispuesto a que su hermano muriera sin probar de nuevo sus delicias dulces, una caja entera, las mejores entre las mejores que había seleccionado y preparado personalmente para él. De esta manera, de nuevo se había acercado Ernesto a la cama de Rodrigo, acercándole ahora una caja de pastelillos.

- Se acabaron los pastelillos de aire –dijo Ernesto contrito, grandes lágrimas colgándole de los ojos como calamocos-. Pruébalos, son los mejores: “Medallones de piña y coco regados en chantilly con un punto de canela”, “Bizcocho borracho de vino de Oporto con nueces de Macadamia”, “Carolina de merengue de melocotón”,... Elige uno, cualquiera.

Y a pesar de que Rodrigo no tenía ni un ápice de hambre, cogió un pastelillo de la caja que Ernesto le ofrecía. Ernesto, a su vez, no podía imaginar mayor felicidad que la suya en ese momento, observando a su hermano probar de nuevo una de sus creaciones, viéndole deleitarse de nuevo con uno sus pastelillos, poniendo esa graciosa cara de burro intentando alcanzar una zanahoria.

- Deliciosos, hermano –agradeció Rodrigo, densas lágrimas cuajándose también en sus ojos présbitas-. Insuperables. Exquisitos.

Y añadió:

- Sin embargo, contados por ti para mí durante todos estos años han sido incluso mejores.

XIII.

Unos días después, Rodrigo murió en el hospital.

En su habitación, ante su cadáver, Ernesto berreó entonces su impotencia al techo, llorando como se llora la ausencia de una persona cuya muerte supone más dolor que la propia muerte, llorando como sólo se puede llorar a un hermano.

Recordará no obstante Ernesto en los años venideros que, justo antes de morir, en esos últimos instantes, Rodrigo aún tuvo tiempo para regalarle una última sonrisa que atesorar. Una última sonrisa justo antes de no volver a respirar más, apenas un segundo antes de exhalar su último suspiro, leve y vaporoso como un pastelillo de aire...

Título: La lucha

Autor: Juana Rodríguez Barba

Ni se acordaba cuál había sido el resorte que había detonado la reyerta, pero el caso es que había comenzado o, más bien, continuaba porque hacía tiempo que mantenían esta rivalidad.

Ahora lo importante era poder defenderse, ya que el contrincante era más fuerte y poderoso, y ni se le pasaba por la cabeza atacar. Todos los mecanismos de defensa los ponía ahora en funcionamiento. Su rival estaba acostumbrado a la lucha, lo cual le dejaba en una posición de desventaja. Sólo le quedaba esquivar los golpes como buenamente podía.

Un golpe que le propinó en el ojo no le dejaba actuar pues las gotas de sangre le obstruía la vista. Veía un bulto, algo borroso que, como una mole, le amenazaba de manera bastante peligrosa.

Un segundo ataque le dejó en el hígado un dolor tan grande que se le hizo encogerse, quedando la cabeza muy por debajo de su enemigo. Esto ayudó a dirigirle un enorme puñetazo que la tambaleó, pero pudo guardar el equilibrio abriendo las piernas.

Su respiración se hacía cada vez más lenta y difícil, y los latidos de su corazón iban aumentando dado el esfuerzo llevado a cabo. Se incorporó como pudo teniendo en cuenta el estado lamentable en que se encontraba. Su decaimiento le servía a su opuesto para seguirle pegando y conseguir al fin su victoria.

En un último intento de defenderse, trató de tumbarlo tomando impulso con todo su cuerpo. Mas fue inútil porque la robustez de su contrario era patente y pudo parar en seco el empujón. El sudor se resbalaba por todo su cuerpo y sus ropas estaban húmedas.

Ya no sabía qué más hacer; no tenía ayuda de nadie y veía que el final se precipitaba por segundos. Se le ocurrió utilizar golpes bajos e intentó darle una patada pero la esquivó habilidosamente.

Se sentía cual criatura indefensa y abatida, pero su sentido de la supervivencia le hizo aguantar un golpe más. Esta vez le dio en una pierna por el que dio con su cuerpo en el suelo. Un enorme hematoma se estaba formando rápidamente y le dolía mucho.

Quedó boca arriba mirando el techo y la cara furiosa de ese bruto que iba a conseguir

acabar con su vida, si no se apresuraba a evitarlo.

Estaba camino de la extenuación, ya no le quedaban fuerzas para seguir dando esquinazo a las repetidas embestidas. Ahora se estaba arrepintiendo de no haber asistido a las clases de defensa personal en las que podría haber aprendido a defenderse y aumentar su autoestima. Entonces consideró que no las necesitaba y ahora era demasiado tarde.

Era una batalla perdida puesto que había otro factor importante: El desgaste moral. La superioridad física era enorme, pero también la prepotencia, que ejercía sobre ella desde hacía tiempo, minaba su ánimo, sintiéndose cada vez más débil. Y más aún cuando no encontraba motivos para que sintiera tanto odio hacia su persona.

Antes de comenzar la lucha, ya se encontraba con el ánimo desolado y derrotado. Pero había resistido tanto que tenía callos en el alma; había soportado tanto dolor y sufrimiento que estaba deshecha; había aguantado tantas humillaciones que se había debilitado durante todo este tiempo.”¡Ya no podía más!”

Por eso su predisposición a esta guerra era negativa y empezaba con mal pié. Aún así, debía luchar hasta el final pero... ¿estaría cerca el desenlace? Por una parte, así lo deseaba y, por otra, no quería ni pensarlo ya que sabía que supondría su irremediable derrota. No era pesimismo, sino una constatación de la realidad.

Entonces perdería la batalla de la vida. Y, por el contrario, vencería la incomprensión, la prepotencia y la soberbia. Pero si milagrosamente salía de ésta, tomaría una decisión y haría lo que hacía tiempo estaba pensando: Pondría fin a su suplicio.

En esos momentos se quedaba en parálisis y no sabía cómo actuar, dejando su voluntad a merced de ese animal. Un gruñido le avisaba que el primer tortazo iba a aparecer. A continuación, la manaza se alzaba en el aire y en un segundo quedaba reflejada en su cara enrojeciéndola. Y a partir de ahí todo eran golpes. Acompañaban también a estas sacudidas frases horribles, escupidas por esa boca asquerosa. Eran insultos, palabras malsonantes, improperios que dolían a sus oídos. Sicológicamente también le minaban la moral porque le hacían sentir como un trapo viejo que no tiene ningún valor. Así se veía, como una cosa sin valor que no importaba a nadie, sólo

a ese animal, pero para arrojarle toda su ira.

Su autoestima estaba por los suelos. Apenas hacía nada en su vida cotidiana. Su quehacer diario quedaba paralizado, como si hubiera desaparecido y fuera invisible. No se daba ni un momento de respiro y desahogo. Como si no tuviera derecho a disfrutar de lo bueno de la vida. Eso le estaba vedado. “¡Sólo vivía para sufrir!”

Cuando terminaba la jornada y se acostaba, el cansancio se le venía encima de golpe. No podía moverse y, tal como caía en la cama, así amanecía. Había días que, cuando asomaban los primeros rayos de sol, se daba cuenta que había dormido con las ropas del día anterior. Se le hacía un mundo comenzar un nuevo día ya que eso significaba más trabajo y más sufrimiento. Sólo quería descansar. Deseaba no despertarse nunca más y amanecer sin vida. A veces se imaginaba el efecto que produciría esto en sus allegados. “¡La pobre, era tan buena!”, dirían desconsolados. “Sí, sí, buena pero también tonta”, incapaz de cambiar su vida y dar un vuelco a su amarga existencia. Se preguntaba si existiría el cielo. Es triste pero así lo deseaba. Sería como descansar en esas nubes suaves que flotan entre angelitos amables y sonrientes. Se lo merecía, sí señor. Desgraciadamente, el infierno ya lo conocía. Era el cielo el que quería conocer y disfrutar.

Pero parecía que ese paraíso nunca llegaba. Se encontraba en la mitad de su vida y anímicamente era ya una anciana que sólo le quedaba esperar el momento en que cerraría sus cansados ojos. Sería el descanso final, el deseado. Su desesperanza era inmensa aunque se había acostumbrado a ella. Junto a la soledad, era su compañera en el discurrir de los días, horas y segundos.

De pronto, su cuerpo se derrumbó en el suelo con un estrepitoso golpe que la dejó inconsciente. Cayó desmayada por el puñetazo que le había dado. Sentía que había pasado siglos desde la primera escaramuza, y siempre tuvo suerte de no perder la vida, aunque sus heridas habían sido muchísimas y graves. Las que más dolían eran las del alma. “Esas no se borran por mucho que se quiera”. Esta vez creía que no lo contaba, aún así se salvó del ensañamiento porque parecía muerta..

Abrió un ojo, el otro estaba tan hinchado que no lo podía abrir. No sabía dónde se encontraba pero el sitio le parecía familiar. Poco a poco reconoció los azulejos del

baño y la lámpara del techo cuya luz veía aún difusa. “¡Ya se acordaba! Se había encerrado ahí huyendo de esa bestia que gruñía y daba patadas y puñetazos a la puerta, que estaba derribada a su lado”.

No sabía el tiempo que había pasado, pero tenía que haber sido bastante porque la noche había caído. Tenía entumecido todo el cuerpo y la cara la tenía acolchada. Se apoyó como pudo en el lavabo y dolorosamente se incorporó despacio. Ni se reconoció cuando se vio en el espejo. Al principio, los moratones y arañazos de la cara se los disimulaba con maquillaje y gafas oscuras. Las del cuerpo, con la ropa bastaba para esconderlas. En cambio, éstas no se podrían ocultar, pero “como ya había hecho la compra, no tendría que salir a la calle. No, no, para que las vecinas la vieran... Aunque, a estas alturas, ya sabrían lo que se cocía en este hogar, si se podía llamar hogar a esta cárcel”.

La casa estaba a oscuras y fría, como se encontraba su corazón. Una ansiedad le oprimía el pecho y la ahogaba temiendo que él regresara y comenzara el martirio de nuevo. De pronto, sonó el teléfono y su ruido inesperado la asustó dando un respingo. Era su hermana que le recordaba que tenía que salir porque “estaba siempre encerrada en casa”. Y, como en otras ocasiones, se excusó con que se encontraba mal, con el dolor de jaqueca habitual. Su hermana sospechaba algo, pero no sabía nada concreto. Creía que pasaba por un período bajo de ánimo, pero ni mucho menos se le pasaba por la cabeza la tragedia que estaba viviendo su querida hermana. Si lo hubiera sabido, habría ido corriendo para sacar a su hermana de ese infierno, pero a la vista de todos era una pareja perfecta, con sus más y sus menos, como cualquier matrimonio.

A veces, dejaban la reunión familiar con la excusa de que la niña iba a volver a casa y no iba a encontrar a nadie. Cuando la verdad era que él le había montado un numerito de celos que se había traducido en una retirada a toda prisa, pero con un disimulo inmenso por parte de los dos. Así, que no había duda alguna de que todo iba bien, visto desde el exterior.

Colgó el teléfono lentamente y, por unos segundos, pasó por sus ojos todo lo que había vivido esos años, casada con ese extraño que la maltrataba, y se acordó de lo que se dijo a sí misma antes de que desmayara. Entonces lo vio claro y, mirando una foto

de su hija, se decidió a tomar esa decisión. Su hija le daba valor para seguir adelante. Ya no se sentía esa pobre desdichada que no tenía fuerzas para retomar su vida. No estaba sola, la tenía a ella. Aquellas heridas le habían convertido en una persona más fuerte y madura. Ahora pondría fin a esa tortura, a ese castigo que finalmente se había “auto impuesto”, ya que no debería haber dejado pasar ni el primer roce. Era el comienzo de otro largo y difícil camino, pero tenía que hacerlo por su hija y por ella misma.

Título: Otra dimensión

Autor: *María Dolores Soriano Triguero*

Hubo una vez un hombre que durante su larga vida odió tanto a su mujer que al enviudar expresó a sus hijos y a todos los que le conocían que a su muerte no le enterraran junto a ella, que le quemasen y esparcieran sus cenizas a un mar.

Por el contrario, ella le había amado desde el principio hasta el final de sus días.

Al poco tiempo el hombre, sin caer enfermo, murió, y los que quedaron se encargaron de cumplir su deseo. Se dirigieron a un océano, pero la mala suerte les acompañó durante la travesía. El mar se hallaba picado y el balanceo de la lancha provocó que el que portaba la urna, por no caerse, la soltara para sujetarse y ésta se precipitó a las aguas. Apesadumbrados regresaron a la costa con la simple justificación de que “por lo menos se halla donde deseaba”, y ahí terminó su cometido sin entretenerse siquiera en comprobar si la urna, con el golpe, se había abierto.

La caja se mantuvo a flote unas horas y el sol calentaba ya su interior.

El hombre, dentro, al no advertir la humedad pensó que se trataba de un gesto de desafío y creyó que los suyos ni se molestaron en cumplir su última voluntad.

Sin embargo en cuestión de horas el mar se embraveció y la urna fue arrastrada hacia dentro hasta que desapareció en el horizonte.

El motor de una embarcación pesquera que se dirigía a la costa con su botín, provocó que el fanal comenzara a sumergirse. Con gran esfuerzo y zarandeado por peces de diversos tamaños, consiguió tocar fondo y quedar hundido en la arena sólo hasta su parte media. La falta de contacto con el agua suscitaba en el hombre un gran descontento, pero se resignó no sin antes maldecir a sus descendientes.

Pasaron años y la caja, a consecuencia del tiempo y el barro, había adquirido un color pardo oscuro que nada tenía que ver con el gris metalizado del principio. El hombre, hasta que la urna tocó fondo, pensaba que todo era difícil de conseguir, pues se hallaba en una transitoriedad que parecía no acabar nunca. Durante los años que permanecieron en el fondo, las cenizas tomaron un poco de cuerpo y se unieron formando una especie de pelota compacta. Así, creando esa labor que derivaba un sinfín de problemas, pasaron esos años. Por fin cuando se hubo terminado, el hombre descansó seguro de que si lograra tener contacto con el agua su estado no sería tan lastimoso y recorrería los mares con mayor facilidad.

Una noche la caja se abrió y aquella cosa compacta que era el hombre, se sintió liberada de tanto tiempo de encarcelamiento; emergió lo que pudo y comenzó su andadura.

En su deambular por las aguas le tocó sufrir un calvario hasta que por fin alcanzó unas rocas que le obligaron a hundirse de nuevo; su paradero le hizo sentirse cómodo entre los influjos de un buque medio deshecho. Durante las largas horas de la oscura noche y los amaneceres soleados, se agitaba sin evitarlo debido al encrespamiento del mar. Además, tuvo momentos en los que se notaba sucumbir. Los restos del naufragio le abocaban a desear partir, pues en cada marejada su angostura era cada vez más precaria. Percibía que estaba rodeado de vómitos mezclados con el agua del mar, que provenían de los restos cadavéricos de la tripulación del navío. Así que una mañana, aún sintiéndose agitado por la escasez de agua dulce que proporcionan las plantas, realizó un esfuerzo ímprobo y se dejó arrastrar extenuado por el oleaje hasta que consiguió llegar a otro mar. Advirtió que era un lugar tranquilo donde sus aguas no sucumbían a la sangre de las llagas machacadas de los marinos que surcaban y morían en otros océanos. Se instaló en el fondo al amparo de un ancla oxidada por el tiempo y día tras día se fue convenciendo de que allí era donde debía morar.

Unos años más tarde se produjo un cataclismo que convirtió la tierra en agua y todo quedó sepultado bajo las olas incipientes con crestas coronadas de espuma. Las cosas más pesadas se deslizaron hasta el fondo y entre todas se encontraba el ataúd con los restos de la esposa de aquel hombre.

En su reposo contra la arena, ella, encontró aquel lugar agradable rodeado de frutas caídas que adornaban el mar con sus colores variopintos. Lejos quedaban los restos de submarinos, el sudor de la gente, las telas arrugadas convertidas en cuchillas por la sal del mar, y pensó que la suerte estaba de su parte pues de no ser así se hubiese visto obligada a permanecer en un lugar catastrófico, cuando su deseo más íntimo era mantener la paz y quietud que disfrutó en su tumba.

Los peces, dado el festín del que gozaban, se hacían grandes por momentos. Uno de ellos nadó alrededor del ancla y encontró junto con las cenizas del hombre un manjar exquisito que engulló con avidez. Metros más allá se hallaba el ataúd de ella un tanto resquebrajado y podrido que, medio tapado con la tela de un toldo ya sin color, proyectaba una sombra pobre y tórrida. El pez, tras digerir su almuerzo, se paseaba alrededor del incomprensible mausoleo.

Al día siguiente y sin ánimo de surcar otras aguas para degustar algo conocido, se dirigió de súbito hacia el ataúd; con él, otros bancos de peces lo imitaron y como si de una guerra se tratara, entre todos vencieron al enemigo abriendo la tapa de la caja para investigar en su interior. Sólo telas resquebrajadas se hallaban dentro, pero como impulsadas por un refluo escaparon las cenizas de la mujer ya convertidas también en ovillo, con el deseo de buscar otro lugar más apacible.

Con el mecer del mar se trasladó un poco, pero no lo suficiente pues fue a parar cerca de lo que en la tierra de antes habían sido lagos, ríos... y allí se veía un paraíso de comida para los peces. Éstos, guiados por su instinto, siguieron a las cenizas, y el grande que engulló al hombre tragó a la mujer junto con una serie de alimentos que le provocaron el sueño por varias horas.

Ambos esposos se encontraron durante el letargo del animal. El ovillo del hombre no reconoció a su mujer, era mucho el tiempo transcurrido y los cambios originados afectan a cualquier clase de materia. Sin embargo ella le reconoció al instante, por su olor y su manera de moverse, pero guardó silencio a la espera de que él se pronunciase. El hombre sintió un alivio infinito al percibir que su soledad no era tan notoria. Se sentía mejor acompañado, además aquello parecía una escolta distinta de lo que conoció cuando soportaba su dimensión de hombre humano.

Un pequeño reflejo de luz llegó al fondo marino, las olas comenzaron su vaivén; el hombre se acercó un poco a su mujer y experimentó un agradable calor que nunca experimentó antes. Poco después yacía pegado a ella. Como el recuerdo hacia su pareja le sumía en una profunda tristeza, no deseaba, aunque parecía sentirse mejor acompañado, que la presencia de una fémina pudiese acabar por gobernarlo y quedar abatido; él se había ocupado bien de que aquellas sensaciones no invadieran su interior mientras fue persona, por eso su alegría no fue evidente, sólo se comportó como el que soporta la presencia de otro sin hacer nada para remediarlo.

En su despertar el pez se encontró enfermo, debido a la mala bilis del hombre que permanecía un tanto remiso al lado de la mujer. Eso le obligó a refugiarse entre unas algas y mantener la calma para restablecerse, pero acabó muerto tras unas horas de angustia.

Allí quedaron los tres por mucho tiempo, a la espera de que el animal se descompusiera para así vagar cada uno libremente.

Como esa etapa fue larga, el hombre que por momentos perdía el temor y se sentía cada vez más reconfortado por la compañía, consideró que ya era hora de manifestarle a ésta sus sentimientos; en esa dimensión no encontraba motivos para sentir miedo y desconocía cuanto duraría el que su compañera permaneciese allí.

-Tú en la dimensión anterior ¿eras feliz?, ¡yo no! Mi conversión en lo que somos me ha proporcionado agudeza y placer; no duelen las cosas y eres libre para moverte por donde quieras, me siento tan fuerte que me place haberte encontrado.

Ella antes de contestarle se movió y soltó un halo que afectó al hombre de tal manera como si nunca hasta entonces hubiera conocido la sustancia femenina. Sentirse acompañado y arropado por su calor, era agradable, y se preguntó si comenzaba a amarla.

-Fui muy dichosa en mi otra vida, amé mucho a un hombre pero no era correspondida y eso me entristecía a veces. No lloraba por mi desdicha sino por la de él, es penoso vivir con una persona que te aborrece –dijo de súbito ella.

A él se le hizo la boca agua y abandonó el temor del principio; sintió deseos de besarla, ella opinaba de forma parecida, y al igual que él aparentaba desconocer la felicidad verdadera. Ese engranaje de cosas le acercaron más a ella para protegerla, y ¿por qué no ser felices juntos en el momento actual?

Con el vaivén de la resaca, el pez muerto surcaba las aguas arrastrado por las corrientes. Ellos, apostillados muy cerca de la cabeza del animal, sentían vértigo de que pudiesen separarse, como si con un oleaje en crescendo les obligara a desligarse y perderse para siempre.

El hombre sostenía a la mujer con todo su ímpetu y ella se dejaba custodiar al amparo de la fuerza masculina que nunca conoció.

Volvieron momentos de calma y el pez fue arrastrado contra unos corales permitiendo así que la incertidumbre se borrara del pensamiento de ambos.

El mar abandonó sus murmullos y el hombre consideró que el momento perfecto para amarse había llegado. Con agradable gesto se pegó más a ella y su manera de practicar el

amor era tan diferente a como la recordaba, que se le asemejaba al festejo de una celebración más que a una tragedia, como lo vivido hacía tantos años.

Ella le buscó la cara y al sentir esa emoción tan desconocida comenzó a sollozar con ímpetu, con alegría, ¡se encontraba tan dichosa con aquel que la había odiado tanto! Él parecía tranquilo, gozoso, sólo por mantenerse a su lado. Tuvieron momentos de tanta felicidad que él se preguntaba ¿por qué motivo no la conoció en esa otra dimensión que fue la vida? Pero a causa de tanto amor, agitación y énfasis, ella se dejó arrastrar por sus sentimientos de antes, de siempre, abandonando la pose se relajó de tal forma, que pensó que tras lo acaecido aunque él la reconociese jamás la abandonaría.

Ocurrió en un instante, la identificó por sus formas, ahora distintas, más auténticas y se apartó de ella con una displicencia amarga que provocó su rodar hacia los intestinos del pez, para sentirse alejado, libre.

Pasaron años y el mar retrocedía, la tierra emergió de las aguas; con ella muchos restos del fondo quedaron en la superficie embarrados, echando raíces y cimientos.

El pez que se mantuvo momificado debido al betún y petróleo que balanceaban las aguas, salió a la tierra y junto con unas ramas de plantas emergidas se afincaron unidos, para el uno convertirse en subsistencia de las otras.

Se produjo el milagro de la vida y comenzó a crecer un árbol; dentro entre su savia aún se hallaba el ovillo de aquel hombre que no quiso ser enterrado con su mujer. Pero muy cerca de él, se encontraba ella feliz por lo vivido.

Título: La dicha y el pánico

Autor: Encarnación Gómez Valenzuela

Aquella tarde me vi exento de trabajo. No tuve que acudir a la oficina. Después de almorzar y descansar convenientemente en el sofá, decidí dar un paseo en solitario por la montaña.

–No salgas al campo esta tarde. ¿No ves que amenaza tormenta? –Advirtió mi madre con gran sensatez.

Mas yo, ansioso por encontrarme con la esplendorosa naturaleza de estos parajes de mi tierra, rehusé sus sabios consejos. Tomé el camino que conduce a la sierra y ascendí con ligereza hasta alcanzar la ladera del monte. Las nubes cubrían el cielo por doquier. Apretadas y sombrías, parecían pertrecharse de furor para dar comienzo a una batalla sin tregua. Revistiéndose de un descomunal aparato eléctrico, iniciaron una antagónica contienda por poseer el espacio. Impelidas por el viento, chocaban unas con otras enfrascadas en una siniestra y visceral pugna. Los terroríficos alaridos de guerra que emitían hacían temblar el corazón. La inmensa bóveda celeste se escindía en fugaces ráfagas de fuego que centelleaban con deslumbrante fulgor forjando instantáneas y efímeras líneas quebradas que descendían amenazantes hacia la tierra. Entonces el cielo se desgarró en una tupida y demencial cortina de agua que comenzó a desbordarse por la pendiente. Me refugié en una oquedad y allí permanecí hasta que concluyó la tormenta.

Cuando las nubes descargaron toda su furia, comenzaron a batirse en retirada. Corrían ingravidas simulando ingentes pompas de jabón en desbandada. Enseguida desaparecieron todas en la lejanía del horizonte. Bueno, todas no, una se quedó rezagada. Estaba tan cerca de mí que casi podía tocarla con la mano.

–¡Vete con tus compañeras! –Le aconsejé al descubrir su soledad.

Sin embargo, pude comprobar que hacía caso omiso de mis consejos. Era una nube caprichosa y díscola. Hacía gala de una rebeldía inédita. Debía tener pocos años. Por sus exuberantes formas parecía haber rebasado la pubertad. Era una nube adolescente que

carecía de cualquier conocimiento y deseaba relacionarse con los humanos para obtener de esta práctica sabias experiencias.

Sin que apenas me percatara de ello, me rodeó con sus sutiles manos de seda y me envolvió con su vestido flotante de infinidad de microscópicas gotitas de agua. Quería jugar conmigo. Me empapó con su fresco hálito. Se apretaba contra mí sin pudor alguno. Me empujaba hasta la orilla del vértigo y luego me acariciaba mimosa. Noté en mi piel la húmeda suavidad de sus formas. Aquella intrusa me estaba turbando con sus múltiples carantoñas.

–¡Déjame en paz! –La increpé huraño. –Es hora de volver a casa. Mi madre debe de estar preocupada. Aléjate de mí. Me quitas toda la visibilidad.

En esta ocasión, sí obedeció. Quizá le impresionó mi arrojito o tal vez no deseaba enojarme.

La tarde había comenzado su declive. El ocaso desdibujaba las formas. La gran profusión de pinos que había en este lugar atenuaba cualquier indicio de claridad. Así pues, no conseguía encontrar el camino de vuelta.

Entonces la nube, viéndome en apuros, se revistió de una refulgente luminosidad que me permitió atisbar la vereda que buscaba. Llena de luz y de esplendidez continuaba cerca de mí. Parecía entonar una alegre canción que consiguió mitigar mi exasperación. Durante todo el trayecto, rutilante y apacible como una beatífica aureola, permaneció a mi lado. Flotaba a mi alrededor como si fuese mi propia sombra. Pensé que en cuanto llegase al casco urbano, se elevaría hasta el cielo y me abandonaría. No fue así, siguió iluminando mi camino. Por causa de la tormenta el fluido eléctrico había sido interrumpido. El pueblo yacía en la más profunda de las oscuridades porque el cielo había vuelto a cubrirse.

La nube entró en casa conmigo. Afortunadamente mi madre se hallaba ausente. Una nota sobre la mesa del comedor lo explicaba. La habían llamado para cuidar a su hermana que se encontraba enferma. No necesité encender vela alguna. En ausencia de la luz, la nube continuó alumbrando mi oscuridad. Después de cenar, me dirigí al dormitorio para acostarme. Dejé la ventana abierta porque creí que una vez concluida su misión, la nube se marcharía. Me equivoqué. Apagó su luz gradualmente hasta quedar sombría y con gran insolencia, se tumbó en mi cama como si yo le hubiera otorgado tal licencia.

–Pero bueno, ¿qué haces? ¿Por qué no te vas ya de una vez? –Le demandé malhumorado.

Permaneció inmóvil en el lecho y comenzó a gemir con una pena desbordante. Durante un buen rato lloró mi ingratitud. Sus lágrimas eran como brillantes perlas de cristal que se deslizaban por su cuerpo y caían sobre el tálamo sin llegar a mojarlo. Hube de pedirle disculpas para que cesara el llanto. Me dijo que después de haberme sido tan útil esperaba que me mostrara agradecido y hospitalario con ella. La miré de soslayo y quedé anonadado. En las sombras de la alcoba me pareció vislumbrar la vaporosa silueta de una hermosa joven de larguísima cabellera que descansaba junto a mí. Un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo y tuve miedo de verme involucrado en una alucinación de tal calibre. Cerré los ojos con violencia. Entonces, ella, un poco reticente aún, se acurrucó junto a mí y, mimosa, siguió diciéndome que si en alguna ocasión llegaba a amarla me encontraría feliz por haber colaborado en su causa, sería recompensado por ello y, además, desvelaría el gran secreto que encerraba su vida.

–¿Cómo puede un humano amar a una nube? –Interpelé sorprendido y desconcertado.

–Nada más fácil. De este modo. –Respondió.

Suavemente se deslizó sobre mí y, en la espectral oscuridad de mi aposento, noté un cuerpo femenino sobre el mío, tan etéreo y liviano como un soplo de brisa perfumada, porque olía a jazmines o tal vez aquella fragancia tan grata e intensa correspondía a la dama de noche. Voluptuosa y erótica, comenzó a acariciar mi cuerpo con sus delicadas manos de espuma.

Ensimismado en aquella placentera situación, noté sobre mi pecho el sutil mordisco y el roce de unos labios sensuales y embriagadores que concluyeron en mi boca. Besos tan suaves y deliciosos jamás había recibido. Su saliva se mezclaba con la mía en una fluida y dulce corriente que manaba de su boca. Un apacible estremecimiento poseyó todo mi ser. Sentí la sangre aflorar a mis partes dormidas. Entonces mi miembro viril emergió desde su flacidez esgrimiendo el estandarte del deseo.

Mas de súbito, una voz, dentro de mí, censuró con gran énfasis mi instintivo proceder y reprimió mi vigorosa erección y mis legítimos anhelos de consumir el acto llenándome de necias inquietudes.

–¡Piensa lo que vas a hacer! Quien ha excitado tus libidinosos apetitos no es humana. Puede ser un truco del maligno para enredarte en una perversa trama de sexo y amoríos. –
Argumentó la voz.

Frustrado en mis más íntimos deseos e intimidado por la fugaz reflexión llevada a cabo, con gran contundencia, vociferé:

–¡Alto ahí! ¡Deja de manosearme! Aún no estoy preparado para asumir el papel de amante contigo.

Herida en lo más profundo de su ser e indignada por la brusca interrupción de lo que creía ya un éxito, la nube retrocedió. Lo intempestivo de mi brusca reacción y mi acerba y enérgica orden de dar marcha atrás, la sumieron en la perplejidad y en la desazón.

–¡Dame algún tiempo, por favor! –Le rogué humildemente para que no sucumbiera en el fracaso de su primera iniciativa abortada.

Taciturna y ofuscada, volvió a su posición inicial en el lecho y dejó de incitarme. Entonces se interpuso entre nosotros una gélida muralla de ausencias imposible de rebasar. Creo que se durmió porque no la escuché en toda la noche. El cadencioso vaivén del sueño me ayudó a liberarme de aquella extraña y morbosa pesadilla.

La luz de la alborada del día siguiente me devolvió a la realidad. La nube continuaba en casa. Parecía haber potenciado su vitalidad con el descanso nocturno. Revoloteaba a mi alrededor tan ágil y ligera como una golondrina. Se empeñó en acompañarme a la oficina. Rogué y supliqué para que desistiera de su empeño. Todo en vano. La decisión estaba tomada. Me dijo que se volvería transparente y que nadie repararía en su presencia. Aunque contrariado, hube de aceptar su resolución.

Aparentemente yo caminaba en solitario pero notaba su fresco aliento en el rostro. A veces me tocaba con la suavidad de la brisa y me rozaba deliberadamente. Otras veces me empujaba y se topaba conmigo con gran hilaridad, como si yo fuera un juguete para ella. Cuando percibía su proximidad, yo eludía su contacto. A mi paso notaba las miradas de los

transeúntes clavarse sobre mí, extrañados de mi forma peculiar de desplazarme por la vía pública.

El día transcurrió con normalidad. No acaeció ningún hecho digno de ser mencionado. Pero, a la caída de la tarde, la nube decidió mostrar sus encantos. Cuando la febril y huidiza luz del poniente penetró por la ventana, se tornó rojiza y luminosa como un ascua encendida. La estancia se llenó de pletóricos destellos escarlata que la nube proyectaba en todas las direcciones. Actuaba como una grandiosa luna hechizada y resplandeciente. Era como si la luz procediera del centro mismo de su entraña. Yo continuaba ensimismado en mi actividad burocrática sin dejarme influenciar por su magia y sus argucias y sin inmiscuirme en su juego.

–¿Qué ocurre aquí? –Gritó el director sobrecogido cuando, al abrir la puerta de mi despacho, lo cegó aquella inmensa luminosidad cobriza que reverberaba en los muros.

–Es un efecto óptico producido por la luz del poniente cuando se refleja en la pintura de las paredes. –Contesté improvisando la respuesta.

Preso del deslumbramiento, se acercó para bajar la persiana. Aterrado, me precipité tras de él para impedirselo.

–No la baje, por favor. Necesito mucha luz para acabar el trabajo que estoy realizando. Yo mismo la bajaré cuando termine.

El director quedó paralizado y salió de mi despacho sin comprender lo que estaba ocurriendo. Apenas desapareció, ordené a la nube que saliera por la ventana y se marchara a su lugar de procedencia. Sin embargo, observando que no estaba dispuesta a complacerme, le pedí encarecidamente que se fuera a casa y me esperase allí porque yo no tardaría en aparecer. Esta opción le pareció aceptable. La vi alejarse balanceándose en el aire con gran desenvoltura y haciéndome alegres gestos de complicidad.

A pesar de que le había prometido regresar a casa cuanto antes, tuve miedo de volver a encontrarme con ella y me demoré a conciencia. Acudí a una discoteca. Bebí y bailé hasta bien entrada la noche. Después busque refugio en un prostíbulo. Tenía gran necesidad de sentir la presencia humana, de notar el tacto de una mujer real. El amanecer me sorprendió en brazos de una mulata rolliza y descarada que me abrumaba con sus arrumacos. Decidí volver a casa porque el cansancio y el sueño se estaban apoderando de mi cuerpo. El recuerdo de la

nube, después del contacto humano, era, para mí, una ensoñación lejana. Sin embargo, allí estaba ella iluminando, humedeciendo y abriantando mi hogar. Ni rastro de polución por ningún sitio. Venturosamente mi madre aún no había regresado a casa. En cuanto la nube notó mi presencia, se llenó de luz de arco iris, quizá para deslumbrarme con su belleza. Reía y cantaba meciéndose en el aire al dulce ritmo de sus cadenciosas melodías. Se movía por la casa con la misma agilidad que una sirena en la plenitud del mar. Ni un mal gesto, ni un sólo reproche por mi noche de ausencias. Todo era dulzura y encanto. Pensé que estaría tramando nuevas estrategias para seducirme. Pero, ¿cómo resistirme a aquel caudal de amabilidad? ¿cómo oponerme a aquel derroche de entusiasmo?

Debió entrever las pesadas huellas del cansancio adheridas a mi cuerpo y escudriñar en mis ojos el turbido vestigio de alcohol, tabaco y sueño asido a mis pupilas porque, sin preámbulos ni inoportunas peroratas, me tomó entre sus suaves brazos de sosiego y me depositó en el lecho. Entonces comencé a escuchar una armoniosa canción tan dulce y empalagosa como las melodías que escuchara Ulises en boca de las sirenas. Me quedé dormido en el acto. No sé cuánto tiempo permanecí buceando en aquel océano de calma. Tan sólo sé que cuando abrí los ojos me encontraba en un lugar raro e ignoto pero apacible y hermoso, alumbrado por una misteriosa luminosidad de crepúsculo ambarino. No podría decir si era un jardín celeste, por la opulencia de plantas colgantes repletas de exótica floración, o un mar estrellado, por la gran profusión de destellos acuíferos y diáfanos que, como perlas, brillaban en todas direcciones. La nube estaba conmigo. Me llevaba en sus brazos. Grácil y amorosa me acariciaba tiernamente. Me besaba. Besos de luna y cielo depositaba sobre mi cuerpo desnudo. Voluptuosa, se insinuaba rozándome con su sedosa piel de sensuales deseos. Lo hacía con tanta delicadeza que lograba hacerme yacer en un continuo estremecimiento o, tal vez, era el mágico estertor previo a la muerte.

–¿Estás preparado ya? –Susurró quedamente en mi oído.

No supe qué responder. La miel derramada por todo mi cuerpo me lo impedía. La detestaba y la deseaba al mismo tiempo. Tan sólo pude bosquejar un incipiente amago de sonrisa que era la grata materialización de la electrizante y cálida corriente de placer que

recorría todo mi cuerpo. Tan breve y sutil mueca fue interpretada favorablemente. Mi prolongado silencio le otorgaba el derecho a poseerme. Entonces conocí la dicha y el pánico.

Se abalanzó sobre mí sin que yo pudiera evitarlo y me rodeó con sus inmensas olas de espuma. Enseguida me encontré en el centro de su esencia. Una ingente vagina virtual y nacarada como una fosa profunda, iluminada por un sinuoso rayo de luna cuya luz se diluía entre los abundantes pliegues de sus paredes, parecía anhelar devorarme. Mi cuerpo vagaba a la deriva levitando por un espacio sideral y cóncavo alumbrado por multitud de pequeños focos a modo de estrellas. Una corriente frenética y tornadiza, surgida del infinito y repleta de innumerables gotas de agua escarchada, comenzó a girar a mi alrededor como una siniestra espiral que, con gran avidez, pretendiera engullirme. Era un voluminoso torbellino ejecutando una vertiginosa fuga centrípeta. En su centro me encontraba yo, sumergido en una fosa sin corazón. Noté cómo languidecían mis miembros y me empequeñecía. Sentí el miedo desgarrarme las vísceras. Lleno de pavor lloré e imploré como un poseso. Súbitamente cesó aquel tornado que descendía hasta el abismo y mi cuerpo retomó su forma primitiva. Entonces me hallé depositado en la placidez de un oleaje benigno y poderoso que me sostenía y lanzaba sobre mí una fragante arboladura de céfiros que, a manera de plumas de pavo real, me abanicaban. Percibía un potente efecto amortiguador sobre mi espalda que parecía instalado en mi propia médula. Luego vi a la nube ondularse sobre mi cuerpo, estirarse y encogerse. Me rodeó de nuevo con sus innumerables apéndices en un singular e inefable abrazo de amor. Después su inestable y voluble silueta, siempre veleidosa, fue adoptando la forma de un soberbio caballo alado. Devino un magnífico Pegaso vigoroso y esbelto que me tomó como jinete para continuar poseyéndome. Ambos cabalgamos por el espacio infinito el resto de la noche que permanecía alumbrada aún por fúlgidos luceros.

Antes de que el alba, con sus sublimes claridades, iluminara el mundo, me encontré en el lecho. La nube descansaba a mi lado plácidamente. Cuando por fin abrí los ojos pude contemplar el final de todas sus metamorfosis. Se había transformado en una hermosa muchacha. Ese debía de ser su gran secreto y mi recompensa: que aquella mujer se quedaba conmigo.

Desde lo más profundo de mi sueño surgió una voz intempestiva que me devolvió a la realidad.

–¡Despierta, hijo, que llevas varias horas durmiendo!